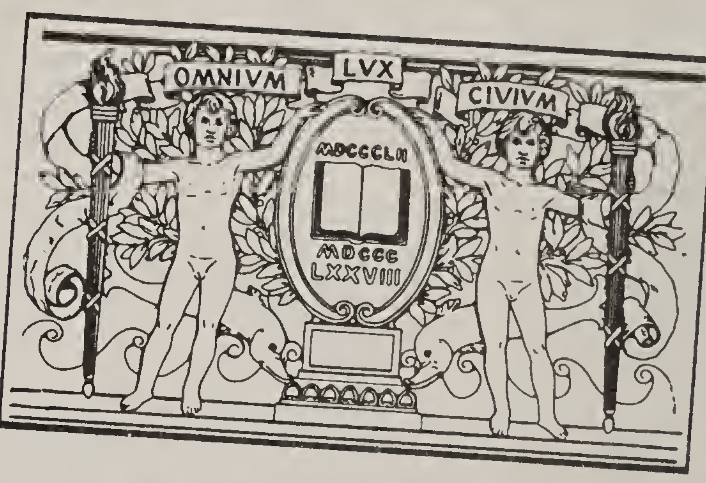



OMNIVM
LVX
CIVIVM
MDCCCLII
MDCCC
LXXVIII



EL INGENUO CONTINENTE AMERICANO



TRISTAN MAROF

EL INGENUO CONTINENTE AMERICANO

Carta de HENRI BARBUSSE

Y

Epílogo de AMADEO LEGUA



BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran Medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y Gran Premio en la de Buenos Aires de 1910
MALLORCA, 166

Aumont par Senlis (Oise) le 24-8-1921.

Mon cher camarade et ami:

C'est un beau spectacle celui d'une jeunesse qui s'enflamme comme la vôtre pour la justice et la raison suprême, et qui s'engage sans hésiter, dans la voie rectiligne de la vérité.

. . . .

Il y a en ce moment dans le monde, et dans les grands pays de l'Amérique Latine, cela est peut-être encore plus net qu'ailleurs, une fermentation magnifique des esprits, et il s'élève çà et là, des convictions sur lesquelles peu à peu s'édifiéra le progrès des idées et par conséquent, le progrès des choses. Si jamais dans la lutte que nous avons entreprise, et que l'ignorance et l'indifférance des masses rend encore si laborieuse et si tragique, nous avions des moments de découragement, notre courage se trouverait vite relevé au contact de cette aprobation ardente et loyale comme est celle qui vient de vous à moi.

Bien amicalement à vous,

Henri Barbusse.

PRIMERA PARTE

EL CALVARIO DE AMERICA



PRIMERA PARTE

I

La vida romancesca sudamericana

En Sud-América, existe todavía mucho romanticismo y mucha credulidad. Aun se piensa en que las golondrinas de Bécquer volverán y en la carabina de Ambrosio.

Se cantan vidalitas a la puerta del rancho sentimental, esperando la caída del sol; y, ya de noche, a la luz de la magnífica luna, se va a lo de la amada a ofrecerle su espada y su ilusión. Alguien dirá que esto es romancesco y pleno de poesía; se agregará, con justicia, que el escenario de la América se presta para darse de besos y reír de cara al sol; pero nadie osará replicar que todo esto es inútil y que tuvo su tiempo en la buena época de capa y espada.

Lo que es hoy, toda esta vida española del continente, es tan vacía como declamatoria y hasta cierto punto peligrosa para su felicidad.

Al llegar los españoles a América, me imagino que dieron fuertes gritos de mando, alzaron las espadas en alto, hicieron muchos proyectos, y aun les cayó un poco de lágrimas al hacer quemar vivo al Inca, así como se les debió ir un poco de corazón. ¡Vida española, señores, y no hay por qué admirarse!

Pero al salir—y trabajo costó la salida—nos dejaron no sólo sus proyectos inconclusos, sus lágrimas y sus romances, sino también sus vicios y su encantadora manera de vivir; ese concepto que es ya nuestro y que consiste en tener odio a todo lo que signifique verdad; en llevar una vida de grandeza de palabra, en medio de una suciedad beatífica, llamando trabajo al arte declamatorio de hacer castillos en prosa castellana y escribir poemas de valor, cuando en el fondo no se ve sino una pobreza de talento y una cobardía admirablemente descrita en toda su historia.

Esta vida española aunque a medias, es preciso confesarlo sin rubor, es la nuestra. Vivimos en la misma forma que viven los peninsulares agotados de deudas y contemplando nuestros enormes campos agrícolas sin cultivo, yendo a la plaza pública o al café, para estar enterados—eso sí—del último chisme y de la próxima mentira. Nuestro país se va al diablo por falta de humanidad y de verdadera democracia; y el señor cura, tan ignorante como el último ciudadano, sin fe, y con usura, nos habla de un Dios de carne y hueso—¡el Dios de los españoles!—como el único alivio inmediato para toda calamidad. Es que él sabe con su vieja experiencia que la tontería es lícita y comercial y que los pueblos, mientras más pobres y esquilmados, son más santos.

Vivimos, en resumen, cándidos y contritos, esperando la mano de nieve del poeta y el bocado de nieve también... con la convicción que da la ignorancia enemiga de toda luz, de toda reforma; con la fuerza que da la audacia grosera y desfigurada, listos a precipitarnos al Mar Rojo

en espera de los filisteos. ¡Gracias a Dios que todos ellos se ahogaron...!

Dentro de este ambiente, es lógico que exista un sentido anárquico en todas las cosas. En política, la desorientación y el tanteo. Monumentales discursos que discuten con el mejor narcótico sobre su influencia y mil veces hablando el lenguaje vacío y cansador de Castelar, mintiendo sobre democracia. O a veces oradores de verbo dantoniano que son igualmente falsos y sin criterio. En sociedad, huecos conceptos de supuestas aristocracias de antaño, aunque el mulato asome la cabeza luciendo su ancestral servilismo, o al español de antes, cruel y atrabiliario se le vea aún. La verdadera democracia republicana la creen estos señoritos, una mentira de biblioteca que atravesó hace cien años sólo por la cabeza loca de Bolivar.

En comercio, la vida se halla aún en el año de la independencia, ni un palmo más. Siempre se la hace a la rutina y teniendo un concepto negro de la honorabilidad del cliente—por que es moda también que el cliente se burle de las leyes y las viole a su antojo, si es que dispone de talento y de influencias.

El «tipo» común y que ha sentado escuela en América, es el «listo», el pillete endiosado por la leyenda popular y admirado desde su primera picardía, teniéndose al mismo tiempo, repulsión no solo por lo que signifique esfuerzo, sino un odio declarado hacia la virtud y la bondad. Del arte, no se debe hablar como no se habla en España, por vergüenza. Lo bueno que existió allí y en España, parece que perteneciera a otro continente, porque el recuerdo es tan lejano como doloroso.

Esto no quiere decir que toda la América sea así y la España también. En todo tiempo sus sociedades han estado repletas de reformadores que siempre han ido por un camino o por el otro: la prisión o la nada, porque es justo decir asimismo, ninguna raza de hombres tiene tanta fecundidad para producir espíritus nerviosos como la raza latina, según cuentan los clásicos...

Pero felizmente y para gloria de la tierra, en todo sitio de Sud-América comienza a formarse una nueva creencia, una nueva vida. Los profesores de idealismo y de trabajo ven que su obra no es inútil y que la juventud cada día es más humana. El Buenos Aires de hoy a pesar de su mercantilismo y de su monotonía, encierra miles de hombres que darían su sangre por la justicia de la humanidad y la claridad del continente.

Nuestro deber no nos llama aquí a señalar virtudes por otra parte, sino a delatar sin cobardía la injusticia que existe en el continente maravilloso, a la luz de todos los hombres. El resto no sirve sino para formar leyendas de propaganda patriótica y para repetir discursos en Ateneos delante de señores reumáticos y de damas con pieles de a diez mil francos.

Para el escritor sincero lo interesante verdaderamente no es un pueblo, sino todos los pueblos: porque ellos son el mundo, siempre grande y sagrado.

II

El general sud-americano

Ningún título halaga más los oidos latinos que el de general. La aspiración de todo ciudadano es llegar a este grado a costa de todos los sacrificios, y aun no se excusa de tomar parte en una que otra «revolunciończita», si es que después del éxito el nuevo gobierno le premia con seis galones.

Al pueblo le encanta adorar todos estos antiguos ídolos enchamarrados de uniforme, de medallas y con plumones al viento; le encanta el ruido de una espada vieja que suena en la vaina y sentir en las narices el olor de algún pequeño Napoleón familiar, que tiene mucho ímpetu y bravura, pero no sabe leer muy bien.

El abogado de ciudad, ladino y astuto, la mayor parte de las veces cambia el traje protocolar y raído, por la vestimenta de general, cuando los pleitos comienzan a escasear, y no es raro en el escenario pintoresco de la América ver a estos hombres de la ley convertidos en Perdonavidas terribles y sanguinarios. El señor Cura, siempre que se lo permitiese su sagrado ministerio, se tornaría en general; pero se contenta con acomodarse al lado del nuevo caudillo, sirviendo a

la religión y sus intereses. Pero el modesto obrero escala a general y gana batallas con una audacia singular. Al administrador de finca fraudulento, le entusiasma también la idea de ser general y dirigir ejércitos invencibles por cierto. Para él, el arte de ganar una guerra civil es como borrar una partida en el libro de cuentas de la Hacienda. Luego después del triunfo, el general victorioso no da cuartel ni a los mosquitos y menos a las rentas del Tesoro. Las decapita de raíz por muchos años...

Este arte de ser general es una aspiración caballeresca como la de ser noble en España y mandarín en el Asia. El que no puede llegar a serlo, alquila un uniforme viejo y se hace retratar «en tenue» de general para dejar su recuerdo a la posteridad. Sin duda alguna, que en el retrato se pueden distinguir gestos feroces que revelan a toda luz que el fotografiado, si no fué general, debió serlo.

El general en América tiene que tener siempre grandes bigotes y una seriedad estudiada. Cuando habla debe hacerlo sentenciosamente y, en ciertos momentos, ahuecando la voz. Los generales dulces y magnánimos son derrocados con frecuencia y no llenan la aspiración popular. Debe poseer una ignorancia legendaria y una audacia de toro salvaje. La astucia del zorro viejo y hambriento y las mil lenguas de la fábula, porque su oficio es contentar a todo un pueblo sediento de honores y de embustes. El mejor día que se le descubre su cobardía de gallina y su deseo de honradez, es arrojado ignominiosamente del solio, reservado para otro más atrabiliario y brutal.

Pero en América la larga experiencia del oficio, ha enseñado a los generales a gobernar sus

pueblos y a saber huir a tiempo. ¡Desgraciado del que no lo haga!

Los que huyen tienen la precaución de cubrir la retirada aprovisionándose como para un viaje alrededor del Sol: tal es la cantidad de dinero que succionan a la nación. Y los que no pueden huir, son conducidos a la cárcel, en medio de gritos feroces del populacho y de la piedad de los pajarillos.

La segunda parte de administración pública, que los generales derrocados no pudieron cumplir en sus repúblicas, tienen el empeño de continuarla en «Montmartre», en medio de un público más amable, compuesto de bailarinas y de admiradores celosos que se disputan por publicar al día siguiente, la biografía del «general» con todos sus rasgos característicos y sus interesantes ocurrencias, en ciertos diarios y revistas que recogen sonrisas y billetes de mil francos por lo menos. Monte Carlo y Niza están llenos de generales americanos y todos los casinos donde se juegan inocentemente millones por matar el tiempo. A la cabeza de una gran mesa de «baccara» se hace ver con frecuencia Tinoco, antiguo ex presidente de una república. Juega él con tanta maestría como desprendimiento. Y ni por asomo le vienen recuerdos a esa hora, de las víctimas que en su país martirizó y asesinó. Ha perdido medio millón y se retira con gesto olímpico y pausadamente.

Una gran recepción se organiza en París, en el mundo extranjero, y no falta el «general», en uniforme diplomático esta vez, y con veinte medallas de todo tamaño y dimensión, desde la orden de «Caballero de Isabel la Católica» hasta la «Legión de honor», condecoraciones baratas que en este instante llevan aun los cocheros de

«fiacre». Todo el mundo siente cierta inquietud al notar al general sud-americano, que sonríe, pero no habla, porque sólo sabe tres palabras en francés. Sin embargo, los círculos oficiales, sonriendo y sonriendo, aceptan que es un «tipo», porque posee cuatro autos, un magnífico y lujoso hotel en la «Avenue de Champs Elysées», y se dice que tiene cien millones.

Algún Conde fracasado se aproxima al general, y, con voz melosa y servil, luego de contarle su historia de romance, el prestigio de su nobleza, sus antepasados y las armas de su casa, le interroga deliciosa e indiscretamente, si tiene hijas casaderas, y qué dote tienen; esto último sin importancia, por supuesto... Recalca otra vez para estar mejor enterado sobre el asunto de la dote, y su sueño le parece ya una realidad: dejar para siempre el vulgar empleo del Ministerio, donde gana apenas cuatrocientos francos...

El general, aunque comprendiéndole mal, responde con venias de cabeza, y compromete al ¡señor Conde! a que asista a la próxima recepción que da él, festejando el aniversario de la libertad de su República. Y, ¡punto final! ¡El matrimonio está hecho!, porque Juanita, la hija del general, una «morocha» de piel morena, y soñadora sud-americana, tiene el deseo tonto de casarse con un noble, que sea rubio...

De esta manera, el general adquiere mayor prestigio en la diplomacia, da crédito a su país, y Juanita mata de envidia a las hijas de todos los otros generales. Por supuesto, que el general, por este incidente y otros pequeños, asegura su reelección presidencial.

Hay otros generales a quienes disgustan la diplomacia y los polvos de arroz, y, sencillamente, se dedican a la vida alegre y confiada de «ca-

baret». Ellos, que comandaban ejércitos invencibles y victoriosos, tórnanse comandados, por alguna «petite parisienne», caprichosa y sensual, que tiene el vicio inocente de que el viejo militar la pasee en cuatro pies por la pieza, haciendo de buen caballo de alquiler. Desde luego, que no se olvida de cambiar sus ternezas por billetes de mil francos y hacerle el «cocu» como premio a su generosidad y a sus sesenta años.

Un general venezolano ha llegado a París, con varios millones, dispuesto a comprar armamento para el ejército de su patria; y la mala suerte ha querido que todos esos millones queden no en las cajas de la casa Schneider, sino en Longchamps, señores! Pero el ministro ha dado un crédito enorme a su país, haciendo saber a todo el mundo, que un ministro venezolano equivale a treinta caballos. ¡Y si el ejército no ha recibido fusiles y equipo de guerra, hará las revoluciones con escobas de paja, y bastante sangre fría!

Algo más se podía decir del general sud-americano; pero el ridículo tiene su límite y su época. Mientras en los pueblos de la América se festeje su incultura y su ignorancia, habrá escándalo y democracia de opereta. El general sud-americano debe pasar ya al montón de recuerdos vergonzosos, que han impedido el progreso y la cultura. Es preciso despreciar a todos esos militarotes entorchados de medallas y de primitividad, acusarlos sin piedad y estigmatizar sus vicios en todo momento. Pero lo importante es reemplazar al general por el sabio y el científico; al soldado, por el obrero consciente y libre... Y todo debe girar alrededor de una nueva vida más simple y menos aparatosa.

La sensualidad en la América Latina

III

La América latina es presa del trópico y de todas sus consecuencias... La gente sin querer tiene impregnados los instintos de la más variada sensualidad. El vicio es una cosa tan vieja y tan vulgar, que uno, francamente, vacila si fué la América un continente más antiguo que el Asia. El niño en Sud-América es de una precocidad asombrosa. Cuando apenas tiene doce años, conoce ya todos los vicios secretos y se deleita en prolongarlos hasta cierta edad, si no es que el compañero de clases le ayuda en ilustrarle que, además de lo que él conoce, se puede usar, discretamente, aun de animales domésticos... Criado así el niño, dentro de una atmósfera jesuítica, adquiere una palidez hipócrita, que todo el mundo sabe por qué es, pero que nadie se atreve a combatirla, temiendo levantar contra él, toda una montaña de protestas. La América es como España. Toda la moral consiste en apariencias. En callar los más monstruosos pecados y aparecer ante la sociedad, sin tacha. Por eso, hablar de los vicios ocultos de la juventud, de la corrupción sensual de los ministros y de los

presidentes sátiros, sería deshacer todo un cielo, para que les cayera sobre las espaldas...

Pero la verdad es que la América está enferma, hace tiempo, de una literatura de alcoba, que llega de todas partes del mundo en páginas vergonzosas y abyectas, con el beneplácito de todas las clases sociales. Antiguamente, los abuelos se contentaban con escenas picarescas de Paul de Kock; ahora, toda la gente busca las novelas de Jean Lorrain, viciosas y plenas de una vida que sólo está hecha para literatura. Se lee y se elogia a la libertina Rachilde; y los que no pueden entenderla, compran, sencillamente, pequeños folletos de una prostitución absoluta, del bachiller Barbadillo. Pero, algo más; América ha producido novelistas que necesitaba. Vargas Vila, disoluto e imbécil, se ha introducido en la cuna de todos los niños, y se le encuentra bajo la almohada de todas las vírgenes... a medias, por cierto. Gracias al buen sentido, hace tiempo ya, un justo desprecio le cubre por completo.

Educado el niño así, no puede ser justo ni puede amar la verdad. Su imaginación está embotada por todos los vicios: desde el fatalismo religioso, hasta la prostitución desvergonzada. Por el primero, aprende a ser cobarde y fatalista, a amar la ignorancia y todos los errores políticos; y por la segunda, a disculparlos, comprendiendo que el cinismo es la mejor enseñanza.

Toda la vida de Sud-América da pena. En todo sitio, no se encuentran si no las cadenas que dejaron los españoles, y los esclavos libertos que se divierten con democracias sensualistas y asiáticas.

El cura gordo, del Nuevo Continente, que huye con una monja honesta y virtuosa; el ministro

que se apodera de todo lo femenino que existe en el profesorado, con orgullo de Sultán; el patrón que corrompe a su sirvienta; todos estos casos, son comunes y no llaman la atención de nadie. Tampoco admiran la moral escolástica, la cantidad innumerable e incontable de enfermedades, la promiscuidad permitida y el pecado de bestialidad. A nadie le arrancan lágrimas, sino mofa, los pobres hijos naturales, nacidos en el arroyo y criados inciertamente, en medio de la burla y de la miseria...

¡Pero esto qué importa! La América es un continente que desea divertirse a cualquier costa, sacrificando lo que más ama, sacrificando aun su libertad. Este deseo desmedido de distracción y de comodidad, no tiene otra explicación que en la respuesta que da la sangre afro-andaluza. Amamos tanto la plaza de toros, que hemos convertido este espectáculo en corriente política, peleándonos por los «leaders» del toreo, a sangre y fuego. Nos gusta la sangre; y, como hay cierto egoísmo en el fondo de no sacrificarla personalmente, nos concretamos a verla correr, cuando pertenece a pobres animales. Nos gustan las mujeres, y, ¿para qué negarlo?, todas, inclusive las feas, con tal que tengan excelentes piernas y otros encantos. La mujer del prójimo, sobre todo, nos produce cierto cosquilleo y envidia. Pero nos gusta más, hacer conquistas de boca, fáciles y baratas, contando «rendez-vous» imaginarios, y contentándonos con recordar, nerviosos, cuando nos encontramos en el lecho... ¡No hay duda que somos sangre de conquistadores!

Nuestra sensualidad va más lejos. Algún libro de aventuras cuenta relatos increíbles del Marqués de Sade: y nosotros—¡pobres americanos latinos!,—deseamos imitar, aunque sea tomando co-

mo protagonistas a nuestras simples cocineritas, tan ardientes como poco limpias. Un ironista tuvo una frase feliz cuando se refería a los habitantes del Nuevo Continente, al decir: «En América latina, por cualquier parte que los corte usted, los castra».

Parece que todo estuviera dando gritos de sensualidad, en efecto. Los ríos son tormentosos y como mares. La selva está poblada de faunos de toda clase. (Los patrones son excelentes faunos en sus fundos, sobre todo en el Brasil y en Colombia). Cuando se introduce uno en el interior del bosque, oye melodías de flautas, silbidos de monos, y, sobre todo, leves quejidos. Entonces, sin querer, piensa en los faunos que están sueltos...

El mayor deseo que existe en América y en España es hacer un viaje de placer a París. En las repúblicas de la América Central, me decía un Cónsul de Panamá, es casi un programa político. El gobierno debe subvencionar a cuantos poetas verlenianos existan, y a todos los cientos de pequeños Daríos! Si no, está perdido: porque la oposición más encarnizada y terrible, la abren todos esos escritorcillos de baratillo...

Se cree pues, que en París la sensualidad es verdaderamente tal como está descrita en las tontas novelas de Lorrain. Un joven americano latino me interrogó, cierta ocasión, así:

—Y, ¿dónde están las princesas que se desmayan de histerismo?

Yo le respondí que en el museo y en la imaginación de la Rachilde. ¡Pobre juventud de la América! Piensa tanto en París, que esta ciudad se ha convertido en cementerio de todos esos muchachos pálidos y con sed de Poesía. El otro día no más, vi a un pequeño poeta que, pleno

de «civilización», se inyectaba morfina, confiado y cándido de estar ya en la cúspide del arte. Él no sabía, quizá, que ciertos pueblos viejos y artificiales han recurrido a la tontería, para curar su terrible fastidio. No sabía, quizá, que sólo a algunos literatos tropicales a lo Gómez Carrillo, les es lícito hacer de su vida una larga comedia de falsedad y de prosa monótona...

IV

La diplomacia sud-americana

En el Continente maravilloso se tienen aspiraciones diversas alrededor de las cuales da vuelta la pícara vida. Unos, desean que sus hijos sean generales, a toda costa, para perpetuar la raza de Bolívar, de Páez, de Nariño y de otros ilustres. Otros, son más exigentes, y ven en cada «chico» americano, un futuro doctor que colmará al mundo de admiración. Si el «chico» resulta intrigante y servil, se mezcla en la política, y, con facilidad de serpiente, invade primero, la Cámara, y después la diplomacia. O bien, invade primero la sociedad y la sastrería, y en seguida, la noble carrera. Esto depende de las circunstancias... Pero hay otros padres que se conforman modestamente con la esperanza de que sus hijos llegarán a ser párrocos y, como corolario, obispos, a pesar de que «esta última carrera,—lo decía con cierta tristeza un viejo padre de familia—eso de ser «cura», se está haciendo improductivo. Claro que no son los antiguos tiempos—añadió—en que la gente era más tonta, y con pasividad de carneros se dejaba explotar. Agregue usted, que, para ser ministro de Dios, es preciso renunciar a la sensualidad y al

teatro... En todo caso, yo prefiero que mis hijos sean diplomáticos!»

Y ésta es la aspiración general. Todo el mundo en América tiene la bella costumbre de hacer propaganda de esta idea. El uniforme de diplomático es una prenda necesaria, que se conserva en el armario, religiosamente envuelta en blanca sábana, al lado del vestido de novia de la abuela. Generalmente, cada familia tiene en sus antepasados uno que ha sido diplomático, que está expuesto en lo mejor del salón, al lado de otro que ha sido general. Las dos fotografías sonríense mutuamente...

El diplomático sud-americano es digno de ser descrito. Cuando no es una maravilla académica, es una ficha de salón. Pero, comencemos por el ministro. Todo ministro debe ser hombre viejo y experimentado en las delicias. Caballero galante y de una educación distinguida. Debe hablar con tono aflautado y fingirse Hamlet delante de damas, y Fierabrás delante de los de la carrera. Responder a cualquier alocución, con énfasis, y, sobre todo, sonreír. La sonrisa es una condición indispensable, porque muchas veces oculta ciertas deficiencias, dando en cambio actitudes de Richelieu. Todos los ministros son generalmente reumáticos y padecen de gota. La vida social los preocupa más que la situación internacional de los países que representan. Ellos tienen una pretensión inocente de ser los reflectores de la civilización, pero no solo de ella, sino también del buen apetito, de las carreras, del baile y de la moda. Hombres que han pasado una agitada vida, tomando el sueño siempre a la madrugada y fatigados de tanta visita, tienen cierta tristeza del tiempo perdido. Para ahogar esta nostalgia juvenil, cobran cierto gus-

to al «champagne», licor que, según dicen las tradiciones, arregla la salud, así como los pleitos internacionales.

Pero no siempre el ministro es una maravilla académica o una ficha de salón; también es, con frecuencia, un viejo mueble político... Uno de esos muebles donde todo el mundo se ha sentado, ha fumado y ha escupido a escondidas... Uno de esos muebles que no se perciben en los salones, a pesar de su dimensión y de sus pies dorados. Entonces, pasa como en los cuentos de hadas. El sillón viejo se transforma en diplomático y arregla las cuestiones internacionales... Otras veces, el ministro diplomático encarna la figura gloriosa de un general Matamoros, que se come vivos no sólo a los hombres, sino también a las ostras. Pero esta clase de diplomáticos han pasado de moda, y se da mayor importancia a los de la «Viuda alegre», personajes que se acomodan mejor a las costumbres latinas.

Los secretarios de legación y adjuntos, tienen su «rol» especial, que interesa igualmente a los pueblos. Para ser secretario de legación, se necesita poseer innumerables dotes. No basta que el secretario sea un Pericles; es preciso también, que tenga la elocuencia de Homero, la flexibilidad de Cleopatra y el cinismo de Diógenes. Pero estas condiciones son diminutas al lado de estas otras: de vestirse a la última moda, de conocer el último paso del tango y del «shimmy», el último escándalo de sociedad, y los secretos del tapete y la esgrima, aunque la espada casi nunca sea descolgada de la panoplia.

La maleta de un secretario es algo más interesante. Los asuntos internacionales se encuentran revueltos en tumultuosa confusión de corbatas y cintas de colores, de calcetines de seda

y cartas de amigas galantes y de amigos pedigüeños. Al lado de un protocolo, se encuentra una caja de polvos de arroz. Junto al «smoking», la pistola de duelo. Y por todo sitio no se olvida de embalar un pelele de paja, excelente para la carrera...

A pesar de la vida republicana y de la decantada democracia, casi todos los diplomáticos son partidarios de la monarquía y de Luis XV. Los encanta la vida de Cambodje y la Corte del Sha de Persia. Casi todos ellos tienen la manía de las inclinaciones, y la palma de sus manos se encuentra reblandecida como mano de viejo.

En poder de estos dignos señores que beben champagne y se visten de seda, que usan de la sonrisa a todo instante y que han hecho de la admiración y de la cortesía su mejor escondite, está la suerte de los pobres pueblos, humildes y contritos, que no saben nunca a qué hora son vendidos, ni cuánto pagan por tan importante servicio.

Pero como la América latina es copia fiel de los vicios de Europa, en el Continente pródigo se imita todo. Allí nació en el Brasil, el cínico Barón de Río Branco, que se ha hecho célebre, no tanto por su sabiduría maquiavélica, como por su inmoralidad con respecto a los otros países. En Chile, los microscópicos imperialistas no han vacilado en imitar a Bismarck. En cambio los diplomáticos argentinos son un exponente de belleza y de magnificencia.

Así, cuando estalla un conflicto entre pueblos, no es raro que los diplomáticos no sepan de qué lado están la justicia y el derecho; porque, como ya hemos dicho, en la maleta diplomática hay mezcla de ley, de camisas de se-

da, un poco de «baccara» y otro poco de intereses creados.

Felizmente, que toda esta diplomacia toca a muerto. Hace tiempo que todo el mundo siente el mal olor en las narices.

V.

La idea que tienen de los americanos latinos en el Viejo Continente

En Europa no se conoce suficientemente a la América del Sud, para tener una idea exacta de sus cosas y de sus hombres. Apenas se tiene una vaga creencia de que es un continente lejano y rico, un poco maravilloso y otro poco de opereta; un continente donde está la lámpara de Aladino y Alí Babá con sus cuarenta ladrones... Un continente de milagros y de cosas desconocidas, donde aún viven los faunos y la Venus de Milo (pero con los dos brazos); una tierra pródiga en generales y vacas lecheras, que produce mucho trigo, a la vez que abundante literatura, pero, de la mala; un receptáculo enorme y lejano, que ofrece porvenir a todo europeo que tiene saldos que pagar, asuntos con la policía, acreedores furiosos, o el ¡muerto! que se le presenta todas las noches en la conciencia; una serie de repúblicas pequeñas y revoltosas, que hacen revolución por quítame allá esas pajas, que asesinan a sus presidentes cada tres días, y, además, que los presidentes que pueden escapar, se vienen a París para hacer vida de «Moulin Rouge» y el viejo sátiro que espera a las cos-

tureritas a la salida del «metro». Más de una novela interesante y seguro ¡calumniosa! se ha escrito sobre las costumbres de nuestra América, que estamos en el deber de rectificar por cierto.

¡No!; ¡qué va a ser verdad, que exista tanta ingenuidad y tanto chanchullo literario; que se piense en la luna como en un astro muerto y romántico que amaba demasiado Verlaine; que allí para inspirarse, sea preciso tomar buenos tragos de licor! ¡No!; ¡qué va ser cierto, que los americanos latinos, pensemos en el Buey Apis y en el vientre de Epicuro!; ¡qué va ser cierto, que en la América el rebaño de Panurgo se haya multiplicado asombrosamente, y que los filósofos sean pastores del porvenir!; ¡qué va ser cierto que los curas sean flacos y no coman, dando su ración, a veces, a los pobres, o a sus cocineras! ¡No, señores europeos! Ustedes están en un gran error, dando crédito a las novelas baratas de cualquier Leroux o Benoit.

Desde hoy, la América latina es un continente que se mueve y que despide luz hasta por la cola, cosa que siempre es difícil y de mal gusto.

Desde hoy, ya no se contarán las leyendas que cualquier tío les relata después de comer, repitiendo si allí aun se continúa comiendo la excelente carne humana, y que aquí hace siglos han dejado de gustarla, a pesar de las tentativas que tienen de volver... No se agregará que, después de cada comida los buenos criollos se ponen a danzar el tango o la machicha para facilitar la digestión, o que nuestras cabezas y pies están recubiertos de plumas de colores como la mejor distinción nacional.

¡Ah, qué bromas de mal gusto tienen los europeos y qué privilegio de ser oídos! Lo que es ahora, en esa América hay tantos problemas

como en el Viejo Continente. Allí hay dolor y hay risa también; y la única diferencia es: que nuestra risa es infantil; que ríe del bien y del mal, de lo propio y de lo ajeno, de lo serio y hasta de aquello de que no se debe reír: de la Verdad.

A nuestra amable América, pues, sólo se la conoce desde el punto de vista comercial; y uno que otro especialista sabe que existimos, sin preocuparse mayormente. Por otra parte, el nombre de América, está monopolizado por los yankees, tíos que en Francia, son tan conocidos por lo borrachos como los pobres polacos, con la única diferencia de que los yankees siempre se embriagan al contado y los polacos terminan en la policía...

Gonzalo Zaldumbide, escritor un poco pesado y otro poco interesante, escribe en la «Revue de la Amérique Latine», que felizmente, con la guerra, los franceses han descubierto definitivamente la América Latina, no solo como un mercado opulento sino como infinita promesa... (Se refiere al tesoro de Aladino). Ellos—dice—saben ya dónde está situada y lo que significa. Pronto no podremos más bromear sobre su tranquila e indiferente situación geográfica. Es verdad que, antiguamente, para la mayoría, como para la sirvienta de corazón simple, la América y sus islas, estaban perdidas en el otro fin del planeta. Flaubert cuenta por boca de Felice, que en la Habana, no se hace otra cosa que fumar, y ve aquel país, en medio de una nube de tabaco y de negros.

Y concluye para el alivio de «La Nación», de Buenos Aires y «El Mundo», de la Habana, diarios sesudos y buenos para acelerar la conva-

lecencia, que esos tiempos dichosos ya han pasado, pero que se sigue escribiendo mal...

¡Nuestra América después de la vuelta del general Mangin, goza de infinito renombre! En las playas de Trouville se ve un desfile interminable de brasileros morenos que hablan su lenguaje sentimental y repiten al oído de las graciosas «midinettes» versos de Olavo Bilac (1). En un restaurant se come «bisteck de Montevideo» y muchos argentinos patriotas para hacer propaganda de su país, bailan tango en los cabarets y dan propinas de cinco francos en prueba de la magnificencia argentina. Una dama se ha echado al Sena y la crónica policiaria dice que en sus papeles se ha comprobado que es chilena. Por fin se ha hablado de este país. Ha llegado el poeta Lugones, astro de primera magnitud entre los gauchos de la Argentina, hijo del Sol y de una señora virtuosa de Río Seco, y la prensa de París, ha cometido la gran injusticia de no ocuparse de él ni en «Hechos diversos», a excepción del «Boletín del Comité France Amérique» que naturalmente en desagravio ha publicado su retrato, un comentario truculento y el consabido banquete, donde ha habido, más o menos, doce franceses, y el resto americanos latinos. Lugones que no es ingenuo y comprende las cosas

---

(1) Francamente esto del Brasil huele un poco a «vaudeville» en París, a pesar de que los heroicos brasileros, han sido los fieles amigos de los aliados casi en un grado igual a los senegaleses, canacos y cipayos. El espíritu francés que no conoce al Brasil, se hace una idea curiosa de este pueblo. En una revista del «Ba-ta-clan» se han presentado a los brasileros, cabezones y con un color anaranjado, tirando más bien a ladrillo. Todos los que hacían de brasileros, eran pequeñitos y cuando andaban, tropezaban entre ellos (menos mal que en el Brasil hay la costumbre de tropezar con las mujeres). La revista concluye con una furiosa machicha y el desfile de señoras que fuman cigarros de grueso calibre y recitan versos apasionadamente.

bien, se ha vengado de todos, respondiendo al discursillo de Hanatoux con un discurso de agente viajero de una casa comercial. En su discurso, como es costumbre ha habido delicada literatura gauchesca y chispazos emocionantes.

De las otras repúblicas no se habla, y se cree que están en el Africa o en el Asia. Da lo mismo. Sin embargo la vieja y libertina escritora, Rachilde, ha publicado un artículo de recuerdos sobre Rubén Darío. ¡Pobre poeta: hasta él en sus brazos y en sus escritos...!

Nunca se me ha levantado más el alma, de patriotismo, que un día que vi bailar un tango en «Lapin Agile». Todo ese mundo nervioso y frívolo de París, toda esa gente rica y alegre que llega a divertirse, arrastrando la seda y algunas veces la desvergüenza, todas esas bocas rojas de champagne y de deseo, lanzaron un grito fuerte, nervioso y de admiración: ¡qué bien baila esa pareja! Y al instante una respuesta humilde e ingenua como para constatar la justicia del elogio respondió: ¡es que somos argentinos...!

¡Sí! Yo me sentí desvanecido de gloria, listo a discutir que en la América se baila así, que en Buenos Aires y Chascomús, eso era cualquier cosa y que todo el Continente vivía en danza continua, bailando ingenuamente sin importarle el porvenir, y si al día siguiente habría sol. En esa pareja, estaba toda la inteligencia, toda la concepción artística, toda la aspiración de miles y miles de cabecitas locas, que creen que el tango es una gloria nacional, así como el finado caballo Botafogo, o el poeta Oyanharte...

Y para constatar mi idea de que el tango es una gloria nacional, un señor gordo y calvo, con

un vientre prometedor y amenazante, me interrumpió:

—Y, ¿a usted le gustan las ostras? Son buenas, sobre todo cuando tienen barba. Yo le confieso ingenuamente que tengo dos vicios; las ostras y el tango. Pero esta vez me he quedado sorprendido del progreso de la danza en la América del Sud.

—¡Mozo! Otra docena de ostras, e insinúe a la pareja que baile otro tango.

VI

El insignificante en Europa

Los americanos somos número en París. Nos enorgullecemos de ello, y hay cierta alegría interior cuando nos encontramos entre dos compatriotas y el uno le cuenta historias al otro... Desde luego, que ninguno de los dos cree en las novelas sencillas e ingenuas, pero de un sabor un poco fanfarrón.

—Pues sabe usted—le dice el uno al otro— que ayer no más, me encontré con una chiquilla blonda que me hizo con el ojo...! ¡Y qué piernas, compañero! Una chiquilla, se entiende, que es toda una promesa... Figúrese que me ha dado al paso una carta de amor. ¿Quiere hacerme el favor de traducírmela? ¡Ah! Esto del francés se me está haciendo pesado. Hace dos años que estoy aquí, y me encolerizo al no poder hablar como hablo mi lengua!

—Ah, ya comprendo. Pero, ¡qué suerte, amigo! Ustedes, los de allí, se la pasan conquistando. ¿Sabe usted lo que dice la blonda? Que le ama apasionadamente y que le espera mañana a la salida del metro «Cadet».

—¿Cree que sea honrada?

—Ya lo creo. Aquí en París no hay más que

dos géneros: las que lo son y las que no lo son. Esta me parece que lo es.

—¿En qué lo conoce usted?

—En la escritura. Ha escrito temblorosamente, y se comprende que estaba impresionada. ¡Qué vena, amigo!

Tres días después, el afortunado le cuenta al otro el final de la aventura así:

—Pero ¡qué magnífica la chica! ¡Qué ancas...! ¡Qué contornos deliciosos...! ¿Sabe usted? Esta aventurilla me ha hecho revivir. No hay duda que París... ¡Oh, París...! (Pero, muy discreto, se reserva el resto. Pues, en verdad, la blonda es, una de tantas... Trabaja en el «Folies Bergère», haciendo cuadros plásticos, y de día se entretiene en el oficio de atrapar pequeños tontos. «¡Y qué bien sabe su oficio!—piensa en silencio.—¡Delicada e ingenuamente, pide doscientos francos, y se va del cuarto, enviando besos»).

Para el americano latino todas las conquistillas fáciles son acontecimientos solares. Con una minuciosidad de museo me mostraba un peruano una preciosa colección de cabellos de colores de cocineritas del rey, de bailarinas célebres y de alguna otra chiquilla romántica, que no falta... Otro me enseñaba infinidad de cartas sin ortografía de su tierra, enlazadas con cintillas de colores. Y un coronel brasilero tenía una caja misteriosa cerrada con tres llaves. Un día los muchachos de la pensión, justamente intrigados por la reserva que contenía la caja, se animaron a profanarla. Y la caja contenía una colección de calzones de mujer, de medias de seda y de calzones de hombre también. La caja tenía tres ventiladores...

¡Qué cantidad de ricos, y qué tontos, vienen del continente maravilloso! Traen una incultu-

ra kilométrica y una audacia solemne, cuando no, una ingenuidad infantil, de la que se aprovecha el europeo prácticamente. Estos americanos están convencidos de que la gente, aquí, se preocupa de la misma manera que allá en el fondo de sus provincias. Y, como casi todos son millonarios y gente de «cabaret», se comprende la fama que tiene el pobre Continente.

—En América—me decía un buen ámigo—es una lástima que sólo tengamos generales y doctores.

—Sí; y también—le respondí—siervos y poetillas. Una gran ingenuidad y un gran servilismo...

Y es así: todo el mundo, allá, busca los honores y la fortuna; y, como es difícil encontrarlos en buena lid, los roba, sencillamente. De aquí, la cantidad innumerable de condecorados y de «nuevos aristócratas». El viejo del Papa, que siempre está listo para toda tramoya, no se excusa de dar el título de Conde a cualquier trotacuadros que le trae sesenta mil liras. Y luego bendice a la familia del agraciado, hasta la cuarta generación. No importa que en la familia haya luego un pequeño ladrón, o ladrones; pues, estando bendecidos por el Papa, no son encontrados nunca en delito infraganti; y aunque lo fueran, siempre la bendición los hace invisibles cuando llega hasta ellos la opinión pública o la policía.

En cambio, algunos poetillas de escasa luz, tienen el minucioso empeño de buscar la condecoración a su talento en Europa, por más que en Piura no hayan aprendido ortografía ni a tener vergüenza. El señor X..., Canciller del Perú, es uno de ellos. Escribe poesías horrorosas, y da opiniones... Ha producido un «Poema Triunfal» en homenaje del soldado «inconnu», sin

tener piedad de que está ya muerto, ni de que, por lo menos, los soldados desconocidos deben gozar de reposo. El poema comienza así:

«Era una mañana gris,
de esas mañanas del célebre París.
Yo iba pensativo y solò,
revestido de eterno dolo...
. . . .
¿Qué hacéis aquí, monsieur?—le digo—.
¿A quién imploráis como mendigo,
si nadie hay en la mañana que responda
a tu pesar y tu palabra honda?»

El Monsieur parece que le respondió al poeta, indignado: Estoy esperando al que tuvo la osadía de escribir «El Poema Triunfal» para darle un palo...

Alguien con cierta ironía picaresca le envió al autor este cuarteto:

¡Pobre soldado ignorado!
te reservaba la suerte,
algo peor que la muerte:
¡el poema de Delgado!

Nos ocupamos de este señor que no es conocido en ninguna parte, como un ejemplo, simplemente, de americano latino, que, además de saber bailar el tango, tiene la manía de escribir... Nos ocupamos de él porque es un ejemplo típico de todos esos seres ridículos que envía el Continente maravilloso a París, con ansia de placeres y de condecoraciones. No sería raro que «El Poema Triunfal» obtuviese la legión de honor. Con eso se constataría que todos los zopencos del mundo deben tenerla.

Nuestro objeto no es detenernos en el poema, ni en las condecoraciones que no valen nada; sino descubrir a la ingenua y tropical juventud de Sud-América, el engaño de que es presa con tanta simulación y hábil mentira.

París está poblado después de la vuelta de América del general Mangin, de pequeños señores que han atravesado el Océano, sólo por conocer a Maurice Barrès, a la Rachilde, a Landrú, Carpentier, Clemenceau y León Daudet. Todos ellos son, ciertamente, Daríos, y siguen los mismos pasos que el célebre poeta. Se los encuentra generalmente en los cafetines del «Quartier Latin» y en los anfiteatros de la Sorbona; pero les queda tal gana, que juran no volver a este último lugar.

—¡Vaya, hombre!—me decía un muchacho mexicano.—Yo no he venido a París a dormirme oyendo conferencias de viejos sobre los «gaulois». Yo prefiero escuchar la sabiduría de las parisiennes. ¡Ah! ¡La Sorbona, al diablo! A mí me interesan más las caderas de Ginnette que las tonterías de Henry de Regnier. Y, en fin de cuentas, Darío siempre huía de los cenáculos con olor a academia. ¡Quién sabe si mis mejores versos los he hecho a los pies de Ginnette! Es ella tan buena y tan desinteresada... que usted no se imagina...

Otros, lo primero que hacen en París es subir a la torre Eiffel, y hacerse retratar. Nunca sentía más emoción un amigo mío, que cuando ascendía a lo alto de la torre, confesándome ingenuamente:

—Ahora se puede decir que estoy contento. Dos ilusiones tenía en mi vida, que ya se han cumplido: subir a la torre Eiffel, y escribir a mis amigos desde París.

—Pues, mire: yo tenía diferentes deseos—respondió otro—: conocer el «Moulin Rouge» y a Carpentier. ¡Lástima que el «Moulin Rouge» se haya cerrado, y Carpentier haya sido vencido por Dempsey! Pero, en cambio, he visto la estatua de Clemenceau.

—¡Qué tipo!, ¿eh? ¡Qué audacia!

—Sí, para hacerse su estatua él mismo.

—¡No!, ¡qué va! Para imponerse sobre el populacho y gritar en alta voz: ¡aquí tenéis a vuestro tirano salvador!

—Por lo menos, Clemenceau lo ha hecho mejor que Castro y Guzmán Blanco en Venezuela, que llenaron de estatuas el paseo Bolívar. Vino una revolución, y los revoltosos, sedientos de justicia, derribaron los ídolos de piedra. Como en Francia no habrá más revolución, Clemenceau podrá resistir la intemperie de tres siglos...

—Y, a propósito: ¿estuvo usted en el baile de la Embajada? ¡Oh, qué delicioso, qué música más cadenciosa de tangos y one steps! No puede imaginarse qué contento estoy.

—Sí, ya me lo imagino. Y, ¿hubo conquistas?

—¡Oh, muchísimas! No sabía por cuál decidirme. Todas me sonreían y hablaban con ternura, aflautando la voz. Alababan mi talento artístico y quedaron maravilladas cuando bailé el primer tango. La señora del embajador discretamente comentaba, con una de las invitadas, que yo tenía excelente porvenir. El general Mangin me felicitó con todo entusiasmo. Pero de lo que estoy más contento es de la pequeña indiscreción que me hizo una rubita, hija de un coronel...

—Y, ¿qué le dijo?

—¡Oh, señor, qué bien lleva usted la corbata,

y qué bonita es! ¿Sería tan amable de venir a tomar el té a nuestra casa, el jueves?

Tres días después, el amigo de mi historia desapareció de París. Había huído... con una mujer honrada, a Italia. Por un minuto, quedé intrigado, y aun pensé en una loca aventura de amor. Pero el viejo «attaché» Fisgo, que hace años vive en París, me sonríe maliciosamente, guiñándome el ojo.

—No, no, mi amigo. No se trata de una gran dama. ¡Oh! Las damas de mundo no se dan, sino por un minuto... Es con la «bonne» de su pensión, con quien ha huído nuestro amigo. Ya lo creo que ha hecho, por fin, una conquista de mujer honrada. ¡Pero, esta vez, con demasiado olor a cebolla...!

VII

El chaleco blanco de Lima y las «guetres»

El Perú ha tenido un gran escritor, que fué no sólo gloria particular, sino que perteneció a toda la América. Ningún escritor de su época tuvo tanto coraje para levantar el alma de su pueblo, como él. Nadie dijo de la sociedad en que vivía, mayores verdades, que su pluma. Desde el amigo más íntimo, pero culpable, hasta el seno de la familia aristocrática, todos cayeron de su prestigio, flagelados por su justicia. El se convirtió en acusador público.

Señaló con vergüenza todo lo malo y lo que se debe decir, aunque sea doloroso. El chanchullo y el crimen, la iniquidad corriente y el escándalo que se oculta entre sedas, la ignorancia admitida en los destinos funcionarios y la complicidad de una clase gubernamental, el Sancho político, egoísta y embrutecido en su hacienda y el Arlenquín diplomático; él quería levantar de su pereza, a un pueblo vencido y acobardado, que sólo buscaba la declamación para pedir justicia y adormecía sus nervios entregándolos a la religión española. El acusó al grande, sin respetarlo, porque no lo merecía, y al pequeño, despreciándolo.

Este hombre maravilloso se llamó Manuel González Prada y concretó toda su campaña en esta frase: «El Perú es una llaga; por cualquier parte que le pongáis el dedo, brota pus».

Se propuso curar a su pueblo e inocularle nueva sangre.

El que era un hombre se convirtió en un apóstol.

Sin embargo, no fué oído; y el gran escritor murió tristemente en Lima, en medio de una indiferencia casi de júbilo, con uno que otro discípulo, nada más.

Al Perú parece que no le interesarán sus grandes hombres, porque emplea contra ellos toda una oposición que a veces se convierte en criminal. Toda la historia del Perú está hecha de motines de cuartel e intrigas de Palacio que no tienen otro resultado que la ambición personal de un caudillo ó de un grupo. De este detalle importante, vienen gran parte de sus desgracias nacionales; porque cualquier gobierno vive intranquilo, sospechando conspiraciones y concluyendo por volverse tiránico y arbitrario. Ya hemos dicho en otro sitio, que toda esa agitación política de adinerados y ambiciosos, encuentra fácil campo de acción en un pueblo que se deja arrastrar, a veces, por su ignorancia, y, casi todas las otras, por su incierta y miserable situación económica. Hasta que se reformen los tontos sistemas financieros sobre que están basadas las pequeñas repúblicas, o se industrialicen, siempre habrá motines y disturbios innecesarios y ridículos.

Luego el carácter peruano, porque está en el trópico, no puede escaparse de la naturaleza imaginativa, ni al mismo tiempo, de la pereza. Le gustan las grandes comodidades; pero sin contri-

buir de su parte a hacerlas. Tiene sueños de príncipe persa, y cree en la magnificencia de su suelo, sin preocuparse del resto. El negocio fácil, la pícara aventura, el yaraví empapado en lágrimas, el chisme del vecino y la manía de figuración a cualquier costa, llenan sus sentidos. La mentira corriente es un hábito de la juventud, así como es presa de un sensualismo prematuro y desenfrenado.

Al peruano, le gustan la declamación y el chascarrillo; y todo su talento, en sociedad como en la prensa, consiste en quién hace más largos discursos, en tono pomposo y gongórico, y en quién ha dicho una frase feliz y acertada.

El terrible mal de la «abogacía» ha hecho presa, desde hace cien años, en todo lo bueno que ha habido en el Perú. Doctores de una seriedad asnal y de una astucia leguleya, tienen los negocios públicos en sus manos, creyendo aún en la piedra filosofal, en el talento nato y en la pasividad eterna del indio.

Al peruano le gustan la ostentación y el lujo, llegando algunas veces a la locura de hacer de su república una pandereta española, que suena mucho, pero en cuyo fondo no hay sino ruido. Cree que la «civilización» consiste en el arte de declamar con cierta entonación de voz y en mirar por encima del hombro a sus otros vecinos. Su criterio es éste: En Lima la gente se viste bien; en Bolivia, no; luego el Perú es más civilizado. En Lima hay «cabarets» y polvos de arroz; luego se aproxima a París.

Este infantilismo del Perú ha creado generaciones afeminadas y sin un sentido seguro de la vida. En las calles de Lima, es común ver señoritos con una escrupulosidad minuciosa que envidiaría «une petite parisienne qui fait la noce».

Tienen el rostro afeitado y con abundancia de polvos; las manos liliales y cuidadosamente guardadas en guantes de color crema; el vestido estrecho y a la última moda, con un talle femenino; el pantalón, que cae hasta el suelo, irreprochablemente, sin una arruga, y el gran chaleco blanco y las consabidas «guetres»: prendas, estas últimas, indispensables.

Es inútil y una obra innecesaria, hacer comprender a la juventud de Lima, que toda esa preocupación banal del vestido y de la belleza masculina, es una degeneración del sexo viril. Al que tal cosa dice, le creen loco y descentrado; porque el concepto de «civilización» en el Perú, busca a todos los Antonios del Imperio Romano, y se burla de aquél que, con frase honrada y noble, les muestra la verdadera vida, que está en la frescura, en la fuerza y en el ideal, pero nunca, en la tontería.

Esta condición de la juventud, el innumerable número de poetas churriguerescos y bohemios, que han transformado la bohemia fraternal en el sentido de no tener dignidad, y vivir del prójimo, mantiene al Perú en pasiva y ultrajada república, sin que pueda reclamar justicia.

El tartufo chileno se aprovechó en la guerra del 79—y se sigue aprovechando—de todos estos detalles, para imponerle sus caprichos y perseguir ciudadanos peruanos, expulsándolos cruelmente de su propio territorio que está en manos del conquistador, sin que el Perú pueda oponer otra cosa que sus quejas lastimeras y continuas.

Esta situación no puede quedar así. Un deber muy grande e imperioso tiene que sacudir el alma peruana libertándola de preocupaciones inútiles y de prejuicios de la moda y de la aristocracia; por que, mientras piense así, siempre

será «la cabeza de turco» dolorida y terrible, sobre quien caigan la mofa y la barbarie araucanas. Es preciso romper con el pasado, a toda fuerza, y prepararse a vencer. Ningún medio es imposible cuando se posee la fe en el triunfo y en la justicia. Lo esencial es aprender en el sufrimiento a ser simple y a ser fuerte. Hay un gran aliento que en la hora reparadora me dice que el pueblo que sufre se apoderará de la verdad y de la democracia, sin declamación, sencillamente, como se cumple un sagrado deber.

VIII

El sistema económico de la América Latina

Todos los gobiernos serán malos si no reforman su sistema económico, basado en la rutina y en la tonta pretensión de imitar la vieja «civilización» capitalista de Europa, sin saber que cada cláusula económica ha costado miles de lágrimas y de infelicidad. Nuestros países no han tenido en buena cuenta ningún sistema racional que se acomode a su estructura y a sus habitantes. En tiempo de los Incas, todas las partes agrícolas de la América del Sur, siguieron el sabio y casto sistema incaico, sin mayor preocupación que la tranquilidad, buscando la dicha a toda costa, como explicaremos después, en otros capítulos.

Los españoles destruyeron todo este sistema político, que más que político era económico, y reemplazáronlo por otro que tenía la torpeza española y la primitividad de la época (1). Ya se

(1) Los conquistadores reemplazaron una bella civilización, con la torpeza y la crueldad, agotando la raza indígena en servicio de su egoísmo. Pretendieron darle una religión por todo progreso, y justamente no hicieron otra cosa más opuesta al espíritu de los Incas, que creían en la tierra y en el sol con unción y espiritualidad. (Conferencia dada en el Havre por Mr. Rivet, miembro de la alta comisión francesa de estudios geológicos que fué a la América Latina).

sabe que, para lograr su fin, decapitaron cruelmente todo lo que significaba incaico, llegando hasta el fanatismo de confundir ignorantemente la economía agrícola con la herejía. Los españoles no implantaron ningún sistema económico en las nuevas tierras, porque les debió parecer infantil al avaro Almagro y al porquero Pizarro, detenerse en especulaciones de esta índole, cuando por todo sitio había riquezas comparables a las leyendas árabes. En fin de cuentas, el conquistador no hizo otra cosa, que explotar la América, apoderándose de sus tesoros a manos llenas y sin preocuparse de si Sancho tendría la misma fortuna al día siguiente (2).

Los Incas, más castos que ellos, empleaban el oro de sus minas en adornar sus templos, concretándose a vivir de la agricultura, sabiamente organizada, y tan conforme a su manera de ser, que, ni aun ahora, después de tantos siglos de coloniaje, desaparecen los vestigios de su civilización, ni desaparecerán nunca; porque la humanidad, después de tantas experiencias, vuel-

---

(2) Es increíble la cantidad de fortuna que sacaron los españoles de las minas del Alto-Perú (hoy Bolivia). Según las crónicas de ese tiempo, sólo del famoso cerro de Potosi, extrajeron más de ochocientos millones de plata pura.

«Dios de los castellanos» llamó al oro el cacique Huatey, el cual, temiendo que algún día regresaran a América los españoles, tenía sus espías que le decían cuanto pasaba en Ultramar. Un día, supo que volvían los conquistadores; y, al punto, reúne a su pueblo, le recuerda las persecuciones hechas a su raza por los castellanos, y les asegura que todo lo hacían para satisfacer a un poderoso señor a quien adoraban y que él iba a mostrarles. Y sacando un cestillo de palma de oro, les dice: «He aquí el Dios de los castellanos; éste es el más poderoso señor a quien sirven y tras el cual andan. Y como habéis oído que quieren volver por acá, en solicitud de su Dios, hagámosles fiestas y bailemos, para que cuando lleguen, les diga que no nos hagan mal. Y bailaron y se divirtieron hasta desmayarse, agrega Herrera en sus Décadas». (Del libro de Cornelio Hispano).

ve a la tierra, buscando su regazo piadoso, como la única consolación que puede salvarla de tantos conflictos.

Durante los siglos del coloniaje, los pobres indios, libres y humildes, fueron reducidos a la esclavitud, en concordancia con las ideas de la época, de que existían castas bendecidas por Dios, para la explotación del infeliz, y otras, condenadas a sacrificarse. Con una crueldad incomparable y muy española, se obliga al agricultor pacífico a dejar su tierra y dedicarse a explotar las minas en provecho del conquistador. El que no obedece, es suspendido en la cruz o arrastrado de la cola de un caballo furioso: tormentos leves, si se recuerdan los quemados vivos, o los que eran muertos a garrote y lentamente. Millones de indios mueren en las minas, hambrientos o aplastados por las rocas, mientras las naves de vela, alegremente llegan cargadas de oro a los puertos españoles. Las prisiones están repletas de infelices que habían cometido el crimen de rechazar sus servicios, y en España el torpe filósofo niega la «civilización incaica» mirando con ojos espantados, algunos ejemplares de dulces y poéticos quechúas que habían sido conducidos a la Corte enargollados y como bestias.

¿Con qué objeto había que establecer un sistema mesurado y contínuo que estuviese de acuerdo con las costumbres incaicas o que las reformase, si todo lo que no estaba conforme con el ojo estrecho de la religión inquisidora, se consideraba herético y por tanto criminal? Alrededor de este obscurantismo tan imperdonable, ha girado todo el criterio de esa época. Es preciso decir, aunque sea doloroso, que la cruz y la espada de España durante su poderío, embrutecieron casi media humanidad, y a los que no pu-

dieron embrutecer, los mataron sin compasión. De este crimen gigantesco, aún la pobre España no está curada. Sacerdotes de una torpeza primitiva y fanática continúan tan agresivos y con la misma ignorancia de hace cuatro siglos. Condenan la electricidad por herética, y la limpieza porque San Benito era sucio. En cambio, alaban admirablemente el agua bendita y puerca de todas las iglesias, y los pelos de colores y que hacen milagros, de San Anastasio. Sostienen la virginidad de Santa Bárbara y la honradez de Romanones. Defienden al Rey, y, cuando no llueve, sacan a la calle un pobre Cristo lloroso y ultrajado, que desearía estar mejor tranquilo en su cruz, que en manos de los sacerdotes españoles.

Este régimen de explotación y de lujuria, terminóse un día en la América del Sur; y todo el mundo festeja la emancipación. En batallas sangrientas se gana la libertad, y Bolívar es el nuevo ídolo que reemplaza al Rey. Por un minuto pasa un temblor en la América. Bolívar que no cree en lo extraordinario, ni en la religión—vieja histérica que ensombrece la vida fresca del Continente—ordena por un decreto, la abolición de todo lo que fuese español, así como la expulsión de los jesuítas, la rutina de la educación escolástica y el concepto político. Hace magníficos planes de reforma y los elabora con fecundidad de talento. Hay que admirar en sus maravillosos planes políticos su grandeza de genio y no en las batallas victoriosas. Pero Bolívar pensó respecto de la economía, como los enciclopedistas franceses, muy de paso y declamatoriamente. Tenía delante de su obra el problema político que acabó por nublar sus grandes pensamientos.

En ese instante el ruido de espuelas militares y corazones afiebrados, le impidieron realizar lo que para él, fué su más grande sueño: la América del Sur como una sola entidad espiritual y económica. La gente de la época, por otra parte, no se dedicaba a problemas ni a tentar sistemas económicos, porque los consideraba peligrosos, justamente por su ignorancia. Todo el ambiente estaba conforme en que la América libertada, continuase bajo el viejo sistema conservador, que procuraba la comodidad y las luces a unos privilegiados, y sostenían que el indio, debía vivir bajo el mismo régimen de esclavitud en que había vivido durante el dominio español. Además, ese fantasma reaccionario de que la América es rica, paraliza toda tentativa de innovación beneficiosa. El criterio corriente estaba, pues, conforme en que debía haber castas. Se habían librado del amo español; pero continuaba todo el mundo siendo «español». Y esto se comprende fácilmente. La revolución americana fué una revolución de toda la medianía burguesa y semi-ilustrada, que había hecho pequeña fortuna y leído, aunque mal, a Rousseau y a Voltaire.

Estoy por creer que Bolívar pensó luego de libertar la América en destruir los prejuicios religiosos y derrumbar todo el edificio que los sostenía. Pero no pudo: se lo impidieron los acontecimientos. Sus soldados «criollos» que ganaron tantas batallas, tenían en sus venas un cuarto de sangre española y no se olvidaron a la hora del triunfo, de que su pasado estaba hecho con templos y con cadenas. El mismo Bolívar era un «autócrata», y no admitía la democracia, sino a condición de ser el amo él. Pero en Bolívar todo se puede tolerar, porque es un astro.

Lo que es indisculpable es el nacimiento instantáneo de una casta que se apoderó de todos los privilegios, de la riqueza, de los honores y constituyó así, la misma «odiosa clase conquistadora» que acababa de ser vencida. Solamente en la América hubo un minuto de revolución y de liberalismo que contagió aun a las mujeres.

Pero, al día siguiente del éxito, apareció en el escenario de la América una serie de republiquetas terriblemente aferradas a sus ríos, a sus costumbres, a sus iglesias y hasta a sus señores y sus vicios. Burguesías hábiles y embriagadas con el clarín militar, mostraron al pueblo ignorante, la conveniencia de constituir grupos aislados, para mejor dominar y explotar; porque les parecía ya la idea de Bolívar, un tanto loca por lo homérica y atrevida. La libertad les embriagó de tal manera que se convirtió en un largo calabozo y en una hábil mentira de propaganda electoral. Hasta ahora se continúan matando en luchas fatricidas esos pueblos, nada más que por dos cosas: por saber, en fin de cuenta, en qué consiste la libertad, y si fué cierto que hubo emancipación americana.

Mas después, los nobles libertadores, quizá decepcionados de su obra, contemplaron con cierta amargura a los pueblos libertados, jugando a la tontería y al crimen, hasta hacer exclamar a Bolívar su sagrada y terrible frase: «Hemos arado en el Océano». Pagó su pecado de haberla dicho, porque fué amenazado con el puñal varias veces, y el justo Sucre no pudo librarse de caer asesinado por él.

Durante los años que siguieron a la emancipación, el desorden más caótico empujó a los pueblos, casi dos veces por semana, a la demencia. Parece que no tienen ojos, porque no dis-

tinguen la razón ni el buen sentido; y las generaciones que nacen y desaparecen, pasan sin curarse de la terrible experiencia. En todo sitio aparece el caudillo «criollo», temperamentalmente español y cruel, y escala el poder, sin preocuparse mayormente del pueblo, a quien adula, le aplaude en sus crímenes y degeneraciones, y, una vez en el poder, le desprecia y le injuria. Si las poblaciones tienen razas indias o negras, el cacique brota con peores detalles.

Está comprobado hasta la evidencia, que en toda la historia trágica de América juegan buena parte del papel, los tiranuelos mulatos, con tan poca ilustración como vanidad, con un deseo de grandeza y de poder, que los lleva a la locura.

Se comprende fácilmente que durante toda esta época no hubiera ninguna preocupación económica y hay que confesar con vergüenza que todas las pequeñas élites que existieron, más o menos, buscaron refugio para vivir al lado del tiranuelo, a quien con frecuencia le dedican poemas y delicadas composiciones de servilismo en prosa. El espíritu rebelde y estudioso de las cuestiones sociales es desconocido absolutamente.

Sin embargo, los tiranuelos durante los cien años que sucedieron a la revolución emancipadora, viven intranquilos, sospechando del amigo íntimo y del mejor servidor, porque con frecuencia, como en una divertida cinta cinematográfica, brota de cualquier rincón obscuro, otro caudillo pujante y furioso que llama al pueblo a defender la libertad. El pueblo acude creyendo en la honradez del nuevo hombre y muere tontamente, sin provecho alguno ni para él ni para la humanidad.

Como se comprende en este examen retrospectivo y rápido a través de toda la historia de la

América del Sur, la evolución económica fué nula y los pueblos vivieron del azar en medio de una afrentosa miseria. Los que no se han librado aún de las taras españolas, de los caudillos y de la religión, siguen aún a muy poca distancia de ella. Pero los que han poblado sus campos con emigración extranjera, como la Argentina y la parte costeña del Brasil, se han independizado de España y de sus prejuicios. En estos países, el problema social es casi aproximadamente igual al de Europa.

Y del Buenos Aires futuro, cuando haya concluído de asimilar su población en un solo ideal de América; cuando todo esté maduro y no exista el discurso declamatorio, herencia hispana; el «compadrito» mezcla de fanfarrón italiano y criollo; cuando toda esa inquietud espiritual se introduzca hasta el fondo de todas sus provincias, puede ser que nazca una nueva luz.

No he querido hacer un largo volumen de historia económica en diez gruesos tomos y de a quinientas páginas, cosa que se acostumbra a menudo en América y en España, donde todo pueblo, inclusive Chascomús, Yotala o Turrón de Alicante, tienen su magistral historia, y sobre todo, su historiador, viejo éste, que generalmente es de barba blanca o sin ella, que pertenece a todos los partidos, y se burla de Dios, del Diablo y de la pobre gente que le escucha. Otros pueblos son más dichosos, porque su historia relata que en la plaza pública está enterrada la canilla del caballo de Don Quijote, el pie de la Ignorancia o la peluca de San Martín.

IX

A los proletarios intelectuales

Nada hay tan triste como ser intelectual en Sud-América. El intelectual está condenado a comerse las uñas y a vivir de la poesía, que no siempre es alimenticia aunque sea consoladora y bella. Pero el amor a las letras en Sud-América no viene de lo real, de lo humano, del arte mismo, sino del trópico y de lo exótico. No existe aún literatura americana, y con muy raras y honrosas excepciones, los libros son monerías de Europa, algunas veces con talento y generalmente tristemente ridículas.

Nó hay aun sentido de lo propio, de lo americano, de la belleza desparramada en forma pródiga y de los problemas económicos. La única literatura que existe es la española, ampulosa y gongórica, desviada de lo preciso y de lo real. Gongóra, después de haber arruinado a España y hecho más daño que todas las catástrofes, se trasladó a América: y ahora se le tiene endiosado en la política y en los negocios. Felizmente el buen sentido se abre paso y concluirá por vencer.

Pero los intelectuales si se libran del gongorismo que se libren también de otros prejuicios

que son igualmente execrables. En América se cree que el talento autoriza a ser ridículo. Nuestros maestros de idealismo son unas bailarinas en este momento. Engañan a los pobres muchachos «subiéndose sobre su cabeza» como dijo alguien y reventando de orgullo.

Todos se creen astros intangibles; y el Dante mismo se siente al lado suyo empequeñecido. Cuando hablan son sonoros y soberbios y cuando andan cogen las nubes. Pero en el fondo de todas esas almas superiores se encuentra casi siempre un pequeño interés material (algún ministerio o una fortuna próxima), que, sin embargo, ellos niegan, porque además tienen la manía del desprendimiento y del idealismo.

Efectivamente la América vive paradojizada. Los maestros de idealismo son falsos. Nadie a excepción de Martí fué hasta el final. Al comienzo emboban a toda la juventud con un muestrario de palabras brillantes, y luego transigen con todos los adversarios porque según dicen ellos se están haciendo viejos. ¡Claro que sería un crimen no conocer las delicias de un sillón ministerial!

Por eso nadie espera de nadie y el alma se siente fatigada de tanta farsa. Entonces los peores enemigos de la juventud: el pesimismo y la desconfianza roen el espíritu. Algunos se sienten vencidos a los veinte años. Todo este problema moral tiene su base indiscutible en la economía. Entre tanto que para los latinos es una degradación ejercer un oficio, porque el literato debe sólo hacer versos y novelas de amor, usar buenas camisas de seda y tomar champagne—o jactarse de ello—(Darío y Gómez Carrillo), en las razas sajonas y eslavas, la mayor parte de los grandes hombres de letras han sido obreros.

(Shakespeare en Inglaterra, Gorki y Korolenko en Rusia, etc.). En las razas latina y principalmente en la española, se tiene un concepto imbécil de la dignidad, al creer que solo los desgraciados y los infelices deben trabajar, reservándose los nobles todos los placeres y los honores. Naturalmente que los intelectuales para estar al lado de los nobles hacen el bajo papel de bufones. Los bufones habiéndose modernizado han sido reemplazados por los funcionarios.

Nunca está más oportuno citar los versos de Víctor Hugo en Ruy Blas:

Huérfano, por piedad alimentado en un colegio,
de ciencia y de orgullo, ¡ay de mí, triste favor!,
en lugar de un obrero se ha hecho un soñador.
. . . .
Yo esperaba todo de la Suerte... Y después, yo [soy de ésos
que pasan todo un día, pensativos y perezosos,
delante de algún palacio repleto de riquezas,
viendo entrar y salir las duquesas...
Bien que un día, muriendo de hambre sobre el [«pavé»
recogí un pedazo de pan, donde encontré:
¡en el vicio y la ignominia!

Es preciso concluir con todas las ideas tontas. Que en adelante se tenga un sentido más cabal de la vida y de la belleza. La poesía exige un solo sacrificio: el ser honesto. La vida un sòlo deber: el trabajar. Armonicemos, pues, estas dos cosas que no son incompatibles, y que lejos de odiarse se aman. La verdadera vida está en comprenderla, no en hacerse ilusiones. Es ya tiempo de que a toda la bohemia romántica y un tanto trasnochada se la entierre. Hace medio siglo, que

desapareció de todo el mundo menos de América.

El intelectual, hoy día, tiene una obligación sagrada si quiere llegar a merecer respeto. Ser igual a los otros hombres, llenarse de humanidad y hacer el bien en obras no en frases. Dar cuanto pueda de su alma a los infelices. No transigir con la injusticia, no dar tregua a la mentira y al error y someterse a la verdad. Trabajar como los otros hombres y odiar la pereza que engendra el servilismo y la inferioridad.

Así la fuerza ideal hará su obra. Del corazón una gran ánfora de piedad, y de los brazos soberbios instrumentos de trabajo. Los ojos se llenarán de poesía cuando el poeta, concluya un par de zapatos con sus propias manos y se dé cuenta del trabajo que cuestan. Cuando vaya al campo y sus manos con seguridad de Dios, tracen surcos infinitos en la tierra. Cuando la madera sea labrada y el bosque vírgen, cantado al mismo tiempo que en poemas, en jornadas de trabajo.

No hay por qué admirarse de todo esto. Una nueva mentalidad reemplaza a la antigua. El mundo está fatigado de inútiles y de improductivos. Sólo los poetillas menguados que han hecho del arte, cómodo escondite de impudicia; los que ocultan sus taras enormes detrás de poemas; los cobardes y los avaros de su propia personalidad; es decir, las viejas momias de la literatura y de la ciencia, estarán en contra. Pero los nuevos y los que nada pierden, los honestamente sinceros que aman mejor el taller porque saben que allí está la dignidad, que aman también la belleza, cantarán a la nueva vida gozosamente como en los salmos antiguos.

Dentro de nuestra sociedad capitalista se que-

jan los artistas de incomprensión, y casi a todos ellos los golpea la miseria. Entonces, ¿por qué quejarse de una nueva era que no exige sino un poco de esfuerzo? Lo que es prudente hacer desaparecer, es la idea vulgar de que el artista por naturaleza, está obligado a ser vergonzosamente perezoso.

Después es bueno decir, que la poesía y el arte tienen sus elegidos. Es justo que los que nacen verdaderamente artistas persigan un ideal hasta el final. Desde luego que los grandes artistas, pintores, músicos o los sabios que buscan la ciencia, están por razón de interés común e ideal que persiguen, lejos de nuestros preceptos. Pero que no se vaya a confundir lo pequeño con lo grande, lo falso e inútil con lo verdadero. Hay que aprender a distinguir. En América existe una cantidad incontable de poetas de color, de sabios a la violeta, de pedantes titulados, de abogados imbéciles. A todos éstos es lógico enviarlos al taller y hacer de ellos elementos de trabajo.

La idea de intelectualismo tan apreciada en la América Latina es necesario que se la reemplace con la de la nobleza del trabajo. Todo el mundo pretende ser intelectual, y Romain Rolland en una polémica, decía, últimamente: «Si todo el mundo desea ser intelectual, ¿quién entonces llenará los graneros?» Pero es que no hay intelectualismo en América, sino una manía de ser intelectual, de figurar en sociedad, de escribir las cosas más absurdas y de encontrar la tolerancia, no sólo en la familia sino hasta en el público.

Por último, una idea que mata la savia de toda la juventud de América es la de la libertad. Todo el mundo está conforme que América es el país de la libertad, y que nuestros abuelos die-

ron su sangre y su fortuna por obtener ese gran beneficio. Nuestros diarios están llenos de adjetivos consagrados a esa libertad. Las calles, tienen los nombres de mártires muertos por la libertad; y los discursos y la filosofía corriente están repletos, igualmente, de esa decantada idea. Y nada hay tan falso como la idea de la libertad y ningún país comprende menos la libertad que Sud-América.

Efectivamente, las naciones latinas del Nuevo Continente, salieron a la vida en un momento en que el mundo era presa de la revolución francesa y de aquellas frases: Igualdad, Fraternidad y Libertad.

Con el tiempo la Igualdad ha sido groseramente desfigurada. La sociedad está dividida de nuevo en avaros e infelices, en capitalistas y esclavos. De la Fraternidad nadie se acuerda sino en el teatro de «vaudeville», y la Libertad se la explota en discursos y academias cuando no en días de fiesta electoral y motines. ¡Al ruido de la marsellesa se han hecho bastantes revoluciones en Sud-América!

Pero la libertad es una ideología que no tiene valor científico. Es simplemente una antigua especulación filosófica que ha enloquecido todas las conciencias. Nada en el mundo es libre. Todo está sometido a leyes conocidas o desconocidas. Las relaciones de los seres están regladas por la naturaleza y sólo el hombre con vana pretensión pretende escaparse de esta verdad. La libertad en buena cuenta es una palabra brillante y seductora nada más.

Pero los anarquistas han hecho de ella toda una base de edificio futuro en el porvenir. Ellos desean la más grande libertad de acción en todo sentido, y en una interesante discusión, en una

conferencia en París oía a un anarquista defender con habilidad su tesis. Sostenía él que ningún tiempo los hombres habían sido más felices que en la época del salvajismo, cuando la ley se reducía a su más simple expresión. Naturalmente que para todo anarquista la complicada sociedad es una tiranía sin límites que es preciso destruirla y aniquilarla.

La América Latina, sin saberlo, es presa de este anarquismo. La libertad ha enajenado en tal forma los cerebros, que por todo sitio no se encuentra sino pereza y conspiraciones de caudillos. No hay un sòlo discurso que no esté preñado de frases gongóricas y ditirambos a la libertad!

De lo que puede jactarse cualquier sociedad civilizada es de dar a cada habitante una relativa libertad racional, reglada con las otras libertades de los demás y del Estado mismo. Pero, por encima de todo, debe haber un gran sentido de fraternidad, que es más humano y grande que gozar de libertad.

La Fraternidad es la Razón.

X

El porvenir de la América Latina

Pero con todos sus defectos, con todos sus vicios prematuros, con sus candideces insoportables, con sus generales y doctores, con su mal gusto español, la América Latina es el Continente del porvenir. Allí la humanidad tiene reservada su época y su momento histórico. Allí las muchedumbres se hombrean con la naturaleza y conocen la abundancia y el pan. Allí no falta nada. Todo lo que produce el mundo en granos, en frutas, en minerales, se encuentra en el Continente maravilloso. La gente comienza a conocer el planeta que habita y a darse cuenta de lo que le rodea. A tientas unas veces camina, otras veces no puede caminar más, la mayor parte de las ocasiones vacila, todo esto es verdad, pero llegará un minuto final que la América tenga en sus manos el secreto de la vida, de la esperanza, de la gloria.

En América todo respira a espacio. Las altas cumbres están cuajadas de nieve y de libertad. Las montañas son homéricas y los ríos tormentosos como el mundo. Todo crece, todo se agranda, todo se ensancha, y el mismo corazón del hombre parece que fuera gigantesco. En la Amé-

rica los pequeños odios son tan miserables que concluirán por ser aniquilados por la justicia. Este es el único camino honorable que tiene que seguir la América.

Por la justicia, por la felicidad de todos los americanos latinos que no se contentan del presente, que tienen ansia del porvenir, de las cosas bellas que aparecerán en el Continente, del talento magnífico que cada día se irá haciendo real, de la ridiculez que cederá el paso a lo sencillo, de la gracia imaginativa que ha depositado la naturaleza en su seno, del Sol del trópico tan inmenso como un Dios, de la tierra negra y fecunda como una madre, de la caricia tierna que es toda una posibilidad de un confín al otro del Continente, de la frescura de sus jóvenes aún en la edad infantil y que harán grandes poemas para los siglos, por todo esto y lo que el alma no puede decir, porque la palabra es pequeña y es huérfana de alas, la América de los Incas, se levantará en una nube de ternura y de civilización, sin ejércitos, sin sacerdotes grises o negros, sin magos politiqueros y sin los indispensables abogados. La tierra americana será un crisol donde se funda todo lo inútil, la intriga y el odio, la envidia y la pereza. Una sola idea se irá haciendo noble y grande, y nadie la podrá detener sin pecar de candidez política. La unión espiritual y económica de la América Latina. Sólo así podrá imponerse ante el mundo. Pero la unión debe ir hasta lo ilimitado y hasta franquear las fronteras aduaneras.

Luego en América existe una sola raza; y en toda su extensión, los ríos y las montañas nos repiten las mismas tradiciones. Hablamos una sola lengua que la hemos hecho más expresiva con ciertas palabras necesarias que salen de las len-

guas indias. Nuestra alma irá posesionándose cada día más de la humanidad, y alejándose de esos tontos prejuicios que han impedido su progreso. Iremos desgajando la mala yerba que ha crecido demasiado en nuestra edad primera, debido a tantas causas.

Una ola de reforma, de espiritualidad, una ansia mística quizá, se apoderará en breve del Continente. Las masas saldrán de su falso sueño democrático, para comprender la razón. Las élites, si es que son sinceras, deben iluminar el camino, pero sin pretensiones. El siglo que viene pertenece a la América.

Los nuevos ciudadanos se sacrificarán voluntariamente en más cantidad que en la época de la independencia. Los hombres volveránse más sencillos y más tenaces, y la tierra americana transformaráse a sus esfuerzos, en tierra de felicidad y de ternura.

No nos falta sino comenzar a sembrar. La América producirá por montones, apóstoles de un nuevo ideal social, sabios y artistas, obreros cultos y agricultores laboriosos, todos unidos por el vínculo más sagrado de la fraternidad que será más fuerte que la idea artificial de patria política. Ya no le hace falta la Europa, llena de odios milenarios y de terribles abismos de razas, donde la civilización trasciende a sangre, a bajeza y a miseria. No imitaremos tampoco a los EE. UU. que quiso ser tierra de libertad y de paz, y un sordo ruido de oro en las bodegas y de cadenas en la calle, nos dice que el «dóllar» reina y envilece la sociedad americana, que en lugar de hombres buenos, existen Syloks y en lugar de obreros, esclavos.

Todas las experiencias de civilización, parece que hubieran sido hechas por los siglos para la

tierra nuestra, que con ojo atento observa todo e imita todo. Mas, ¿cómo va a imitar la «civilización» de Europa, que si es verdad que ha marcado una etapa artificial, cada piedra, en cambio, está manchada de sangre, de vicio, de dolor? ¿Y cómo va a dirigirse a la antorcha de New York, si sabe por experiencia que la riqueza exagerada y enorme de un grupo de yankees, ha acumulado una pobreza interior y también una pobreza de espíritu? No. Por ninguno de los dos caminos. Nuestra tierra fecunda y libre, no se ha hecho para las guerras y las injusticias, sino para la felicidad de los hombres.

SEGUNDA PARTE

EL CRIMEN DE AMERICA



SEGUNDA PARTE

I

La hora

Estas líneas son de convencimiento y de verdad. Alejado del Continente maravilloso y cándido, la ilusión que da alas no tiene razón de ser. A sabiendas y sin pena ha muerto en el corazón. En cambio, el espíritu está pleno de experiencia y los ojos no ven sino la realidad. Nada hay más allá de nuestras manos que no llamemos justicia, porque a base de ella debe hacerse el mundo, o a base de justicia desaparecer. Ni dichosos a medias ni desdichados. Todos desde que nacemos, contraemos las mismas obligaciones con la vida y todos nacemos de igual forma sin privilegios. Es tontería y candidez pues, alegar que existen castas y razas especiales. Sólo a fuerza de cinismo podemos callar los labios y dar vuelta a la razón. Lo lógico es lo verdadero, y enseña que, por encima de todo, viven ideas reguladoras y concepciones de belleza democrática; más el interés y la conveniencia desfiguran su sentido.

Pero el mundo obedece más bien a los sentimientos primitivos y a las pasiones que forman su levadura estructiva. Las ideas de belleza y de bien tienen una significancia declama-

toria, y son útiles durante la infancia, para recibir el premio escolar. Después nadie se acuerda de ellas; y Cristo, como todas las veces, muere clavado en su cruz sin ningún provecho.

La humanidad es más tonta cada día y más cruel, porque su tragedia está hecha con el fastidio de todos los que no pueden alcanzar en su vida sino una risa escéptica y amarga, y con el dolor hecho montaña de toda la ignorancia.

Pero, porque haya sido así veinte siglos, ¿quiere decir què seguirá siendo? Porque la idiotez ha llegado a obtener tribuna, y ahora pasea en salón y en cátedra; porque ayer y hoy haya sido corriente burlarse del bueno, ¿quiere decir que seguirá siendo? No. Por encima de todas las cabezas, de todos los crímenes de la humanidad, de todas sus tonterías y de todos sus vicios vive la «Verdad» que llega a su hora derrumbando todo, igualando en la hora final a los hombres con el gesto de la muerte. Ebrios los que a esa hora no tengan la valentía de confesar su cinismo.

II

El pleito del Pacífico

En la ingenua América es costumbre llamar así a un viejo pleito que existe entre Chile, Perú y Bolivia.

Hace más de cuarenta años que el dulce y cándido Continente fué sorprendido con una guerra. De una parte Chile y de otra Bolivia y el Perú.

El asunto es sencillo y merece ser comentado por las enseñanzas que encierra.

Chile vivía en una extensión de terreno limitado y pobre, teniendo delante un mar bravío y a las espaldas las rocas milenarias de los Andes. Su territorio había pertenecido a la Capitanía fundada en tiempos de la colonia por el español Pedro de Valdivia. Poblaciones sin importancia, alejadas del mundo por la cordillera y el mar viven de la agricultura y de la pesca, sin turbar la paz del Continente, leyendo como biblia el catecismo del conquistador a la par que los poemas vibrátiles de Ercilla.

Al norte de Chile, por esa misma época, se encuentran las nuevas repúblicas del Perú y Bolivia, fundadas gracias al esfuerzo creador del general Bolívar y a la ayuda del general San

Martín. Repúblicas jóvenes y ricas viven preocupadas, por su parte, en organizar su organismo interior y político, luchando ásperamente con la ignorancia del pueblo trabajador y la semi-ilustración de una casta demagógica.

Ya es sabido el escenario trágico de la infancia de todos los países y no hay por qué admirarse. Y allí en esos climas del trópico, la pasión de la nueva filosofía del derecho y la libertad tuerce el sentido común a veces e impide la grandeza de su porvenir, porque la lógica y la experiencia enseñan que es preciso ser fuerte, grande, y después libre. En las calles de Lima o de Chuquisaca, se habla demasiado de democracia, y en forma cómica se la impone, cuando a través de las celosías y en los palacios del Inca, aun se ven señores asiáticos que tienen un concepto despectivo para ese pueblo que da gritos a la libertad, se entusiasma, pero no sabe leer. Los señores medioevales y el romance, continúan dominando una población contrita y sacrificada. Se habla de elecciones libres, sobre las que se basa la soberanía de los pueblos, pero se inventan también sutiles argucias y pequeños y grandes embustes que hacen escuela. Y nadie, nadie, habla de riquezas que explotar, de caminos que hacer, de escuelas que fundar... Sin embargo, la democracia flamea en las banderas republicanas y en los discursos.

En Chile, desde 1850, no se habla de democracia y se castiga al que pretende hacerla práctica, a pesar de que también es república. Los gobiernos chilenos de esa época y aun los de ahora, permanecen duros y crueles y parece que aún el conquistador atrabiliario dominara allí. Un grupo de chilenos con las ideas de ese tiempo, de una patria exclusivista, una patria por

encima de todas, sin límites, «cueste lo que cueste», establece una oligarquía con un lema un tanto petulante pero más aún insolente a la civilización en ciernes de la América. El título es significativo y cómico, en verdad: «Por la razón o la fuerza». Es de advertir que razón significa en Chile, la voluntad del patrón y fuerza es el pueblo analfabeto, la masa primitiva y acometedora.

Este grupo de hombres conservadores y fanáticos, forman el «Chile conquistador», y lo orientan enseñándole con astucia que allá cerca, traspasando el desierto, viven aún soñando los antiguos descendientes del Inca, en medio de púrpura y de oro. Pero Chile no se hubiera atrevido a hacer la guerra, si la idea de la conquista no hubiera estado en boga en Europa, considerándose legítima, aunque fuese inmoral. Esta idea que se la disculpa oponiendo la palpitación de la historia, que generalmente está hecha de crímenes. Si todos esos sabios que han existido en todas las épocas de la humanidad,—hombres histéricos y afrentosamente malos,—no olvidaran la idea de «Verdad» y la despreciaran poniéndola al lado de las creencias tontas como inútiles, quizás no habría conquistas. Nada hay más heroico, dicen los historiadores chilenos—cuando quieren embriagar la ignorancia con patriotismo canibalesco, repitiéndole por la centésima vez, una mentira cínica e inmoral al pobre pueblo chileno,—que la fuerza. Pero los tartufos no hacen distinciones de lo que significa ella. No hablan nunca de ese gran ideal que se llama fuerza moral de justicia, hecha con la aspiración de toda la humanidad culta, que es la única que empuja a los hombres hacia el progreso y hacia el bien. Solamente conocen la otra,

la que tiene la fuerza del bruto, esa fuerza del clam que espasmódicamente, de tiempo en tiempo se presenta aniquiladora de toda civilización.

Como consecuencia de las ideas sembradas por ese grupo de chilenos audaces, se produjo la guerra que se conoce en Sud-América, con el nombre de la «Guerra del Pacífico».

Una guerra, llamémosla por su nombre, de rapiña, de presa y de crimen; una guerra la más cruel y la más audaz de la historia, por el robo en descubierto que se ha cometido, en la que el vencedor ha ganado dos veces y media en territorio y ha recogido un botín, sólo comparable con el tesoro de Aladino. Una guerra fácil y sin enemigo formal, que es detestablemente cómico y de mal gusto, hablar de escenas de valor y de epopeyas brillantes, cuando Gil Blas no quitó sino de un garrotazo, a traición, la gallina de los huevos de oro, para vivir de ella cien años, en medio del desenfrenado libertinaje, al frente del pueblo, sangriento y pobre, que está listo para todo crimen, engañado y ebrio, que aún cree en la casta de patrones y pecheros.

* * *

Cuarenta años de propaganda chilena para desfigurar la verdad, para ocultar la verdadera causa de la «Guerra del Pacífico», no podrán convencer la razón. Porque aquí es de la «Verdad» misma de lo que se trata. Ningún asunto, ninguna cosa, ningún acto tiene más claridad que ella. Chile hizo la guerra a sus vecinos para apoderarse de sus riquezas.

Toda la diplomacia chilena que ha pretendido defender su país ha pecado siempre de cínica y grosera. Mientras más ha discutido su inocen-

cia, un detalle de moral le ha probado su fraudulenta conducta.

Chile no puede ocultar su enorme latrocinio ni puede disculparlo.

Al espíritu culto y honesto le causa piadosa sonrisa esa pretensión banal de Chile, de querer destruir la «Verdad». Es preciso ser tartarinesco si se quiere echar invectivas al Sol que no se detiene en su curso para escuchar, y que si tuviera respuesta humana diría: «Pueblo insignificante y ridículo de pescadores, no discutas que yo no doy calor».

III

El partido conservador chileno

En Chile—país diferente del resto de América—existen todavía conceptos extraños, y no es raro encontrar el ciudadano de corazón simple, muy bebedor, parlanchín e insinuante, que, en medio de chistes obscenos, le quiere imponer a uno que existen castas y que existen esclavos. Cuando se les replica que no, se encolerizan y recurren al bárbaro procedimiento de pretender convencer por la fuerza.

Efectivamente, en el alma chilena, elogiada por tan malos psicólogos, hay algo ancestralmente de raro, de servil y de torpe (1).

El partido conservador chileno que no es mal conocedor de las taras de su pueblo, se ha valido de ellas, lejos de desdeñarlas. Al contrario, ha estimulado por todos los medios y ha hecho propaganda de sus malas cualidades, proclamándolas sin escándalo, como las mejores y

(1) El escritor Estanislao Zevallos escribe estas líneas sobre el pueblo chileno: «Los hombres que representan a los pueblos son emanaciones espontáneas y naturales de su ambiente moral. Hay en la índole del pueblo chileno, algo de áspero e intransigente que se explica por su situación del país montañoso y aislado del mundo. Por eso ha producido una serie de actos en la política internacional, de los cuales el del señor König, no es una repetición de los menos graves».

como las más bellas. De aquí, que para el pueblo chileno todo sentimiento de justicia y de verdad, le parezca un cuento de hadas tontamente divertido; festejando, a la inversa, con todo calor y patriotismo, todo lo que significa licencia, crimen o haraganería.

Por ejemplo, cuando el partido conservador chileno dice que la «Guerra del Pacífico» fué una agresión de parte del Perú y de Bolivia, el pueblo cree con una seguridad científica, imposible de réplica y de razonamiento. Aquel que le contradice es un «traidor de la banda» y en Chile no se conoce otro procedimiento que la eliminación de todo el que no participe en la creencia general de las ¡hazañas del 79!

Pero no solamente el partido conservador ha embrutecido al pueblo con una idea mentirosa y lo llevará a la demencia, sino que estas ideas las quiere imponer a la cándida América. De Chile, pues, ha salido la idea extraña de que la intriga es legítima, así como la fuerza irracional. En las Universidades de Chile y en los púlpitos, han inventado sus pequeños filósofos, que el asalto es cómodo siempre que él se verifique sin circunstancias atenuantes; que el crimen es bello y digno de leyenda siempre que sea cometido sin peligro y a traición; que la idea de Verdad es una especulación tonta, que en fin de cuentas no existe; que la democracia americana debe dar paso al libertinaje chileno y rendirle homenaje; que el pueblo no debe ser ilustrado sino por la escuela católica que le dice que siempre existirán los «césares» (aunque sean de arcilla), y los pobres ciudadanos adoradores del patrón y de Dios...

Pero no es el pueblo chileno el enemigo de la América, es el partido conservador chileno com-

puesto de curas gordos y santos, de histéricos nacionalistas y de patriotas enriquecidos a costa de la patria y del pueblo cándido, de señoras de la «Liga Eucarística», tan beatas como poco piadosas con el género humano, es el partido conservador de don Juanes y Blases, de Tartufos indignos y de cínicos historiadores, de poetas estragados y con el crimen del mal gusto a cuestas, de hacer versos a la querida de los ojos negros, al vino Tocornal o a la bandera rapaz; es el partido conservador de toda esa gentuza que se cree heredera de las proezas primitivas y cuaternarias del indio Caupolicán, sin saber que Caupolicán era valiente y no atacaba sino a las fieras o a los cóndores; es el partido conservador de todo lo viejo y de todo lo cínico, del harapo nacionalista y del «potrillo de chicha», del robo corriente y de la mentira, de lo absurdo y de lo convencional. Por el partido conservador que tiene en su poder todas las grandes haciendas de Chile y todos los conventos a la par que toda la ignorancia y la haraganería, Chile ha llevado al pueblo a la guerra y lo llevará siempre, mientras en la escuela el profesor corazonado y humilde no diga y enseñe al niño chileno, que la guerra es un crimen y una cobardía. ¡Sí, señores americanos latinos! Es el partido conservador de Chile, unido y fuerte, terrible y aristocrático, que domina ese país y lo esclaviza, que lo ultraja y lo humilla, porque echa sobre él toda la vergüenza y la execración del mundo.

Es el partido de la incultura y de las tinieblas que odia la luz y ama tiernamente la ignorancia. Que para sostenerse inventa un nacionalismo único, intolerante y agresivo, que vive de los prejuicios, del alcohol y de la barbarie po-

pular. El no desea la paz y la tranquilidad porque sabe que son inquietas y movedizas. Él enseña al pueblo que el vicio es más fuerte que la virtud y más provechoso, y que el crimen es legítimo y divertido cuando se emplea en nombre de la patria y de Dios.

Toda la fuerza de los partidos conservadores reside en la ignorancia y en la violencia. Para hacerse obedecer usan de medios coercitivos y no vacilan ante el asesinato, la traición y la intriga. Cualquiera que se rebele a su política santa y piadosa es suprimido o se le da la muerte moral. Por eso, con crueldad salvaje, dejará que se muera de miseria el valiente profesor Vicuña Fuentes, que denunció la política de su país como indecorosa e injusta para la paz de Sud-América. Por eso, con furor de hidra, ordenará cien mil veces, el incendio de edificios de juventud idealista y la perseguirá hasta el exterminio.

Es el enemigo de la América ese partido conservador, de viejos encanecidos en latrocinios grandes y pequeños, desde el internacional hasta el doméstico; que manejan la bolsa para repletarse de oro, no importa en cualquier clase de vergonzosas combinaciones; esa clerigalla dorada y anti-humana que habla en nombre del Cristo, cuando quiere disculpar un adulterio de «alta cuna» o un gran pecado político, porque en Chile las divinidades hacen el oficio de terceros...

En nombre de la patria, se embriaga al pueblo y se le arma de puñal. En nombre del pobre y vilipendiado Cristo, se perdonan todos sus pecados siempre que hayan sido grandes y horrorosos, porque en Chile parece que todo lo inaudito e innoble, encuentra ferviente acogida en los ministerios y en los altares.

IV

La aristocracia chilena

¿Quiere conocer la aristocracia chilena? — me dijo un amigo, con cierto tono burlón y algo sangriento.—Si desea divertirse no tiene sino ir a las iglesias y a las carreras, también a ciertas casas que en Chile son centros de «espiritualidad» y de sensualidad grosera... Si es que usted desea tener un mal concepto de la inteligencia chilena, — añadió, — visite una casa aristocrática, y charle con uno de esos señoritos de leche, tan esmerados en tener la raya del pantalón, como en hacer propaganda discreta de sus encantos interiores. Usted verá allí, en esas casas, toda la estulticia acumulada de siglos, el vicio que ha irrumpido con sus elocuentes demostraciones morales y físicas. Allí no encontrará usted sino manos enguantadas y corazones de piedra. Mucha seda, al igual que ignorancia. Mucha distinción, a la par que hipocresía. Allí no podrán mentirle, aunque tengan esa vana pretensión; pues se vive en un largo calabozo sin salida, donde el vicio habla a gritos. Pero, si no puede visitar una casa aristocrática, porque es preciso carta de recomendación del «predicador de moda», observe usted, tenga usted perspicacia. Algunas ve-

ces, el vicio rebalsa, y el escándalo es fácil de observar, aproximándose a los visillos. Entonces usetd verá la aristocracia chilena revolcada en el fango, con todos sus sentidos en desorden, en revuelta confusión de apetitos... Es preciso ser un cobarde o un cómplice, para que el espíritu no se turbe y los puños no se crispen.

¿Qué es lo que he visto? Gente que tiene un concepto material de la vida, y aprovecha todo instante para divertirse. Gente que disculpa al rico, y luego lo enaltece: porque en Chile, todo está maravillosamente organizado cuando se trata de salvar un apellido ilustre, de darle razón. En los salones patricios se habla del escándalo tal, y del último adulterio como novedades corrientes. Dos mujeres de alta sociedad, y ambas casadas, son amigas íntimas; pero ha sucedido el caso que a ambas les ha gustado el marido contrario. Ellas saben que, siempre que no se sepa, es moral. El señor aristócrata, por mil títulos respetable, ha corrompido a la sirvienta—que en Chile se llama «china»—y ha tenido la villanía de ponerla en la calle, echándole en cara su grandísimo pecado de disoluta, porque en la casa de él, la moralidad es una vieja cláusula.

La señora sesentona y sus adorables chiquillas, tienen un deseo casto de tener un «chauffeur». En fin, el deseo sería insignificante, si no estuviera de por medio su especial cuidado de escoger a un hombre fuerte y discreto...

El caso corriente del marido ladrón y recibido sin ningún rubor en todos los salones, es una costumbre lógica, siempre que se tengan pergaminos y buena desvergüenza. Por otra parte, todos tienen en la alta sociedad chilena un concepto elástico para disculpar, y la tolerancia interesada lo allana todo, porque es más fácil olvidar

que acusar. Además, todo el crimen, todas las bajezas y lo que no se puede decir, tiene su socapa segura en la respetabilidad de la iglesia, y su cómplice vergonzoso, en la prensa y en el pueblo servilizado.

Porque es un delito enorme, culpar de vicio a esa aristocracia que, hace tantos siglos, tiene la bendición de Dios y dirige la patria. Porque es imposible y absurdo hacer comprender al pueblo chileno que la casta de patrones, son sádicos y terribles, ancestralmente enfermos, listos para toda degradación.

Es el infeliz, el único que es juzgado en Chile, el ignorante que vive en la calle, y que mata y roba, porque es más cómodo hacer comprender la facilidad de vivir con el mal, que la concepción de la virtud. Es el pobre, el único que tiene vicios y estigmas, para quien se hacen sólidas cárceles, cadenas y códigos. Es para él toda la vergüenza y todo lo que los jueces prevaricadores acumulan de odio y de severidad. Es el pobre «roto», lleno de harapos y de indigencia, el único sér desprovisto, en concepto de la aristocracia, de honor, de buenas maneras y de honradez.

En nombre de la aristocracia cobarde,—que no fué a la guerra, que no ha de ir nunca—se idiotiza al pueblo y se le adula, explotando sus bajas pasiones. Se le llama «pueblo viril y audaz», cuando se quiere obtener de él un nuevo atentado; y, cuando no se le necesita, porque es trapo viejo y un odre de alcohol, se le fusila o se le asesina en las calles. En Iquique aun están los mil muertos, como en una Vía-Apia, altivos, y desafiantes de la «aristocracia chilena».

Mas no solamente allí; en Santiago últimamente se ha vuelto a asesinar a todos los que pidieron

un pedazo de pan al rico y avaro Edwards y a sus cofrades, a todos los que reclamaron justicia, a todos los que pretenden levantar de los ojos del pueblo las telarañas milenarias.

Porque es un crimen, para esa triste y pálida aristocracia, todo lo que tiene un poco de luz. Ella no estima sino todo lo que en la tierra es igual y mediocre, todo lo que se puede corromper y se puede servilizar. Por eso, ferozmente, hizo asesinar al escritor y joven estudiante Gómez Rojas, cuando en altiva palabra castigó sus excesos. Por eso, está perseguida y hostilizada una brillante juventud que no cree en el Chile conquistador; pero sí, en la grandeza de la América. Porque se burla de esos militares de cartón y de opereta, que «hasta este momento, han conquistado, de palabra, toda la Argentina, todo el Perú y Bolivia», cuando tiemblan a la idea real de un acto humanitario o de verdadero valor.

Porque se burla de esa clerigalla ignorante y ociosa, que vive perdonando los pecados de los ricos y sembrando el odio entre las clases sociales. Por todo esto, esa juventud es digna del elogio. Mientras más perseguida sea, será más noble. Y, al último, son las ideas justas y varoniles, las que se imponen; no, las que corren en las venas corrompidas y disolutas de la famosa aristocracia, tan grande por su grosería moral, como insignificante en el mundo.

Añadamos, señores, que esta casta que tanto mal ha hecho en América, se agota y aniquila rápidamente, comida por ciertas enfermedades secretas y terribles. Es necesario, pues, combatirla por todos los medios, y derrocarla definitivamente.

V

La literatura nacional chilena

Chile podía estar contento de no tener literatura fecunda, exuberante y un poco de color de la América del Sud. Pero su pretensión de querer ser gran pueblo, le ha arrastrado hasta el error de crearla, de hacerla de la nada, de revestirla de apariencias, de hacer de jornaleros vulgares del periodismo, astros de crítica y de arte. Faltaba este detalle para que toda la opereta barata de imperialismo, fuese más divertida. Alemania tiene sabios; Chile, bufones. En el resto de la América, alguna vez han nacido brillantes escritores, como un Juan Montalvo, un Moreno, un Monteagudo, un Acosta, un González Prada, un Martí. Chile no ha producido sino aventureros. Ha creado un fraile extranjero y tonto, que se llama Omer Emet, que hace la crítica y da de besos con una facilidad admirable y un cinismo especial. Sus escritos se publican en «El Mercurio» y generalmente el lector de otro sitio que no sea Chile, se duerme o se desmaya. En Chile se le acepta y se ha convertido en un dulce nacional.

Pero toda la literatura chilena es una floresta primitiva. Dos jóvenes escritores chilenos tuvie-

ron la buena ocurrencia de reunir el arte literario en un grueso volumen que, con cierta malicia irónica, llamaron «Selva Lírica».

Esta «Selva», verdaderamente intrincada, da cabida a más de trescientos poetas, de toda clase y condición: desde el bardo clásico, y con olor a cosa vetusta, Pedro Antonio González, hasta el detestable Lillo, que escribe con tanta sangre fría y hace literatura, porque sabe que en Chile hay mal gusto inveterado y no se castiga al delincuente literario... Alguien me refirió esta anécdota:

«Don Baldomero pensaba hacer un viajecito al exterior, con el inocente deseo de hacer representar un drama suyo; pero un amigo que envidiaba su talento, le sopló al oído que, en el extranjero a todo autor que era silbado, le conducían a prisión. Don Baldomero desistió del viaje.»

También están en la «Selva» Pedro Domingo Silva, poeta anarquista de salón, que hace versos terribles cuando el burgués chileno no le invita a comer con frecuencia, o hace tiempo que no ha tomado champagne. Por lo demás, el arte de Silva es empalagoso y declamatorio. La sinceridad no existe, o concluye en la puerta de su casa. Toda su obra es una colección de versos baratos y de frase buscada, que suenan a los oídos de la masa popular en día de fiesta electoral. Como dramaturgo, no ha producido una obra de valor y de energía, a pesar de que dicen en Chile, que es el representante genuino del arte. Es claro..., al lado de don Baldomero y del folletinista Santiesteban.

Otro poeta que figura en la «Selva» chilena y que obtiene éxito, es Daniel de la Vega, que aun ha tenido premios en concursos y merecido

distinciones. Este de la Vega no lo hace mal en el género a que se dedica y se ha hecho popular. Pues todas las cocineras sentimentales y los cocheros de «fiacre» le están agradecidos. Ha sabido inundar sus sencillas almas de poesía anémica y clorótica. Pero algunas veces de la Vega, no sólo hace versos llorones y tristes, sino que entristece el buen gusto y la estética: cosa de que él no debe percatarse, porque el adulón Hübner Bezanilla, Cruchaga Santa María, y cien detestables poetas de novena magnitud, han hecho el convenio de elogiarse mutuamente, en tal forma que el error pasa inadvertido sin mayores consecuencias.

La «Selva» se halla dividida en dos partes: en cachalotes literarios que tienen prestigio de antigüedad, y jóvenes bardos que se inician, siguiendo las huellas de Verlaine, Semain, Paul Fort, Carrere, Valle Inclán, Villaespesa, tan de cerca, que, algunas veces, se identifican... Los viejos poetas que han cantado la Ilíada y la Odisea de Chile, en horribles alejandrinos, creen tener cierta aureola sobre los segundos. Para sostenerse en su pedestal de prestigio, se valen del sencillo procedimiento de creerse genios y usar de la alabanza desmedida, sin rubor ni miedo de que les nazcan las célebres orejas mitológicas, que es de todo punto cierto, que ya las tenga Armando Donoso. Para Armando Donoso, la crítica literaria consiste en citar con profusión de datos y fechas, con detalles insulsos, todos los autores del mundo, que cuando no los lee, los toma de los pelos, de todos los catálogos. Pero lo que sabe más Donoso, es el arte del elogio a la bolsa de Edwards. No hay duda, que tiene talento Donoso para escribir. Hoy es el as del periodismo rastacuero y chauvinista. Sus artículos

tienen el sabor de esos sabios de algún «Ateneo español» que no ignoran nada, desde el arte de matar pulgas y comerlas, hasta el «más allá» de la filosofía; desde el arte de ser comodín, hasta Rinconete, desde el elogio a Caupolicán, hasta Edwards; pero en este último no se detendrá; estoy convencido de que el presidente Alexandre debe estar ya molesto de tanto aplauso y en forma seria y filosófica. Armando Donoso es un sabio, un pequeño sabio que ha aprendido siete lenguas y que, por tanto, tiene la fineza de la lengua... En Chile él y Omer Emet son la última palabra, y, sin embargo, Donoso no está contento al parecer, pues desea ser conocido en toda la América, y hay que confesar con lástima, que sí se le conoce; pero, como un mal escritor.

Toda la literatura chilena adolece de un gran vicio: del «bombo mutuo». Esta es una razón más bien para disculpar la mediocracia, el rasero de escritorcillos baratos que hacen versos inspirados en cualquier amor común—la cosa más gastada del mundo—y embriagados con la tontería del amor patrio, de la bandera nacional o de la ilusión de que Chile es el mejor país del mundo. Es claro que todas estas ideas están al alcance corriente de cerebros embrionarios, sin ningún noble fin ni ningún gran ideal, que sólo ven y admiran lo que sus mayores, en horas de demencia, les dejaron como herencia trágica. Poeta no es el que canta en versos serviles a Césares de arcilla, falsos y humanos, ni el que se emociona por dos ojos bonitos que encuentra al paso, y hace de todo un monumental crimen, una historia legendaria. Poeta es el que sufre por la humanidad; aquél que no reconoce entre los hombres, enemigos, sino hermanos; el que

tiembla de coraje ante una injusticia, y el que llora por los que no comen. Estas ideas piadosas las tuvo el joven poeta Daniel Gómez Rojas, las tienen actualmente Gabriela Mistral, sencilla mujer que hace versos de singular belleza, y Agustín Segura Araya, tan bueno como enorme corazón. Las deben tener quizá esos muchachos juveniles que revolucionan el «Chile viejo y decrépito» con su audacia y juventud.

Los diarios chilenos, por otra parte, son receptáculos de ignorancia y de debilidad intelectual. «El Diario Ilustrado», en largos artículos de dos columnas pronostica el tiempo probable, la primavera, el milagro de la calle X y el crimen próximo, las carreras y la salud de la alta sociedad, cosa esta última que le preocupa demasiado. En «El Mercurio», están Donoso y Omer Emet, y hacen de la crítica y del comercio un mismo asunto, cuidando con ferocidad de siervos dos cosas: el prestigio de Edwards, y la literatura chilena patriótica. «La Unión» la redactan el Arzobispo, las cofradías de viejos pecadores y los jóvenes cristianos, además de algún que otro intelectual quebrado, que alquila sus servicios con humildad de eunuco. Inútil es decir que los artículos de «La Unión» son de tendencia católica y procuran «la unión» de todos los esclavos de la grey chilena en servicio de Dios y del patrón. «La Nación» es un diario con etiqueta liberal, pero que da la impresión de una hoja escrita por esclavos casi libertos, que aún tienen compromisos con sus cadenas y con el presidente socialista Alexandre, que, entre paréntesis, se burla del pueblo. De revistas de cultura no se debe hablar; no por vergüenza, sino por cierta repulsión que se tiene a lo ilícito y a lo deshonesto. «Zig-Zag» es folletín

de Edwards y publica semanalmente fotografías personales de él y de su caballo (una misma cosa), así como versos acaramelados de la Vega y una crítica de Donoso. «Sucesos» lo escribe un exempleado de policía, que firma, con audacia increíble, artículos que compra o estafa a pobres cronistas. Pero su amor por las letras, viene, precisamente, porque sabe que con ellas se pueden hacer chantages, aplaudidos por la ley. «Monos y Monadas» es una revistilla sicalíptica que se agota en Chile... Sus páginas, llenas de indecencia y de una jerga especial chilena, deleitan los sentidos artísticos de Emet y le producen sueños de príncipe; sobre todo, después de una cena copiosa... Los chistes más groseros y la licencia más desnuda han hecho de esta publicación un órgano autorizado de opinión pública; porque ella circula en manos del pueblo, como en las de diputados y señoritos de Club. Hace tiempo, salía una revista «Los Diez», que la mantenían espiritualmente Donoso y nueve amigos suyos, poetas misántropos y egoístas, que creían que el arte era un privilegio especial de diez tontos. Desgraciadamente, el pueblo chileno no comprende todavía la filosofía, y cada intelectual chileno busca la rareza de la forma y el estilo greco-araucano. Ha habido más de un poeta—el beato Hübner—que ha hecho versos a las ramas del árbol y a las alas de una mosca azul.

Chile, pues, no tiene literatura, ni nunca la ha tenido. País frío y calculador, no le ha preocupado la belleza ni la ha introducido a su interior espiritual. Más que un bello poema de verdadero arte, le interesa al chileno una anécdota «huasa» que divierte y hace reír. La prosa castellana, si no es que la deforma, la emplea solamente en servicio de la mentira, creando

historiadores profesionales, como el senador Bulnes,—camaleón político—que no tiene miedo de escribir tanto cinismo. La literatura de un país vale por lo sincera y valiente en beneficio de la verdad y de la humanidad. No es con la espada o con el bufón con lo que se consigue el aprecio de los hombres; es con las ideas, con las que se impone el respeto, que es más honroso que ganar cien batallas.

En Chile no ha habido ningún entusiasmo artístico y todo lo poco bueno que existe allí, es el fruto de Andrés Bello, de René Gabriel Moreno, de Alberdi, de Sarmiento y de tantos extranjeros que el azar de la vida empujó a buscar refugio en ese pueblo. No es hacer cultura, improvisar en veinticuatro horas, centros de señoras ridículas de la alta sociedad, que fabrican literatura doméstica, o dan conferencias sobre el «arte de tener fortuna en las carreras», que hablan de tendencias líricas, de filosofía, pintura o filosofía, con una audacia más grande que la de don Baldomero Lillo.

La literatura es cosa vieja y sagrada que nace del corazón de una sociedad honesta, magnífica y plena de belleza, grande para curar los dolores humanos y secar las lágrimas que se vierten en la infelicidad de la vida. La obra que no tiene concepción profunda y mística, es pobre polvo que cae otra vez sobre la tierra, trabajo infantil e inútil, que se pierde en la amargura de la mofa o de la sarcástica nada...

VI

La farsa de la Liga de las Naciones

Sud-América tiene interés en ser engañada. Cuando no lo es, sufre y lamentan sus poetas el poco interés que se tiene en el mundo por esta porción desconocida del globo. Pero como la América Latina posee el prurito de no ser olvidada siempre que se trate de «derecho» y de «justicia»,—aunque no se cumplan,—¡salta a la arena, por intermedio del Brasil, dando de gritos y sablazos al aire...!

La América, basta que se hable de justicia, de derecho, de la independencia de los tcheco-slovacos y de la ribera derecha del río Chuphita (1), ofrece su concurso inagotable. Pero cuando es cuestión de la pobre Bolivia, «país olvidado pero rico», se trata de proceder a la europea: ¡apoderarse de sus riquezas!, por más que la justicia no esté del lado del conquistador. Así, por ejemplo, ningún gobierno americano condena al tartufo chileno, ni censura sus excesos. Al contrario, se le aplaude, y el mismo Chile justifica su causa con el oportunismo de su insolencia.

(1) El «Canutito de Plata», Amadeo Legua.

Después en nuestro pobre Continente, el sentimentalismo sanchesco es la orientación espiritual. Todo el mundo se duele de las desgracias ajenas. Todo el mundo se indigna; pero, en el momento de la reparación, todo ese mundo que se lamenta y se indigna, se hace negar por la sirvienta, que está encargada de decir:

«El señor y la señora, lo sentirán mucho; pero han salido...» En cambio, la prensa, al día siguiente, consagra al ofendido o al muerto, largos artículos filosóficos y encomiásticos.

Explicada esta manera de ser de la América, a nadie sorprenderá que la idea de la «Liga de las Naciones» haya seducido más a la América Latina que a los países interesados. En el Brasil se ha llegado a la locura. En el Perú se ha hecho una poesía a lo Chocano, con luz eléctrica, rayos y fuegos pirotécnicos. En el Uruguay, el presidente Brun—que es bastante «brun» —ha brindado por la nueva era de derecho. En Colombia, se ha festejado con un «Te Deum». En los otros países de la América Latina, y en Bolivia especialmente, se han hecho mitines y festejos, en los cuales los oradores han estado de acuerdo en que, por fin, la paloma celestial ha descendido a la tierra. Mientras que en Chile, el astuto burgués ha sonreído de la tonta y confiada ingenuidad de sus víctimas. Pero, a pesar de la falsa sonrisa, el gobierno chileno se ha prestado con la mejor buena voluntad a festejar la nueva era...

Pocos meses han bastado para que el sueño de las mil y una noches se desvanezca completamente. El pobre Wilson—que no tuvo otro pecado que el de ser honrado,—ha sido llevado al ridículo, y, por último, desautorizado por el Senado de su país. Desaparecido de la política

europea, el avispero de idealistas ha reventado de lleno. Por aquí, ambiciones insatisfechas, apetitos materiales, terror, fuerza, hipocresía; por allá, los mismos autores de antes de la guerra y los que precipitaron a los pueblos a la carnicería. ¡Los mismos! Un tribunal excelente para establecer la paz y la justicia sobre la tierra. La revista «Connaissance», a manera de cumplimiento, añade estas líneas sobre la «Liga de las Naciones»: «Avidités, ignorances, ambitions, fourberies, vices, assemblés dans la Tour de Babel pour instituer ici-bas le désintéressement, le savoir, l'humilité, la franchise, la vertu».

El momento de idealismo ha sido tan breve en Europa que no ha dejado, en efecto, ningún recuerdo. Al día siguiente de la guerra, los capitalistas sonreían de la ingenuidad de unos cuantos viejos, que decían en su prensa que estaban reblandecidos, y del loco del Presidente Wilson. Y así ha sido. El egoísmo ha derrotado a la fraternidad humana, y la fuerza y el odio vuelven a ser los amos. Pero la «Liga de las Naciones no ha muerto»: es ahora un tribunal de viejos, no reblandecidos de idealismo, como se decía antes, sino verdaderos viejos, con reumatismo y con gota. Políticos retirados de la escena, o taumaturgos que se quieren hacer olvidar, un tiempo; huesosos ministros, que van a Ginebra a recobrar la salud, o momias internacionales.

En la América Latina, no se sabe aún todo esto. Hay falta de opinión y de malicia para darse cuenta. Después, los diarios que tenemos los escriben periodistas de pacotilla, que están interesados en que se haga la noche, o simplemente ignorantes. El público americano vive engañado por todos los corresponsales europeos que nunca hablan la verdad a sus diarios.

Es necesario presumir esto, para disculpar la demanda del Gobierno de Bolivia a la Liga. En verdad que ha cometido un error al no haberse retirado a tiempo, como lo hicieron ciertas repúblicas. Pero es que hay que suponer también el caso excepcional en que se encuentra Bolivia, y su angustia, encerrada hace más de cuarenta años, en el corazón de la América; sin permiso para pasar libremente por la puerta de calle, sin ser molestada por el vecino; sin poder vender sus productos, porque no tiene un puerto propio. De éstas y otras razones hay que darse cuenta para disculpar su demanda ante la Liga. Ella, la pobre Bolivia, creía ingenuamente que era «verdad tanta belleza». No presumía que su acción era inoportuna, porque, al revisarse el tratado de 1904, que firmó por la fuerza y por un parlamento que no era la expresión del pueblo boliviano, sino la imposición del presidente Montes, daría lugar también, quizás, a la demanda de revisión del tratado de Versalles. Ella era demasiado ingenua para sospechar los mil grandes embustes de que está hecha la política europea, donde no dominan sino la ambición y el interés material inmediato. Ella no discernió que su causa, por más justa que fuese, no llamaría la atención de Europa, cuyos asuntos propios necesitan en primer lugar ser resueltos.

Sucedió lo que tenía que suceder. ¡La justiciera Liga, resolvió el asunto rechazando la demanda, por un detalle! Naturalmente que los que conocen el espíritu de egoísmo de la Liga, saben que en buen romance significa: que la Liga no está resuelta a resolver los asuntos pequeños del otro lado del mundo, y que no le interesa que los bolivianos y chilenos, se coman

entre sí, con aceite o crudos. Pero esta famosa reunión de hombres justos, en verdad, no puede resolver ni siquiera «la paja en el ojo ajeno», ni las cuestiones reumáticas que le interesan más directamente.

Para ganar las cuestiones diplomáticas, es costumbre antigua dar muchos banquetes, comprometer a los jueces en «sociedades anónimas», y repetir que su país produce las ostras y la langosta en asombrosa cantidad, siendo la costa privilegiada de estos animales, en tanto que la montaña está plena de oro y de peras maduras. Los jueces que oyen esta historieta, sienten cierta atracción por la causa del país que produce tantas y tan maravillosas cosas. Sobre todo, la cuestión de las ostras les interesa profundamente. La elocuencia y la justicia juegan un papel muy secundario y que generalmente no se toma en cuenta. Como Bolivia es pobre, no ha podido derrochar muchos miles; pero sí lo ha hecho el delegado chileno. Edwards no es inteligente, pero es insolente. Conoce el fondo innoble de la sociedad burguesa en que vive, y sabe explotarlo. Por eso, desde el primer momento se ha concretado a una sola cosa: a invitar a banquetes a los delegados de la Liga que debían ser los jueces. El marqués de Peralta, diplomático de «Costa-esclava», no de Costa-rica, ha caído en la red. Edwards le convidó a un cigarro y una copa de champaña; le halagó su coquetería senil y su huesosa estructura, le habló de carreras y de mujeres galantes, del «baccará» y de sus caballos. No le dijo una sola palabra de derecho internacional, ni quiso, porque el marqués y él lo ignoran a fondo. Pero sí le habló de la justicia de la conquista, de la rapiña araucana, del brío de los soldados chilenos y de

sus millones ganados con la guerra. Fueron razones de más que obligaron al marqués a dar su fallo. El holandés, que pasa también por delegado de la Liga, está tan lejos de la América, que no le interesan sus cuestiones. Una buena cena es, en todo caso, para este señor, el mejor argumento de derecho, pese a todos los internacionalistas que sostienen lo contrario. ¡He aquí un asunto de justicia, encomendado al marqués de Peralta y a un holandés!

Por fortuna, el delegado de Colombia, Urrutia, se excusó de dar su fallo; porque, según él, la cuestión era delicada y estaba ligado a los dos países, en amistad. De todos modos, hubiera sido interesante saber la opinión del señor Urrutia, que conoce a fondo el asunto del Pacífico, porque es americano latino y es jurista. Y en ningún caso podía prevaricar, sosteniendo el crimen chileno. Algunas veces, la amistad obliga a callar la mejor verdad, aunque sea inoportuno.

Pero la famosa Liga del derecho, de la victoria, de la justicia, de la epopeya y del reumatismo, no ha dado un fallo de derecho; sino, que, simplemente, se ha concretado a decir que la demanda, tal como ha sido presentada ante el «Supremo tribunal», es inaceptable... Que falta algo más. Algunas frases que la hagan aceptable y que no invoque la justicia. En resumen, que los pueblos arreglen sus cuestiones entre sí, siempre que estén sanos, y que el único caso que resolverá la «Liga», será la cuestión de la gota...

Lo mejor, indudablemente, habría sido para los delegados de Bolivia, retirarse honrosamente de la «asociación de reumáticos», echándoles en cara su egoísmo, su injusticia, su cobardía y su tri-

ple impotencia política, económica y sensual. Faltaba, pues, que los delegados de Bolivia hicieran el escándalo, para desenmascarar resueltamente a toda esta asociación filantrópica y declamatoria, que, hasta hoy día, no ha hecho nada práctico. Pero los delegados se portaron tan prudentes, que han llegado a la timidez de no sostener su justicia, por encima de todas las cosas y del interés mismo de la Liga. La Liga del derecho, de la justicia, de la «retraite» se vió en un caso bien difícil, con el asunto de Bolivia y de Chile; e hizo lo imposible, para que los delegados fallasen en un sentido que no hiriese a ninguna de las partes, sin tratar del fondo de la cuestión. En otros términos: sacrificó a Bolivia, por salvarse ella.

Desde luego, que el señor Edwards ha creído que ha obtenido un éxito... Y bastaría transcribir algunos párrafos de la prensa inglesa, para recordarle que ha confundido lamentablemente, la insolencia, con la elocuencia: ¡esa insolencia tan grosera, tan común e inocentemente primitiva, de los ricos chilenos, que, lejos de captarles simpatías, les capta desprecio...!

VII

Chile está derrotado por la lógica y su poca importancia económica

El poderío militar de Chile está herido de muerte. Hace tiempo, las pequeñas águilas de la antigua capitanía han inclinado sus cabezas ante la fuerza de la razón. Nadie cree ya en América. Las ilusiones de conquista de Chile, y hasta el pueblo mismo, comienzan a romper sus cadenas y a ilustrarse.

Por otra parte, el poder económico de Chile, no puede sostener un ejército que le permita eternamente gozar de sus conquistas. El salitre decae junto con las rentas nacionales. La riqueza interior, basada sobre este producto, llega a inquietarse seriamente. La situación del gobierno se agrava, cada día más; y es preciso convencerse de que, una vez que no se cotice el salitre, — porque se hace artificialmente en todo sitio,—el poderío militar de Chile habrá terminado.

¡Hay que decir, veinte mil veces, que la nación chilena está herida de muerte!

Es necesario repetir al pueblo chileno y convencerle de esta verdad, para que no se haga castillos engañosos de conquista, y combata a

la aristocracia chilena, que, para sostenerse más tiempo, se aprovechará de todos los medios, del «chauvinismo» y del harapo nacional. Hay que repetir también al pueblo boliviano esta misma verdad, para que abra sus ojos para siempre, y no pretenda, en un acto de demencia, confiar su porvenir en una nave que está señalada por el Destino a naufragar. El Ecuador, que es una colonia disimulada de la grosería de Chile, debe estar asimismo advertido. «¡No!», con todas las fuerzas. «¡No, con la escandalosa burguesía de Chile!», tiene que ser el grito de toda la América del Sud. ¿Cómo es posible tener el candor imperdonable de creer en las promesas de Chile, cuando hace cien años que su conducta está llena de una sombría hipocresía, cuando hace mil veces, que, sin rubor, ha empleado la mentira cínica, la fuerza brutal y la diplomacia de König? Lo que le interesa a Chile, no es nuestra amistad, que no vale nada; sino las ricas minas de estaño, de cobre, de plomo, de bismuto, los yacimientos de petróleo y la fecundidad extraordinaria del suelo boliviano. Chile tiene sueños de las mil y una noches, cuando habla de nuestro territorio; y toda su política consiste en tenernos intranquilos y miedosos, amenazándonos siempre con el ruido de su espada. ¡Gracias a Dios, que nadie tiene miedo a esa espada famosa! Y, en cuanto al sueño de invadir a Bolivia, ¡se está convirtiendo en el sueño del perro!

Como el salitre toca a su fin, el vientre del bolsista chileno se siente inquieto, y sus manos se dirigen a la bolsa del vecino, que aun le cree cándido, y un poco tonto. Pero, esta vez, estoy seguro que el negociante inescrupuloso de Santiago, tropezará con la astucia más científica y

la más enérgica de las respuestas... Por lo menos, ésa es la nueva orientación de todas las clases intelectuales de Bolivia.

Que reflexionen sobre este punto todos los bolivianos, y pregunten a su conciencia y a su dignidad, si es lícito dejarse coger una vez más en la trampa. Que reflexionen, también, algunos felones «bolivianos» que están con la política de Chile y que reciben su mismo «dinero» por manos de su usurpador, con el objeto de ayudarle en la innoble tarea de dividir el criterio boliviano y sembrar la discordia. Que vuelvan a la razón, si no es que no quieren ser exterminados: porque no es posible el perdón y la gracia, ante sus crímenes, doblemente más vergonzosos que los de la burguesía chilena. El pueblo trabajador de Bolivia, levanta una acusación contra el general Montes, que debe ser juzgado, no porque interese a un criterio estrecho de nacionalismo, sino porque interesa a la moralidad. Si es verdadero que él es rico y millonario, que no sea cierto que toda su fortuna ha sido el premio a su silencio y a su complicidad (1). Es preferible que haya explotado a su país, reduciéndolo a piel de asno viejo, a que lo haya vendido.

En Bolivia, como en toda la América del Sud, existe todavía un criterio curioso de política internacional. Se cree con fe ciega en la «amistad» de gobierno a gobierno (Allí dicen de pueblo a pueblo, y no es verdad). Se habla de la

(1) Chile se comprometió en un tratado a reconocer a Bolivia, los derechos privados del Toco. Pues bien, esos derechos ascienden a 300.000 libras, que el gobierno de Chile hace cuarenta años que no paga, que no desea pagar. Pero como la causa es tan justa y el asunto tan grande ha recurrido a silenciarlo, comprando la voluntad del entonces primer magistrado de la república, general Montes, con muy poco, por cierto Esto es tan público en Bolivia, Chile y el Perú, que no vale la pena de callarlo.

simpatía de tal país, como una cosa asegurada; se cree también, en el odio de cualquier otro. Esto es falso, y no sirve sino para «el atrapa tontos» de que está hecha la creencia sencilla de la masa americana. En verdad, entre pueblos no existen amistades íntimas, ni entre hombres. Lo único que reglan sus relaciones son negocios directamente utilitarios. Para llegar a sus fines, pasan por encima de la moral, y se burlan de toda candidez. Esto último es, en fin de cuentas, lo que ha pretendido hacer Chile con Bolivia, y que lo hará con mejor éxito, con el Ecuador. El ardid de la burguesía chilena, está lleno de insoportable malicia. Ella creyó que, ofreciendo su amistad a Bolivia y poniéndola delante de sus crímenes, después de haberla despojado, el asunto del Pacífico estaba resuelto; porque el Perú sería aniquilado por las dos fuerzas. Claro que Bolivia hubiera hecho de «mazo de hierro» en provecho de tercero.

Sin embargo, el negocio aun no está concluído. Chile no pierde la esperanza de recobrar todo su trabajo tenaz, de años, y que fué sencillamente aniquilado y destruído por unos cuantos bolivianos inteligentes. Chile aun cree en la amoralidad de los servidores del general Montes; y es con ellos con quienes se entiende a maravilla; porque hay que repetir también, y con vergüenza, que en Bolivia existen clases enteras de sociedad aristocrática, que se venden. ¡Gracias a Dios, que todo lo aristocrático criollo en Sud América tiene mal olor y muy poca luz en el cerebro! Porque es preciso acusar con toda indignación, a todos los pequeños y grandes imbéciles, a todos los diputados bribones y a toda esa gentuza miserable que hace propaganda de Chile, embriagándose y hablando cierta

jerga castellana de mal tono; a todos esos periodistas que aun están en la edad de piedra, por su cultura, y que debían estar en prisión, por atentadores de la moral, del buen gusto y de la literatura.

Es con esta gente, con quien el general Montes hace defender su tendencia practicista; es con ellos, con quienes hace mitines, suplantando al pueblo trabajador; es con ellos, con los que defiende el absurdo y la tontería, la iniquidad y la mala fe. El pueblo boliviano, a su vez, los acusa sin piedad, de que han recibido gajes para hacer esta propaganda. El precio de la venta se cree que haya sido irrisorio, y, con este ejemplo, se comprueba una vez más, la exactitud de la lógica, de que los grandes crímenes se cotizan a muy poca cantidad.

Pero éste es un solo detalle de la vida de los pueblos; y la vida de ellos no se detiene en él, sino breves minutos. Lo real no está en una tendencia o en un sentimiento nacionalista. «Los charlatanes—dice el profético Wells,—pueden resistir a todo, excepto a la guerra: luego ellos están impiadosamente obligados a sostenerse por el «chauvinismo» y sus excesos, e ir a la violencia internacional, porque ésta es la fuerza que los sostiene». Nosotros no vivimos con estos sentimientos, y sólo nos preocupa la humanidad. El problema del «Pacífico» no se resolverá, porque Chile no lo quiere, y el Perú y Bolivia lo reclaman. Hay otras razones que manejan los hilillos de los pueblos, y, ante ellas toda embriaguez y soberbia humanas se deshacen, como pompas de jabón... Un tiempo más, y él se habrá resuelto solo, porque así conviene a los intereses del mundo.

Esta es una verdad tan clara como la luz;

una verdad que han comprendido perfectamente los imperialistas chilenos; y, por eso, tienen horrorosos sueños, cuando hablan del porvenir de Chile. Las conquistas de Chile, que destruyeron la hegemonía de América, tienen que volver a su primitivo estado, o dar paso a una convención honrosa entre contendientes. Don Julio Méndez, con gran precisión, dijo: «Si Bolivia no hubiera existido, habría sido necesario crearla»; frase que entraña tal convencimiento, que es imposible desconocer todo su valor. Más tarde, don José Carrasco, gran campeón de justicia y de derecho, ha agregado: «Este equilibrio continental Chile lo ha roto. La hegemonía del Pacífico, disputada al Perú, ha sido de hecho absorbida por Chile, y ha producido deformaciones que no pueden ser permanentes. Un pequeño pueblo, como es Chile, que dispone de elementos de una insuficiencia relativa, no podrá dominar, largo tiempo, dos pueblos de una extensión enorme, como Bolivia y el Perú, cuyas producciones comprenden todo lo que la naturaleza ha puesto al servicio de la humanidad, sin excluir ninguna producción, cualquiera que sea su valor». Estas frases, pues, han sido para Chile la terrible estocada que en cincuenta años no se hubiera imaginado recibir. El desquite de la guerra del 79, ya lo ha hecho don José Carrasco, sin recurrir a ejércitos, ni gastar pólvora. El solo ha empleado una montaña de argumentos, que no puede soportar Chile, porque se siente vencido y acobardado».

De hoy en adelante, es justo considerar al doctor Carrasco, como un campeón internacional, pese a todos los defectos minúsculos que haya podido cometer.

VIII

El resultado final de la aventura del Pacífico

Concluída la exportación de salitre en Chile, la antigua Capitanía volverá a ser lo que fué en el tiempo de la colonia: un grupo de poblaciones minúsculas y sin importancia, alejadas del mundo y de la civilización.

El poderío de Chile decaerá rápidamente en el Pacífico, porque no podrá mantener una escuadra fuerte, que esté en todo instante cuidando sus conquistas, y un ejército de tierra, que le autorice a vivir sin cuidado. El tesoro fiscal no tendrá las pingües entradas que tenía antes, y los millonarios chilenos, los bolsistas y los usureros, se concretarán a soñar nuevas conquistas y urdir aventuras del «cazador». Pero la situación de Chile será progresivamente crítica, y no dará tiempo a ilusionar ni a pensar en otros golpes de mano. El tiempo de las conquistas y de los casos fortuitos y «afortunados» tiene su momento, y el sentido común y la experiencia aconsejan no repetir el caso dos veces. Por otra parte, la América desea la paz, a cualquier costa, y no permitirá el desarrollo de ningún acontecimiento que venga a turbar su vida. Además, —y lo que es mejor—los pueblos vencidos del 79, despiertan de su bobería política, animados de

ideas renovadoras y convencidos de que sólo el trabajo y la explotación de sus riquezas los harán fuertes y útiles.

Agotadas, pues, las fuentes de entrada fiscal, la situación de Chile se tornará terriblemente crítica. En lo interior el caos será aun peor. Las masas, descontentas y sin trabajo, comenzarán a perder la confianza en la antigua oligarquía. El obrero de Chile comprenderá, por fin, que ha vivido engañado por una impulsividad patriótica; que la guerra es un crimen y una cobardía sin nombre. Su conciencia, hasta entonces ciega, se penetrará de la revuelta. Se indignará al pensar que ha sido un instrumento de tortura y de tiranía inicua, empleado en provecho de una clase desvergonzada y parásita, que no le ayuda en su dolor, porque piensa que el pueblo chileno es «una máquina vieja, llena de vicios, roída por el alcohol y por la ignorancia». Ese día que comprenda, súbitamente sus sentidos turbados por la miseria y por la injusticia, comenzarán a distinguir claramente. Su conciencia volveráse fuerte para obrar y desligarse de todos esos prejuicios que envenenan sus energías. Su alma, dolorida y amarga, culpará el crimen de todas sus creencias a su siniestro explotador: y, ese día, es posible que la vindicta aparezca en sus puños.

Sin haber llegado aún el momento crítico, ya se sienten en Chile crujidos de la armazón social, que causan cierto frío angustioso en los salones del alto mundo. Todavía se exporta el salitre, y, sin embargo, el número de obreros sin trabajo es enorme y amenazante. El Gobierno chileno se ha convertido, obligado por las circunstancias, en una caja de socorros. Pero, como el número de obreros sin trabajo, aumen-

ta cada día, el «tutor» a quien se obliga a dar las raciones por fuerza, ha inventado tan sencillo, como bárbaro procedimiento, para desembarazarse de su sagrado compromiso. Este nuevo sistema consiste en fusilar ciudadanos en masa; es claro, culpándolos de algún delito..., que puede ser cierto, o no.

Una horrorosa noticia dice que en las calles de Santiago se han fusilado cientos de obreros alimentados por el gobierno, por el delito de descontento subversivo! Agrega, que se ha descubierto también, que ciertos funcionarios negociaban con el dinero destinado a los pobres, abultando las planillas, de tal manera que, si se daba alimento a mil, aparecían dos mil. Este escandaloso procedimiento, debido a la sutileza chilena y al espíritu inveterado de mala fe, aun con el «compatriota», demuestra hasta qué punto está corrompida la clase dirigente. ¡Después de constatar esto, se puede dar un «¡hurra!» al presidente socialista Alexandre!

Más tarde, cuando el desastre económico sea incontenible, no habrá nadie que pueda calmar al pueblo en sus justas reivindicaciones. Hasta ese momento, es posible que se le mantenga aún con alguna que otra mentira hábilmente preparada, embriagándolo siempre con la morfina patriótica, o recurriendo a la fuerza y al asesinato en masa. Pero, cuando la situación sea vista por todos, y que Chile se vaya al abismo, arrastrado por su capricho imbécil de poderío y de preponderancia militar—el más tonto y el más peligroso de todos los caprichos—; cuando el hambre y la estrechez aparezcan en la calle, en el taller, en la oficina del funcionario y aun en el salón social: ese instante, no habrá sino

un deseo de retractación, un acto de fe suplicatorio, que será, seguramente, oído por la América latina; porque Chile no puede morir tampoco, y pertenece a la Humanidad. No es al pueblo chileno—dominado por sentimientos primitivos y por el estrecho nacionalismo—a quien se debe combatir y destruir. ¡No! Pensar así, sería perpetuar el crimen y cometer una nueva injusticia. Razonablemente, es susceptible de reforma y de transformación. A quien se debe combatir es al espíritu chileno, pleno de roña y de cosas viejas. Al hombre culto de América, no le interesa ese militarismo chileno, tan ridículo como de opereta. Es preciso borrar de los presupuestos todo lo inútil y todo lo bufo. A quien se debe combatir es a esos vientres enormes y retadores, que hacen de la nación chilena un pantagruélico festín, odiado e insultante. Y, por fin, se debe combatir también a esos cuellos robustos y lascivos, que hablan al pueblo en nombre de Cristo, mintiéndole cínicamente.

Pero no queremos predecir aquí, que todo lo que hemos dicho haya de venir. Es posible que sea así, porque la lógica de los acontecimientos tiene una fuerza inexorable, y comienza ya a cumplirse. Pudiera también suceder que toda la crisis chilena, fuese aliviada, volviéndose a todos esos trabajadores al campo, como en su antigua época. Eso se puede hacer, y ése debe ser el pensamiento del gobierno de aquel país; pero, ¿cómo establecer, de la noche a la mañana, por arte de magia, nuevas industrias, nuevas haciendas y nuevas ganancias? Para que la tierra produzca, y alimente a miles y miles de chilenos que se quedarán sin trabajo, es preciso tiempo y labor. Y el espíritu chileno, inquieto y aventurero, no se conformará tampoco con débiles y mí-

seras raciones, cuando sabe que es veinte veces más fácil apoderarse de lo ajeno, haciendo la guerra al vecino. Además, esta solución de volver a la tierra, es la más racional, en cuanto se refiere al pueblo obrero; pero, toda esa clase funcionaria y semi-ilustrada, la más agresiva y la más terrible, que hasta ahora ha vivido de las rentas del salitre, ¿a qué trabajo honesto se dedicará? ¿Y la clase social de señoritos, militares y curas, abogados y bolsistas...? Lo más probable es que los primeros, y siempre los más audaces, emigren, una vez que estén convencidos de que «el Chile militar está agónico»; y los segundos, que se concreten a ser los antiguos hacendados de antaño, que, según Valdés Vergara, hacían una vida sana y honrada, conquistando el aire y a la novia de la «chacra vecina».

Este desenlace fatal del porvenir económico de Chile, está previsto, por otra parte, por los mismos chilenos. El diputado y profesor de la Universidad de Chile, don Guillermo Subercaseaux, aunque en mal castellano, ya lo ha pronosticado en su folleto, «Nuevas Orientaciones de la Política Internacional Sud-Americana». No tiene mal gusto este político, cuando propone la unión de Chile con Bolivia, a fin de salvarle del abismo. Claro que, desde luego, en la idea de Subercaseaux, no hay ningún pecado venial; pero el pecado grave sería escucharle. Hace tiempo que la bolsa de Santiago pretendió esta nueva tramoya; como pretende todo propietario de mala fe, agrandar su hacienda con la del vecino o con la del pariente ingenuo. Ya Chile procedió, una vez, ilícitamente; y, esta vez, desea darle cierta apariencia de lícito. Sólo que los pueblos, en esta época nueva que comienza, no con-

fían sus cuestiones a burguesías doradas y ávidas, sino que se encargan ellos mismos. Por eso, el pueblo trabajador de Chile y de Bolivia no debe confiar sino en el interés de mutua cooperación, sin más cláusula que la de vivir en paz. Este camino es el más sabio y el que imperiosamente tiene que abrirse paso, por encima de lo que se cree ilusorio y por encima de la ignorancia. El evangelio de la reunión de pueblos republicanos se impondrá, avasallador e irresistible, sin que haya explotados, ni explotadores; ni pueblo vencedor, ni pueblo vencido; ni Chile que se aproveche de su fuerza y de la astucia, para engañar a Bolivia y al Perú, ni Bolivia y el Perú con odio. La idea del señor Subercaseaux, pues, por el momento, es un poco inoportuna. Cuando el poder militar de Chile no exista, y el antiguo felón haya desaparecido, dando paso al honesto—pero con garantía absoluta—, estará dispuesta Bolivia, y, con ella,—¡ya lo creo!—varias repúblicas más, a formar una entidad espiritual y económica y una entente sin odios ni rencores, sin bajos instintos ni barreras aduaneras, que han impedido, hasta ahora, sólo el pequeño progreso egoísta de Chile, edificado en un castillo de naipes, y la pobreza y el amurallamiento de Bolivia.

De todos modos, mientras la situación se presente indecisa, y por más que sea terrible, Chile sostendrá, por todos los medios, su poderío y sus conquistas. ¡Es una ilusión de mal gusto y torpe, pensar, por un momento, que Chile arregle de buena voluntad el pleito del Pacífico! Los que piensan así, cometen una falta grave de sentido común, y se olvidan de que las aves de presa tienen instintos carniceros, y los pueblos nacionalistas, el tonto amor propio de sus conquistas.

TERCERA PARTE

LA REPUBLICA OBRERA EN AMERICA



TERCERA PARTE

I

Es preciso convertir la República en un gran taller de trabajo

Con enorme placer escribo este artículo. Hace un año que no escribo; y me tortura la conciencia, porque parece que me he olvidado de escribir en español.

Pero, esta vez, las noticias son interesantes y me entusiasman. Por fin despierta el buen sentido del país, que, hace tiempo, está dormido en un sueño cataléptico. La gente de corazón simple y la que no lo es, se dan cuenta de la claridad de la luz, de la verdadera filosofía de la vida, que, antes que nada, es práctica y científica, si no se quiere morir. Por fin, un grupo de hombres de corazón, se propone llenar la tarea con tanta entereza como decisión.

Nuestra república ha vivido, en tiempos de la colonia, esclavizada en lo político y religioso, dentro de un dogma teocrático y un catecismo inquisidor, creyendo a ojos cerrados, en una vida fatalista y aventurera, como la mejor de las vidas. Los españoles que mataron el bello y consciente sistema de los Incas—el crimen más torpe y cruel de la historia de ese tiempo—reemplazaron en un instante toda esa civilización hecha

a fuerza de experiencia, de cálculo, de sabia prudencia, por otra, atrabiliaria, y sólo de interés egoísta.

Los españoles nos trajeron, junto con la cruz, su fanatismo. Es un error creer que el pueblo español es religioso. ¡No! él no tiene sino una concepción grosera de los ídolos y de Cristo. De este punto de observación, parte toda la crítica honrada contra España, que debe a su enorme cariño de las cosas viejas e inútiles, su decadencia, su pobreza y su poco valor para renovarse. Porque en España el fatalismo y la cobardía son árboles viejos y caídos, que envían sus lágrimas, no a Europa, que no las recibe, sino a la pobre e inocente América, que habla su lengua y también cree en un Dios de carne y hueso que hace milagros, cuando todos ya en esta época han aprendido a hacerlos con una habilidad extraordinaria y científica.

Junto con don Juan, que también fué a América, llevaron los españoles en medio del romance y de la risa, una alegría falsa y nerviosa, que se excita sobre todo con sorbos de aguardiente. Don Juan, que en el Nuevo Mundo se volvió peluquero y general, nos enseñó a conquistar lo ajeno y a las mujeres también, aunque fuese de palabra, con orgullo ante los amigos y con cierto cinismo para mentir. ¡Ya me imagino que, todas las noches, en el lecho, los españoles deben sentir cierta vergüencilla al notar que las supuestas aventuras no existen, o están hechas con la honra de sus mejores amigas...!

En el mismo buque en que embarcaron Ladrón de Guevara y el marqués de las Navas, llegaron también el porquero Pizarro y el estafador Rinconete, trayendo los cuatro, sus casti-

llos en prosa castellana y sus espadas que acababan de ser recogidas del empeño. Los cuatro habían sido expulsados de la Corte, porque ya no tenían pudor. ¡He aquí, señores, la historia divertida de la aristocracia de América! Nuestros pobres indios civilizados, ingenuos y grandes como el más grande corazón, valían más que ellos. Ellos eran toda la nobleza de la tierra.

Don Quijote, que pensaba emigrar a América después de sus amargas experiencias, tuvo el desengaño de no poder cumplir su proyecto, porque supo que Gil Blas estaba ya allí, risueño y locupletado de plata, flexible y ágil con la gente de empresa, elogiador de todo crimen y mediocremente pequeño.

Durante cuatro siglos, y más también, no aprendimos sino a mentir y a tener horror de la verdad y del agua de jabón; a perfeccionar la ociosidad y darle su valor real en poemas, como la mejor obra de arte. En el rezo, no nos fué tampoco mal. Aprendimos tanto, que llegamos a tener confianza absoluta en Dios y en el cielo, hasta olvidarnos de ellos como de esos parientes respetados y ricos a quienes se les ve rara vez, y sólo se les piden servicios. A Dios le pedimos en América y en España, el mal del prójimo y las onzas de oro debajo la almohada. A la Virgen, que no es tan rica como Dios, arroz con pollo, y toros.

Durante siglos, después de que se destruyó el imperio de los Incas, no hicimos otra cosa los españoles y los hijos de los españoles, que reír y jugar con nuestro destino, en la plaza pública, a la luz radiante del sol, oliendo el aroma de las flores y el mal olor de nuestros compañeros, observando sus defectos y criticando en

alta voz a la pobre mosca que vuela y a Platón que escribió su República.

Después de la independencia, Gil Blas, que no había muerto,—que no ha de morir nunca—dominó en todos los gobiernos, y se le ocurrió burlarse de sus compañeros, haciéndose democrático. Pero Gil Blas, se sabe que no fué trabajador y que sólo fué farsante. Sus gobernados siguieron su ejemplo, y su filosofía se hizo popular, porque es fácil y es cínica. El abogado de la esquina, que succiona al pobre indígena, la sabe; la saben también, maravillosamente: el bachiller iletrado, que vive de su padre, mientras éste sueña en las luces de su hijo; el señor cura, tan ignorante como pleno de santidad y de hilachas de basura; el político que vive de la candidez del pueblo, en tanto que su vida es el Club; el truhán que derrocha su tiempo en garitos y paseós; el pillete que no va a la escuela; el obrero que se emborracha. Todos éstos, y otros, tienen la estructura de Gil Blas. Es la complicidad de la sociedad la que los forma, y es la cobardía de los que todo lo dejan al «ya se arreglará», cómplices tontos de la holganza y del crimen.

Esto no debe ser así, ni puede continuar; porque no es lógico, ni es humano, ni es razonable. La República boliviana debe ser la primera en la América que dé el ejemplo de convertir todas sus fuerzas de vida en una gran potencia obrera. Ningún país tiene más ventajas para hacerlo, ni más audacia para tener el éxito.

La República debe ser obrera y democrática en su verdadero sentido. Que todo el mundo trabaje, y que todo el mundo viva feliz. He aquí el sencillo y gran lema de nuestros Incas: «No mientas. No robes. No seas perezoso».

Sin pérdida de tiempo, la República debe convertirse en una gran sociedad de agricultores, de mineros, de industriales. El señor ministro de Instrucción, Jaimes Freyre, tiene razón cuando desea establecer la «escuela taller». Es de allí, de donde tienen que salir los nuevos ciudadanos útiles, los únicos que no reconocerán castas y que no tendrán vergüenza de ser obreros; porque es otro prejuicio español e imbécil, que el señorito no deba tener callos en la mano, ni manchas de aceite en el vestido, por considerar como gente ínfima y, por tanto, «infamante» a la clase que trabaja el hierro, que vive en la mina o que siembra el campo.

Es preciso decir en alta voz a esos niños de la escuela, que no existen castas, y que el «decente, el cholo, el indio», como se los llama allí, son iguales, porque son hombres, y que si no son cultos y tienen pasiones, no es culpa suya, sino de la misma sociedad.

Es preciso decir de todo corazón y con fe, que nuestra raza india, que nuestros criollos son fuertes y amables, hasta dar su hospedaje al extranjero; inteligentes en grado sumo, porque comprenden la vida y saben de qué lado está la justicia. Es preciso destruir todas las profesiones parásitas, como la de abogado, teólogo, funcionario, sacristán y alguacil, porque no son productivas y son contrarias a la nueva filosofía.

Y, por último, es preciso ser simple y menos declamador. Sólo a fuerza de voluntad silenciosa y de cariño, se puede renovar y transformar. Lo principal es tener fe en su obra y convertirse en fanático creyente de lo que se debe hacer.

II

Lo que produce Bolivia y lo que exporta

Entre las naciones de la América Latina, Bolivia a pesar de sus desmembraciones territoriales hechas a mano armada por el Brasil y Chile, aun tiene un territorio de cerca de un millón y medio de kilómetros cuadrados. Cuando se fundó la República, tenía cerca de tres millones. Pero, aun así, disminuída considerablemente, es la tercera nación en territorio, después del Brasil y la Argentina.

Todo su territorio está lleno de riquezas de toda clase. He aquí lo que dice una geografía elementál que describe a Bolivia en estos términos:

«La naturaleza ha derramado en Bolivia, con una prodigalidad inmensa, las más nobles producciones, las riquezas más valiosas; en su vasto territorio (1.458.033'56 kilómetros cuadrados), hay campo para que vivan holgadamente cuatrocientos millones de habitantes, dando la densidad que actualmente tiene Bélgica y alimentados por las produciones de su suelo; el trabajo y la industria, tienen fuentes inagotables

de explotación; todos los climas del globo se hallan comprendidos y los habitantes de las distintas zonas de nuestro planeta, pueden encontrar regiones idénticas a aquéllas que abandonan.

»Pero estas grandes ventajas, no son aprovechadas por los hombres, que viven con una modestia que raya en la miseria, en los centros poblados; y con una pobreza que llega al salvajismo, en la campaña inculta, o menos cultivada.

»He aquí por qué la industria nacional, en todas sus ramificaciones, se halla muy poco desarrollada. (Desde el tiempo de los españoles no se ha hecho nada en el sentido de industrializar al país; y el nuevo régimen republicano, en el fondo, no es sino la continuación de todos los vicios y la pereza gubernativa española).

»Sin embargo de esto, ningún país en el mundo, es tan privilegiado como Bolivia en los tres reinos de la naturaleza». (D'Orvigny, el sabio francés, y Castelnau, el geólogo, han dicho las mismas cosas, en voluminosos libros).

Bolivia, pues, en el reino animal produce enormes cantidades de ganado que no se exporta sino en mínima cantidad, por falta de vías de comunicación. Hay campos de pastoreo, donde pueden criarse miles y miles de caballos, de ganado vacuno, lanar y porcino. Hasta ahora, todas estas industrias duermen en manos de la ignorancia y de la pereza.

Tenemos, además, otros animales útiles, en gran

cantidad, y que pueden multiplicarse en asombroso número, si introducimos a la rutina procedimientos científicos. En efecto: la llama, la alpaca, la vicuña, y otros animales, además de darnos su carne, nos dan su lana excelente, superior a todas las lanas por lo sólida y durable. No solamente podemos exportar la lana, sino crear, además, la industria textil que espera nada más que la buena voluntad de obreros, y máquinas.

En el género de aves, tenemos todas las clases, y nuestros climas templados se prestan a esta industria, tan fácil como provechosa.

En el reino vegetal, una rápida enumeración de las cosas que produce Bolivia, nos hará ver sus riquezas y su gran importancia.

Frutos: el árbol del pan, bananas, contándose hasta veinte clases; naranjas, mandarinas, melocotones, almendras, nueces, ajipas, tumbos, manzanas, fresas, cerezas, uvas de diferente especie, caña de azúcar, chirimoyas, piñas, granadas, dátiles, cocos, cidros, ciruelos, limones, etc., etc.

Legumbres: patatas, fréjoles, garbanzos, lechugas, remolacha, repollos, coliflores, hongos, habas, guisantes, etc., etc.

Otros productos: trigo, maíz y arroz en enorme cantidad, granos para los animales, alfalfa, pastos de todas clases, coca, cacao, quinina, oca, tapioca, yacones, yucas, sandías, melones, paltas, azafrán, cascarilla, caucho, vainilla, ipecacuana, jalapa, zarzaparrilla, miel de abejas, etc., etc.

Vegetales útiles: en las zonas templadas y tropicales hay inmenso campo para las plantas textiles. El algodón que produce Bolivia, hoy en estado salvaje, es superior al de los EE. UU., por la calidad de sus fibras y su tamaño. Existe también cáñamo, lino, magüey, campeche, el toboroche cuya bellota contiene seda vegetal, el garavatá cuyo producto es la seda cruda, etc., etc.

Hay maderas de todas clases, y aun se encuentra el ébano, y otras, cuyas propiedades son de gran valor en la industria. Nuestros bosques permanecen aún vírgenes, esperando ferrocarriles y obreros.

Tenemos también combustibles vegetales, como la yareta y la turba en gran cantidad.

En el reino mineral ya es sabido que Bolivia ocupa el primer lugar en Sud-América, y es quizás en el mundo el primer país productor del estaño. (El año 1920 ha producido cerca de treinta y cinco mil toneladas de este mineral).

Es particularmente por nuestras minas, por lo que es conocida Bolivia en el comercio mundial, desde hace siglos; pues todo el mundo sabe, o ha oído decir, «cuánto vale un Potosí». En Bolivia hay una riqueza extraordinaria de minerales de toda clase: desde las pepitas de oro, hasta los filones de plata piña; hay, además, minerales de estaño, de bismuto, cobre, antimonio, wolfran, plomo, etc., etc.

Sustancias y productos útiles: azufre, alumbre, alabastro, arcillas plásticas, arsénico combinado con azufre, asfalto, azogue, amatistas, borato, be-

tún mineral, carbón de piedra, cuarzos, cobalto, calamina, cinabrio, esmeralda, goma mineral, hulla, kaolín, mármoles, manganeso, nafta, petróleo en abundante cantidad, piedras preciosas, sulfatos de cinc y de magnesia, de potasa, de sosa, de hierro, de cobre; sal común, sal gema, salitre, etc., etc.

A toda esta riqueza boliviana, desgraciadamente, no se le da el valor que merece. La riqueza animal está, como hemos dicho, dormida en manos de la ignorancia y de los patrones. El egoísmo de éstos últimos y la pasividad del nativo boliviano, explotado e ignorante, son cómplices del sueño cataléptico de esta maravillosa fortuna que podía servir a la humanidad y en especial a los bolivianos.

El sistema agrario en Bolivia es el mismo que dejaron los españoles. Grandes fundos de leguas y leguas en poder de un solo señor, y miles de colonos que trabajan sus tierras en mínima extensión, teniendo como salario anual el producto de ciertas porciones de terreno.

Al señor no le interesa el adelanto de su fundo, y se contenta con buenos gajes que saca de él, suficientes para llevar una vida de pereza y de politiquería, la mayor parte de las veces. El colono es el pobre indio, tan ignorante como de excelente corazón.

No está de más decir que el «señor», para hacerse obedecer en su fundo, emplea todos los medios coercitivos, aun los más criminales, teniendo de su parte el apoyo de los códigos y

de las conciencias. En tanto, el colono que no tiene más apoyo que su trabajo, se acostumbra fácilmente a la cruel resignación y al vicio.

El régimen minero es aún más curioso e injusto.

En Bolivia el suelo incultivado y el subsuelo pertenecen al Estado que los adjudica a quien lo solicita. Esta ley no puede ser más liberal ni más individualista.

El nuevo propietario, nacional o extranjero, que tiene la suerte de encontrar una mina, la explota a su agrado, y saca las más grandes y fabulosas ganancias. Por su parte, el Estado no le cobra sino un mínimum extraordinariamente ridículo, por el mineral que exporta.

De aquí, las prontas y fantásticas fortunas que, durante tantos siglos, se han hecho en Bolivia, y que no la han beneficiado mayormente, sino en el grado último de la expresión. Lo mismo ha pasado con la riqueza de las quinas y del caucho, riquezas hoy día en decadencia, que, como dice algún escritor, «no dejaron al país ni siquiera una buena ciudad, una escuela, un museo, etc.; porque todo salió al extranjero, sin más beneficio, para Bolivia, que ser conocida con la tonta e ingenua frase de que es rica».

Los que trabajan en las minas son obreros bolivianos que abandonan el campo o la ciudad, en busca de un salario de cinco pesos bolivianos, que ellos consideran magnífico. Por otra parte, la mitad de su salario, lo paga el patrón en mercadería que, generalmente, da al obre-

ro, sacando un buen beneficio. Así, que la explotación es doble: en el salario y en la forma de pago. (Es forzoso que los obreros que trabajan en las minas, tengan siempre cuenta corriente en las pulperías del patrón).

De esta manera, el obrero es obligado a estar indefinidamente, reatado al patrón, quien en forma pública halaga sus vicios, dándole la mayoría de su salario en licor y cosas inútiles.

También existe el contrato, que consiste en que un obrero entregue una cantidad de mineral bruto por una suma determinada. Más o menos así: por diez toneladas de estaño sacadas de la tierra 200 Bs. El propietario las exporta cobrando 280 libras por tonelada (año 1920). El Estado cobra sobre estas DOS MIL OCHOCIENTAS LIBRAS apenas una miserable cantidad (1).

---

(1) La siguiente estadística dará una idea de lo que ha exportado Bolivia, desde el año 1908 hasta 1913.

1908.—Bs. 48.925.616.
1909.— » 63.764.466.
1109.— » 75.622.146.
1911.— » 82.631.171.
1912.— » 90.122.987,10.
1913.— » 93.721.593,49.

En 1913, sobre noventa y tres millones, quinientos trece mil, cuarenta y nueve centavos, el Estado ha cobrado solamente, cinco millones, trescientos ochenta mil, novecientos trece, noventa y seis centavos, como derechos de exportación, habiendo el resto de dinero, engrosado la caja de algunos bolivianos que tienen su residencia en el exterior, y de algunas compañías extranjeras.

Sólo el señor Patiño, industrial boliviano, dicho año, por veinticuatro millones setecientos veinte mil, quinientos treinta y ocho bolivianos de mineral exportado, ha pagado al fisco, la insignificante suma de un millón trescientos ochenta y cinco mil, treinta y cinco centavos.

La producción de estaño en el transcurso de ese año, dice el informe oficial del Director de Aduanas, señor P. Dalence, de quien tomamos estos datos, constituye el 72 por 100 de la exportación bo-

Convertido el propietario de la mina en potentado, no tarda en imponer su voluntad y sus caprichos, con la complicidad de la ley, que le protege, y de la sociedad servil, que le aplaude. Interviene en la política y adquiere éxito, comprando conciencias de diputados y senadores, los cuales le prestan la más fácil colaboración de estrangular al país y al elemento obrero.

Los trabajadores, en cambio, se debaten en medio de la tragedia y el vicio. La mayor parte mueren tísicos y agotados por un trabajo bár-

---

liviana, y agrega, que la mayor explotación corresponde al señor Patiño. (Calcúlese lo que habrá percibido dicho señor, durante los años de la guerra europea, en los cuales la exportación de minerales se hubo cuadruplicado). Es lástima que en este instante no dispongamos de datos oficiales, sino en fracción, como se verá más adelante.

En cambio, las compañías «The Corocoro United» y «C.º Corocoro de Bolivia», por la exportación de minerales de cobre por un valor de Bs. tres millones, trescientos treinta y tres mil, doscientos setenta y nueve, noventa y seis centavos, ha pagado de derechos, Bs. sesenta y siete mil, setecientos diez, nueve.

En 1912, la Compañía Huanchaca por la exportación de 123.938.812 kilos de plata, cuyo valor es de Bs. cuatro millones, trescientos ocho mil, trescientos veinte y nueve, catorce, sólo ha pagado la suma de Bs. 43.109.50.

La «Empresa Chuquiaguillo» que exportó, dicho año, oro por valor de Bs. 144.275, ha sido gravada por el fisco con la insignificante suma de Bs. 540.

En fin, el plomo y el zinc que salen de Bolivia por miles de toneladas, no pagan ningún impuesto, con objeto, se dice, de favorecer la producción nacional.

Se comprueba, pues, que toda la riqueza boliviana no es aprovechada por la colectividad ni por el Estado, ni siquiera fomenta el desarrollo industrial de Bolivia. Todos los años, según el régimen económico actual, el pueblo trabajador, hace un obsequio cuantioso de sus riquezas y de su esfuerzo, en beneficio de un grupo de afortunados. Es preciso que esto cese y que la riqueza nacional pertenezca a todos los bolivianos, sin excepción alguna: porque todos tienen derecho a las riquezas de su suelo y todos lucharon por su libertad y su progreso.

baro y sin disciplina. Nadie hay que pueda llegar a los 45 años; y los que se escapan de los múltiples accidentes con vida, son arrojados a la miseria, sin brazos o con una sola pierna, como si regresaran de una terrible guerra.

Nada hay tan trágico como visitar las minas en Bolivia. En las altas cumbres cubiertas de nieve, se perciben pequeños grupos de hombres infelices que horadan la montaña. Van ellos cubiertos de girones de vestido y con los pies descalzos. Todos tienen el rostro amoratado y los ojos que saltan. A algunos les falta un brazo, y sólo un muñón informe se observa. Sin embargo, todos parecen resignados, porque mascan «la coca que mata los nervios» y beben el alcohol que mata sus conciencias. El alcohol y la coca; he aquí los fieles aliados del patrón. Pero los grandes millonarios no llevan una vida miserable. Todos ellos habitan en Londres o París, derrochando sumas fabulosas. Todos son nobles o se han ennoblecido oficialmente. Pero ni por un minuto, en medio de las orgías o del baile, recuerdan a los pobres trabajadores con muñones, o a los pobres mineros harapientos, que revientan en las minas, destrizados por la dinamita.

En verdad, Bolivia es una nación tonta. Cuando ella puede ser feliz y rica, no lo es. Deja que la exploten y la sangren; y no sólo eso, sino que permite también que los bolivianos mueran de miseria y de vicio.

Sólo con las exportaciones de minerales bolivianos, puede sostener la República todas sus instituciones, cruzar el territorio de ferrocarri-

les, así como establecer, de una vez, la verdadera industrialización del país, en la forma más científica y avanzada. Hasta ahora, no hemos hecho sino servir de pasto a la tontería, al individualismo desenfrenado y egoísta y al capitalismo exterior. Es preciso que explotemos lo nuestro y nos demos cuenta de cuánto vale. Que nadie en Bolivia sea millonario, que el Estado sea el único millonario.

En 1917 Bolivia exportó por 157 millones de bolivianos e importó 33, habiendo una diferencia de 124 millones, que han engrosado la bolsa de los capitalistas extranjeros y bolivianos, pero no del Estado Boliviano. Y así, todos los años, Bolivia exporta más que importa. El cuadro siguiente dará una idea de lo que afirmo:

COMERCIO EXTERIOR EN 1917

EXPORTACION	(valor	en Bs.)	157.784.054
IMPORTACION	»	»	33.480.831

BOLIVIA COMO PAIS COMERCIAL EN 1917

COMPRADOR:	VENDEDOR:
de EE. UU. el 23 %	a EE. UU. el 36 %
de Inglaterra el 12 %	a Inglaterra el 57 %
de Chile el 24 %	a Chile el 1'93 %
del Perú el 13 %	al Perú el 0'21 %
de otros países 18 %	a otros países 4'86 %

Este cuadro demuestra que vendemos más que compramos; y es increíble que Bolivia necesite de Chile en un 24 %, siendo Chile un país

de infinita inferioridad en productos a Bolivia. Pero esto se explica por la política zurda que han seguido los gobiernos bolivianos en relación a Chile, hasta consignarle todas las franquicias y ventajas aduaneras. En el fondo, Chile no tiene sino la pretensión infantil de hacer de Bolivia, su vasallo económico y su mejor reserva. Gracias, en fin, que todo el mundo se burla de Chile y que Bolivia no necesita de semejante tutor.

Perteneciendo las minas al Estado y nacionalizándolas en su beneficio, de inmediato se tendrían las siguientes ventajas: la transformación absoluta de nuestra vida nacional, que saldría de la edad media boliviana a la era del trabajo verdadero; la riqueza del Estado Boliviano, cuyas rentas aumentarían a una cantidad respetable; una vida mejor y feliz para todos los obreros mineros que naturalmente obtendrían grandes comodidades. Disponiendo el Estado de grandes sumas de dinero, que le daría su comercio exterior, podría industrializar el país y dotarle de fábricas y caminos de hierro. Y, por fin, todas las reformas—las mejores y las más nuevas—se introducirían en nuestra vida, proporcionándonos lo que hace tanto tiempo buscamos en revueltas inútiles y cómicas.

Naturalmente que Bolivia, industrializada y cruzada de caminos de hierro en todas direcciones, llena de escuelas, se convertirá en una nación soberana y productora, a quien se deberá respetar y atender en justicia y en sus derechos.

Además, el espíritu se da cuenta de lo que puede producir esta gran reserva de la humani-

dad, alimentada hasta ahora por malas doctrinas individualistas y oprimida por Chile.

Y no sólo Bolivia puede cambiar de sistema, sino toda la América; porque los mismos problemas agitan sus sociedades. Pensando con lealtad, no se comprende de otra manera, que se establezca el americanismo, que ahora es sólo frase diplomática de exposición y de 12 de octubre.

III

La crisis boliviana y como se puede curarla

La crisis de la América del Sud y por consiguiente de Bolivia, no es más que una consecuencia, como todos saben, del desequilibrio mundial.

Pero todo el mundo se pregunta cómo es posible que países jóvenes, poco poblados y ricos, atraviesen situaciones de miseria y de desequilibrio.

La respuesta es sencilla:

Durante el régimen colonial los españoles no crearon ningún sistema económico; al contrario, como hemos dicho, destruyeron el sistema agrícola de los Incas. Por varios siglos la América no fué sino la tierra de las ricas minas y de las esperanzas de todos los nobles fracasados y endeudados de España.

El régimen republicano transformó el país en lo político, pero no en lo económico.

Después de un siglo de independencia, aun las tierras vírgenes continuan sin caminos y sin ser explotadas, no habiéndose hecho, sino débiles tentativas de mejoría.

La América Latina, antes de la guerra, vendía sus materias primas a Europa y a EE. UU. y compraba mercadería a precios más subidos natural-

mente, no dándose el trabajo de manufacturarla, porque no posee—ni quiere poseer—los elementos necesarios. Bolivia, por ejemplo, exportó durante los últimos años, grandes cantidades de mineral, superiores a sus importaciones, sin que ese dinero excedente haya regresado al país.

La exportación de materias primas, lejos de ser favorable al Estado boliviano o a la colectividad boliviana, ha sido—y es actualmente—aprovechada por un grupo mínimo de afortunados.

La América Latina no es un continente industrial, ni posee fábricas en suficiente cantidad, para que pueda proclamar su independencia económica de Europa. La raza semi-española que puebla su territorio, no es apta para la organización, y prefiere vivir sin trabajar, en la afrentosa miseria, contemplando sus tesoros y sus riquezas sin aprovecharlas.

La falta de vías de comunicación y los menudos problemas políticos que absorben toda la atención colectiva. En Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay y, en fin, en el resto de la América, aun se hacen revoluciones por caudillos y por una idea falsa que se tiene de democracia y de libertad.

Y, finalmente, el poco espíritu de asociación, y el individualismo desenfrenado que va hasta la anarquía y la ignorancia. En la América no existe unión económica, y las pequeñas Repúblicas, se destrozan entre sí, no por una concurrencia industrial, sino por una rivalidad política y de campanario. Lo mismo pasa entre provincias de una misma República.

Todos estos males han impedido el crecimiento económico de la América Latina y su vasallaje a Europa y a EE. UU.

Naturalmente, después de la guerra, la crisis se ha desencadenado en todo el mundo con una intensidad inaudita. Tanto vencedores como vencidos, se encuentran desorientados y empobrecidos. La guerra europea de cinco años, ha consumido toda la reserva económica de Europa. Para relevarse de esta situación los estados industriales, impondrán formidables cargas a sus pueblos; pero, como la América Latina, está incluída sólo como consumidora, porque no es industrial, tendrá que pagar también las cargas y los gastos de la guerra.

Pero el problema no se resuelve aquí. La Europa empobrecida no posee dinero para comprar materias primas de América: y toda la enorme exportación de minerales, de granos, de azúcar, intensificada maravillosamente durante la guerra, tiene que permanecer paralizada y con tendencias a la baja continua.

En cambio, los artículos manufacturados de Europa, doblaránse de precio, y ni aun a alto precio los podremos adquirir; por la sencilla razón de que nuestros productos primeros no hallan comprador.

En fin, esta situación no puede permanecer indefinida, y los sistemas económicos que hasta ahora han regido los países, se transformarán totalmente. De todas maneras, debemos anotar que los acontecimientos prevén que el régimen capitalista está en vísperas de su caída. Es la gran guerra quien lo ha muerto. Por más que se hagan esfuerzos sobrehumanos para levantarlo y ponerlo en la posición de antes, no se hará otra cosa que encontrar la ilusión de un remedio a corto término. El individualismo ha llegado a su máximo de vida, y la humanidad

necesita adaptarse a nuevos sistemas que le garanticen el trabajo y la paz.

El doctor Walter Rathanau, financista de gran vuelo, a pesar de no ser afiliado a ningún partido político de tendencias socialistas, proclama con singular honradez, en numerosas partes de sus libros, la caída del capitalismo y dice textualmente: «El único rico, inmensamente rico dentro de la nueva colectividad, debe ser el Estado mismo» (1).

Los adversarios de toda reforma, los que están acostumbrados a los privilegios, naturalmente, defienden el sistema capitalista y creen con la mayor ingenuidad del mundo, que es indestructible. Otros, convencidos de la verdad, lo sostienen con la malicia y con la fuerza.

No hay por qué admirarse de esto. En todo tiempo las ideas innovadoras se han impuesto, porque el tiempo las ha justificado, a pesar de la ignorancia y de la sangre que han costado. En la época de Julio César, nadie creía en el nacimiento del mundo cristiano. Luego todas las civilizaciones y los acontecimientos, están repletos de ejemplos parecidos.

Lo que nos interesa a nosotros, por ahora, es saber si un sistema comunista nos convendría, sin que esto signifique un deseo de imitación o de manía revolucionaria. Nuestra honradez y nuestra fe han ido, no por novelería, a esta tendencia, ni por idealismo juvenil. Es la reflexión madurada, la realidad misma, la que se ha encargado de convencer nuestra conciencia. Porque el comunismo antes que nada, no

---

(1) El doctor Rathanau, odiado terriblemente de los pan-germanistas, ha sido asesinado últimamente. Sus mismos adversarios han confesado después, la desaparición de un gran hombre de ciencia.

es más que la convicción de un sistema económico, frío, razonado y científico, que conviene indudablemente al mundo. La única satisfacción que tiene el comunista hoy, es ser perseguido. No le alucina el éxito electoral o la fama. Por encima de estos prejuicios de política burguesa está para él, el gran interés de la masa social y de la felicidad futura. Se le persigue porque no se le comprende o se le calumnia. Lejos de discutirse sus ideas se las brutaliza y se les cierra el paso. Entonces es claro que tiene razón. La ignorancia ha inventado una fantasía absurda y la prensa al servicio del capital, le combate por todos los medios más baratos y menos lógicos.

La experiencia rusa de comunismo, con todos sus defectos y la sangre que ha costado, es menor, en todo caso, que los crímenes que comete cada día la sociedad tal como está formada. En un solo día de guerra se condena a muerte, cien veces más de lo que se dice que la Revolución ha fusilado en cuatro años.

Por otra parte, las críticas que se hacen a la «Revolución Rusa» son ligeras y sin base de contradicción científica. Se exige el «Paraíso» sin saber que para que exista o se asemeje siquiera, es preciso un siglo de educación moral y de ejemplo. El hombre, pese a lo bueno que se dice de él, es el sér más irracional que existe.

En la América, pues, y sobre todo en Bolivia, debemos tomar como dogma político el comunismo. Por otra parte no sería una novedad. No haríamos sino revivir el sistema incaico que duró tantos siglos. Pero el sistema incaico es la historia del comunismo primitivo. Vayamos al

comunismo científico y heroicamente trabajador y fraternal.

Bolivia necesita un sistema comunista, por las siguientes razones:

Porque es un país cuyo 80 por 100 de población es agricultora. El sistema individualista empobrece la colectividad, y, por otra parte, ninguna iniciativa digna de ser considerada, aporta la clase «decente». La pequeña burguesía ridícula y orgullosa, permanece en un estado estacionario, y permanecerá siglos y siglos.

El Estado de Bolivia, necesita ser inmensamente rico para dotar al país de máquinas e industrias; para explotar todas sus riquezas y cruzar su inmenso territorio de ferrocarriles.

El rendimiento que le den las minas nacionalizadas, elevará su presupuesto a diez veces más, por el primer momento, y a cincuenta después.

Con el producto de las minas, puede explotar la agricultura del país en una forma científica, y, si es posible, electrificar todas las industrias.

El comunismo no está contra la propiedad; al contrario: la utiliza y la defiende. En Bolivia todo ciudadano tendrá propiedad y la explotará en beneficio suyo, permitiéndose el pequeño comercio dentro de una forma honesta, pero no la venta de la propiedad.

En Bolivia hay terreno suficiente para cien millones de habitantes, y el comunismo establecerá leyes obligatorias respecto del matrimonio, y otras que garanticen a los hijos.

En Bolivia hay tendencias al comunismo, y se repugna en el fondo la vida aparatosa y ridícula de los capitalistas.

No hay grandes intereses creados, y sólo exis-

ten dos docenas de millonarios y unas cuantas compañías extranjeras.

Sólo un «Estado comunista e integral» puede transformar el país y llevarlo a la felicidad material y espiritual.

Indudablemente que las ideas comunistas encontrarán amplio campo en la clase obrera y en los trabajadores del campo; pero los pequeños burgueses, los pequeños negociantes y semiilustrados del país, que llevan una vida sensualista republicana, se opondrán tenazmente a ellas.

Estas ideas lógicas acumularán una montaña de críticas y de tormentosas protestas que es fácil adivinarlas.

Desde luego, se opondrá al frente del comunismo, el individualismo con su séquito de frases y de privilegios. Se dirá que el comunismo es una utopia irrealizable, y que no se acomoda a la sociedad. Todas las utopias, desde el principio del mundo, han sido realizables. Por la utopia, se ha llegado a descubrir la América; por la utopia, se viaja a vapor y se vuela en el aire; por la utopia, se habla a distancia, y, por la utopia, la más sencilla de todas, el hombre llegará a fraternizar.

El individualismo de Sud-América, fruto antiguo y un poco podrido hoy, impide su perfeccionamiento racional. En efecto, el progreso de Sud-América es torcido y vicioso. Es un país donde las clases existen y los abogados son los amos, donde todo el mundo pretende ser rico a cualquier costa, honesta o deshonestamente. Como lo honesto es dificultoso, se busca el matrimonio con mujer rica, la mina, la lotería o la política. (Una estadística boliviana prueba que en dos millones y medio de habitantes que tiene la República, 114 mil ejercen la profesión de abo-

gados, clérigos, militares e hijos de papá. Reduzcamos la población a 800 mil blancos que viven en las ciudades y nos daremos cuenta que la cifra de parásitos profesionales es enorme).

Pero todo el mundo no siempre encuentra la riqueza en las minas, la lotería, la mujer rica o la política, el resto de la población vive en una miseria dorada o en la contemplación de las riquezas muertas que posee Bolivia. Al afortunado por otra parte, no le importa mayormente el país. Apenas coge una pequeña fortuna, la dilapida, o cuando es grande, la deposita en los Bancos, contentándose con vivir de la usura y de un alto interés.

Los grandes millonarios tienen otro sistema. Emigran a Europa para saborear la «civilización» y el vicio a sus anchas, y su dinero lo emplean en la compra de bonos de la defensa nacional francesa o alemana, o acciones del ferrocarril de Fez.

Nos dirán también, que el Estado, en todo instante ha sido mal industrial, y nos citarán ejemplos de sus errores. Entonces nosotros les comprobaremos que el «Estado Capitalista» en efecto, no puede nunca ser industrial, porque está hecho a base de avidez, de egoísmo y de favoritismo. El «Estado Comunista» estará compuesto, en cambio, de hombres que tengan una responsabilidad moral y un deber de honor. Esos hombres que administrarán los negocios del Estado, no tendrán ningún interés de cometer dolo, desde el momento que su vida y la de sus hijos está asegurada. Pero para llegar a esta moralidad, es preciso atravesar diferentes fases y aun imponerla, si es preciso, por el ejemplo y la crueldad.

Pero los eternos críticos de todo lo nuevo, de

todo lo humano, nos alegarán aún, que los nuevos hombres no trabajarán con entusiasmo, no emplearán sus mejores iniciativas, porque no existe un beneficio particular que recompense sus esfuerzos. Es preciso recordar que el interés no ha desaparecido, puesto que trabajan por la colectividad dentro de la cual viven y a la cual pertenecen; y, al contrario, el interés lejos de empequeñecerse, se hará más noble y virtuoso porque encierra un gran fin; la fraternidad y la utilidad de todos para todos.

Luego se formarán diferentes comités, compuestos de la gente más honorable y capacitada, como sucede hoy mismo con el «Comité Potosí-Sucre», «Junta de Caminos de Tarija», etc., que serán los que manejen las empresas del Estado en sus diferentes manifestaciones. Estos comités se multiplicarán innumerablemente; y la experiencia hasta ahora nos ha enseñado su utilidad y su honradez, a la inversa del manejo individualista, que toda vez ha presentado a la vergüenza pública, un empleado superior a la Administración, acusado de malversación de fondos.

La mentalidad de la América del Sud, es totalmente distinta de la de Europa, indudablemente. En Bolivia, por no citar otros países, hay en el fondo de todo ciudadano, un sentimiento de idealismo y de pureza, que no ha sido desarrollado suficientemente o comprendido por los gobiernos; porque los hombres que han querido seguir una vida recta y sin mácula, han tropezado con la miseria, o cuando no, con la seducción pobre de la política criolla que siempre los ha perdido.

Pero junto con el comunismo, tienen que desaparecer tres plagas, que son de origen hispa-

no, no nuestras: el alcohol, la pereza y la ignorancia. Mientras éstas existan, ninguna conquista económica y transformación social será durable.

En verdad el Estado científicamente comunista, es el único que puede despertar las energías populares y explotar las riquezas vírgenes. Si dejamos a la iniciativa privada la explotación de nuestros bosques, la utilización de nuestras materias primas, de nuestros petróleos, de nuestros minerales, tendremos que aguardar al año dos mil quinientos; porque hay que confesar que el boliviano individualista, es tímido, fatalista y no le gusta tomar por su cuenta las grandes empresas. Sólo una entidad enérgica y espiritual, puede transformar y explotar el suelo milagrosamente rico del país.

No cabe la duda ante estas realidades. Es preciso ser sincero y aceptar lo que es justo. La mayoría del país está poblado de gente trabajadora que, hace años, desea un sistema de verdad, que le dé la felicidad y la paz.

Todo el mundo está ya fatigado de tanta convulsión y miseria.

Pero aun queda una última réplica que hacer a los que se opongan á la lógica y a la razón.

Hay una idea antigua que ha llegado a ser barata por lo usada. Se dice con frecuencia en la prensa y en la conversación particular, que Bolivia es rica y que sólo necesita capitales extranjeros y brazos para explotar sus riquezas.

Es necesario decir toda la verdad al pueblo. El capital extranjero no dará la felicidad a Bolivia.

Todo capital, sea nacional o extranjero, explota el suelo y los productos naturales de un país en beneficio de un grupo de privilegiados. El obrero que trabaja por cuenta del capitalista, apenas gana un salario que le alcanza para vivir.

El Estado que sostiene al capitalista y le ampara, por su parte, como la ley está hecha por el capital, se contenta con un mísero beneficio; de donde resulta que ni el obrero es feliz, ni la colectividad a la que pertenecen las riquezas, ni el Estado. (Bastará recordar y recalcar, que Bolivia no ha aprovechado absolutamente nada de la explotación del caucho y de las quinas; lo mismo pasará con sus ricos minerales). Entre el capital extranjero y el nacional, es indudable que es preferible éste último; pero el capital nacional actual, es escaso y prefiere criar musgo en los depósitos bancarios.

El capital extranjero de Europa, no emigra fácilmente a Sud-América, sino cuando tiene la seguridad del cuarenta por ciento de ganancia y del éxito. Si es que los gobiernos de la América del Sud, no transigen con una cantidad de pretensiones, y se someten al esclavaje y al control, tampoco van los capitales, prefiriendo perderse en bonos de la «Defensa Nacional». Y cuando emigra capital norteamericano, pasan aún cosas peores. Primero, se apodera de la riqueza del suelo, y su avidez llega hasta imponer su absoluta voluntad, sin respeto a la soberanía del país. Y, si acaso no es oído en sus pretensiones, o alguna ley lastima en mínima parte sus ganancias, fomenta la convulsión por su cuenta, como pasa en México.

En poco tiempo, él capital extranjero, estrangula al país que cae en sus manos, lo explota como piel de asno viejo y lo desprecia después. El es el que elige diputados y presidentes y el que ultraja al pobre obrero, que generalmente, porque es nacional, es desprotegido.

No es el capital extranjero el que salvará a la República; son sus riquezas mismas, cuando

sean cotizadas por el Estado Comunista, en el comercio exterior. Nosotros enviaremos minerales de toda clase a Europa y a EE. UU. en cambio de máquinas, de rieles, de locomotoras. Si el régimen comunista hubiera sido nuestro, desde hace más de veinte años, todas esas ventajas de dinero, que se notan a favor de Bolivia, en sus exportaciones, como 124 millones en 1917, y 90 en 1920, sin citar las otras, habrían sido propiedad del Estado: cantidades respetables, con las cuales podríamos poseer algunos hornos de alta fundición, más ferrocarriles y muchas fábricas. Pero, sencillamente, toda esa fortuna y la de los años anteriores, hecha con el sudor y el sacrificio de los mineros bolivianos, lejos de enriquecer al país y pagarle en buena ley, han ido al extranjero sin ningún beneficio.

Es preciso, pues, no hacer por más tiempo el papel del bobo y del pródigo.

Por último, nuestra deuda exterior es pequeña y en un solo año de buena administración la pagaríamos con ventaja. No debemos sino treinta y ocho millones de bolivianos, que, con el régimen económico actual, nos parece una deuda enorme, porque las rentas nacionales del Gobierno, apenas alcanzan a cuarenta millones, y sólo el ejército gasta cerca de doce.

En cuanto a las empresas mineras que actualmente explotan el suelo boliviano, les haremos concesiones; pero les quitaremos el derecho de propiedad, porque nuestra voluntad es soberana. Y, al fin, si no se conforman, el Estado estará dispuesto a pagar un precio racional, para que le dejen a él solo, el único control de la producción. O el sesenta por ciento de las ganancias, o la venta de las minas; ésa será la liquidación aceptable.

Con las rentas que den nuestras minas, nuestros petróleos, tendremos para sostener los múltiples engranajes de la administración, y hacer del país una potencia comercial, hasta hoy desconocida. No nos forjamos ilusiones cuando decimos que en un período de diez años, Bolivia poseerá fábricas de toda clase, y su territorio estará atravesado, en todos sentidos, por vías de comunicación.

Entonces, toda la riqueza nacional no pertenecerá a un grupo de privilegiados a quienes no les interesa el país, sino a la colectividad íntegra. Nuestro país habrá salido de la edad media, de la bobería, y entrará resueltamente a formar parte del mundo, porque tiene derecho y ha sido audaz.

Analizando el temperamento boliviano, encontramos que estamos más cerca del comunismo que los otros países de la América Latina. Nuestra población es esencialmente trabajadora y en nuestras ciudades aun la «civilización europea» no ha derramado intensamente su sed de lujuria y de oro. Aun no existe el lujo inquietante y matador. Nuestras gentes son sencillas y aman la tierra.

La división artificial que se puede notar, hoy día, no quiere decir que mañana se refundirá en una sola clase y en un solo ideal. Sólo los curas y los abogados, serán los únicos que resistirán al comunismo, porque decapita de raíz la pereza y la intriga.

El comunismo es odiado por los parásitos y por los cobardes, por los que han hecho de la tierra pródiga un paraíso estrecho, lleno de encanto sólo para unos cuantos, cuando la tierra no escoge personas, no hace exclusiones, no escatima sus productos. Como una madre tierna,

invita a todos los hombres a que beban su agua y coman su pan. Los pájaros son felices, los animales inferiores, para subsistir, sólo luchan con la naturaleza, en tanto que el hombre busca al hombre para matarle y para odiarle; porque no comprende el sentido de harmonía, la belleza del trabajo y el ritmo de la fraternidad.

La humanidad no ofrece en sus experiencias cosas nuevas, sin duda. El comunismo es tan viejo como el mundo; sólo que cada civilización presenta otros puntos de vista y diferentes progresos, a los que es preciso acomodarse. Lo que hay que hacer es comprender su tiempo y felicitarse de vivir en una época que nace dolorosa y terrible, pero que es más grande que la era cristiana, porque se basa en la realidad misma.

IV

Nuestra política interior y exterior

Nuestra política debe ser clara y concreta, sin ilusiones asiáticas, y sólo en la confianza de volvernos fuertes, ricos y altivos. En lo interior, debemos tolerar todo, porque es preciso sufrir y dar parte de su libertad individual, ante una gran idea: la felicidad futura. Por otra parte, la libertad individual, en este momento es un egoísmo, sólo en provecho del poderoso o del influyente, que debe desaparecer. Barbusse, el genial escritor dice: «Es preciso llegar por la comodidad de todos a la libertad, y no buscar la libertad de unos elegidos».

Un gobierno sostenido por tres millones de bolivianos que piensan como un solo hombre y que saben cuál es su pensamiento y su fin, tiene que convertirse en una fuerza enorme, sabia y reparadora. A este objeto es preciso que todas las fuerzas vivas de la nación, la clase trabajadora que es el número, y los intelectuales honrados, le presten su apoyo y su más decidida colaboración; que unan sus esfuerzos en uno solo y que la iniciativa sea en provecho de la República y no en beneficio vulgar de una empresa o de un rico, como sucede hoy. Todas

las desgracias de Bolivia han consistido, desde hace más de cien años, en estar desunida y dividida en pequeños bandos personalistas e imbéciles, que la han llevado derrota tras derrota económica. En tener la pretensión tonta de imitar la «civilización europea» tan distinta y del otro lado del mundo, que no se acomoda ni a la raza autóctona, ni a su progreso. Hay que confesar con valor que el sistema europeo republicano sólo se ha hecho en Bolivia, para el veinte por ciento de la población descendiente de españoles, en tanto que el resto, compuesto de pobres indígenas y mestizos, viven desconcertados y en un estado de servidumbre, mezclándose de tiempo en tiempo a las ridículas querellas políticas.

Los japoneses, que han formado una entidad potente y espiritual, no han cometido el desacierto de transformar de un solo soplo, todo el pasado de su raza, tomando la religión católica del occidente, el vestido y los hábitos viciosos. En el Japón ha existido siempre el buen sentido «de ser lo que es», un pueblo simple y sobrio, sin más aspiración que la del trabajo y la felicidad, aprovechándose de una que otra costumbre europea, que puede serle ventajosa y útil.

En Bolivia, hemos tenido la pretensión absurda de querer convertir en ciudadanos europeos y con hábitos de ciudad, a todo un pueblo labrador y minero que vive de la tierra.

Es prudente dejar este vano empeño y volver a dar al indio su fe y su fortaleza pristinas, destruídas antaño por los conquistadores, y detenidas aún, por los hijos de los españoles.

Ningún elemento más honrado, más valioso, tiene Bolivia, que sus trabajadores indios. Ellos

son los que, con su esfuerzo paciente y sencillo, mantienen la existencia de la nación; los que trabajan las minas, y los que siembran los campos.

Que muera ya esa creencia errónea, tonta, de que el indio es un esclavo y una buena bestia. Es de todo punto indispensable buscar a estos ciudadanos tranquilos y nobles, que «nada piden y dan todo», en sus campos, y enseñarles a leer y a pensar.

Pero nada más. No apoderarse de sus conciencias, como hicieron los jesuítas, en Monjo y Chiquitos, donde fundaron una gran colonia floreciente e industrial que llegó a contar hasta doscientas mil almas. No. El sistema jesuíta está proscrito del mundo, y debe morir. Los nuevos trabajadores tienen que tener espíritu y cerebro, y, sobre todo, una idea de que la libertad consiste en el trabajo fraternal en beneficio y salud de toda la comunidad; y luego, en lugar de mezclarse en estúpidas querellas políticas, imitarlos en su trabajo y en su fortaleza.

Un solo ideal debe hacerse ley: la República Obrera de todos los bolivianos. Que el que no trabaje sea excluído de la comunidad y execrado, como en tiempos de nuestros abuelos los Incas.

Hasta ese momento, el porvenir quiere que tengamos resignación y confianza en nuestra fuerza interior. Pero no la resignación del zopenco, ni la confianza del bruto; sino una resignación paciente y laboriosa, una fe tranquila, una conciencia segura del éxito, guardando toda la intrepidez para esparcirla a su debido tiempo.

Es prudente ya, que un grupo de hombres fuertes y enérgicos y de mano férrea organicen la nueva reforma, destruyendo sin dolor ni senti-

mentalidad, lo mucho malo y criminal que existe en el país. Que se supriman los malos diarios, escritos en mal castellano, que no sólo avergüenzan a anónimos periodistas sin importancia, sino a la República toda: porque nuestros enemigos juzgan que en Bolivia, existe mal sentido y tontería crónicos.

Hay que comprender en su verdadera filosofía la libertad, y no tomarla de los pelos y ultrajarla como se hace actualmente allí, donde se ha convertido en una frase demagógica y cínica. La libertad no consiste en usar de un derecho acordado por la ley con tanta audacia y declamación imbécil, empleándola en beneficio de un caudillo o de un fin egoísta. La libertad no consiste en dejar el vicio suelto y sin frenos, en tolerar el error y soportar el bombardeo diario de injurias, vergüenzas y estupideces, de que están repletas las prensas locales. Es con ideas claras, netas y justas, como se pregona la libertad; y no, con artículos declamatorios e infantilmente escritos. La prensa, tal como está ahora en Bolivia, imposibilita un gran fin. Lo lógico sería reemplazarla por un solo órgano de opinión pública, austero y valiente, grande en sus propósitos, que sea redactado por hombres que tengan especial responsabilidad y a quienes esté confiado el honor de todo un momento histórico. Que las páginas del nuevo órgano sólo publiquen lo bueno y lo bello, lo que se puede publicar sin sentir rubor. Que haya sobre todo estricta censura para las composiciones innumerables de tanto poeta enfermo y pálido, que habita no sólo Bolivia, sino en todo Sud-América, haciendo de las suyas y del buen gusto...

Que se borren—pero hasta lo infinito y eterno —los prejuicios de castas y las tonterías erró-

neas, de que el indio es inferior y el «cholo» innoble, apoderándose el «decente» de todas las buenas cualidades, así como de la fortuna. El indio no es inferior, bajo ningún concepto. Su trabajo y su honradez le elevan a muchos grados de respetabilidad. El que verdaderamente es inferior es el joven de Club, parásito y ocioso, que vive ultrajando el trabajo de los infelices.

Si es que el indio y el «cholo» viven en estado de ignorancia, es debido a la complicidad de la sociedad afortunada y a su egoísmo. Ambos a dos, ilustrados y conscientes, tienen que formar un elemento extraordinario de trabajo y de fuerza.

La justicia nuestra, mezcla de español y francés, tomada de todos los códigos, tiene que reformarse también, reemplazándosela por sencillos tribunales de hombres honrados que resuelvan los asuntos con su conciencia, no con la ley. Todos los palacios de justicia del mundo, están corrompidos, porque no puede haber buen juez, allí donde existe el interés en una u otra forma. Los procesos largos y de trama complicada no existirán más, porque ellos retardan la justicia, y, la mayoría de las veces, son acumulación de oratoria, de astucia o de pruebas falsas. La nueva justicia será simple y honrada, severa y absoluta; porque hay que esperar que los hombres, libres de la gran presión que ejerce el interés, darán a sus fallos la claridad misma que les dictan sus conciencias.

No más abogados, ni parásitos, ni enredadores profesionales y vacíos cerebros, cargados sólo de prejuicios y de leyes, que aprovechan en su beneficio, y no en el de la justicia. Cada ciudadano podrá defenderse, libre y simplemente, cuan-

do sea llamado ante el tribunal; porque tiene la obligación de establecer su honestidad.

Que se concluya, de una sola vez, con el error de la convulsión periódica e inútil, dando a todos los obreros una manera de vivir,—puesto que de ellos es la República, y todo pertenece a ellos,—aniquilando, sin temor de equivocarse, a todos esos elementos doctoriles y parásitos, cobardes y con un pozo de ignorancia encima, destruyéndolos hasta el último, sin piedad ni compasión, con el apoyo moral de haber hecho una gran obra, una inmejorable extirpación humana.

Nuestra instrucción debe también reformarse por completo. Estamos aún en la edad de piedra, en lo que se refiere a instrucción, sosteniendo que se debe educar al niño enseñándole tonterías declamatorias o carreras profesionales, para que después, sólo viva en la ciudad, de la ignorancia de los otros o de la política. No deben existir más abogados, ni curas ni bolsistas. Hay que educar al niño inculcándole, desde su primera edad, tres cosas: a pensar seriamente en la vida, a amar la tierra, y luego, a trabajar. Ningún sistema es más adecuado, más racional y más lógico para nuestra raza, que crear «la escuela taller»; pues todo el que regresare de dicha escuela, será un elemento útil, porque es un nuevo obrero, que sabe pensar, amar y trabajar.

Por todo sitio, en la ciudad, en el campo, en la montaña y en el valle, deben crearse «escuelas talleres», que despierten el entusiasmo y la certeza; que sólo de esa manera nuestro país volveráse fuerte y sagrado.

Los maestros tienen que ser los propagadores de esta nueva llama. Sólo a ellos está reservada la misión de hacer de un país ofendido, una

tierra de justicia y de verdad. Pero que los nuevos maestros no cometan el grave error de envanecerse y ser los árbitros de los destinos. ¡No! Los nuevos maestros tienen que ser, ante todo, sencillos y sobrios, prudentes hasta la humildad y orgullosos hasta la más grande nobleza. ¡Que sea excluído y execrado aquel maestro pedante que se haga ilusiones de grandeza y de figuración! ¡Que sea bendecido el maestro que, llegado a viejo, ya con los hilos de plata en la cabeza, tenga aún fresco el corazón! ¡Que sea admirado aquél que, joven aún, sacrificó las vanidades de la vida, y se hizo maestro, con la conciencia de un deber, habiendo vivido hasta sus últimos días en medio de la más pura y sabia simplicidad!

Es necesario que se apodere de la juventud un misticismo de reforma y una sed de justicia. Vale mil veces más sacrificarse por un gran ideal, que por la diminuta satisfacción de complacer a un caudillo o al pequeño egoísmo personal.

Debemos también, por todos los medios, procurar que nuestro país sea cruzado de caminos de hierro; que nuestras poblaciones lejanas, se unan y se quieran, sin recelos de tontos e imbéciles campanarios, que han inventado los curas y los doctores, en la ignorancia de los ciudadanos, haciendo creer que tal pueblo es superior a tal otro. Esto tiene que desaparecer de inmediato; porque las poblaciones bolivianas persiguen un noble ideal, más sagrado que las pequeñas rencillas domésticas.

Hay que atraer, a toda costa, y proporcionarles tierra y alimento, a todos los emigrantes que quieran participar de nuestra suerte y de nuestra vida. En Bolivia hay sitio para más de cien millones de hombres, con toda comodidad. La

raza india tiene que ser vigorizada con sangre extranjera; pero los nuevos ciudadanos deben aceptar las leyes bolivianas, sencillas y humanas, fundadas en el trabajo y en la felicidad; las costumbres de la nueva vida serena y austera, donde no haya ni explotados ni explotadores, ni castas ni prejuicios, ni patrón ni indio esclavo.

De todos modos, es oportuno decir que el Gobierno debe comenzar por formar granjas agrícolas y grandes talleres de trabajo, que sean las futuras ciudades bolivianas. Ningún sitio es más admirable para esto, que las regiones de Mojos y Chiquitos, Tarija, Chuquisaca, Cochabamba... Pero, además de estos lugares, se pueden establecer en todo sitio donde haya tierra fértil o alguna materia que explotar. Al lado de las minas, naturalmente se fundarán talleres de fundición, y escuelas, hospitales y servicios indispensables. Todos los bolivianos estarán obligados a hacer un trabajo obligatorio en las minas, así como se hace el servicio militar. Se dictarán reglamentos especiales, y se hará todo lo posible para que el trabajo sea metódico, científico, y no agotador y bárbaro, como es hoy día.

Las poblaciones agrícolas, en cambio, tendrán una organización especial y un sistema diferente. Allí se establecerán ventajosas y cómodas costumbres que estén más cerca de nosotros, y que acogeremos con gusto. La reforma debe ir hasta la familia, y variarla de raíz. Por ejemplo, todo ciudadano estará obligado a casarse a cierta edad, y los hijos de éste se educarán en la escuela, y no en el hogar. El hogar no es más que un residuo sentimental que retarda el progreso. Es más racional—y más moral también—que el ni-

ño, desde cierta edad, sea entregado a pedagogos que le enseñen el secreto de la vida y le desvanezcan tanta ilusión inútil, que envenenarle con los caprichos de la madre cariñosa y tonta y con el mal ejemplo frecuente del padre.

El gobierno puede estar seguro de dónde obtendrá fondos bastantes para fundar ciudades y talleres, y darles vida. En no muy lejano tiempo, tendrá que apoderarse de todas las minas por la fuerza de la lógica; y de todos los campos también, haciendo de unas y otros, propiedad nacional, no como en Rusia precisamente, sino variando en cuanto al sistema. La riqueza minera, según nuestra actual constitución, pertenece al Estado, y sólo él puede adjudicarla a quien la pida. Este error de procedimiento, volverá a su origen. El Estado no necesita ya en este tiempo alentar la iniciativa particular y egoísta; pues los últimos descubrimientos científicos hacen fácil y explotable la riqueza, y es él quien debe beneficiar de todos los tesoros ocultos no en lucro de una sola persona o de una empresa, sino en provecho directo de la colectividad.

Los campos los repartirá el nuevo gobierno en parcelas iguales y equitativas a todo ciudadano boliviano. No habrá uno solo que quede privado de este derecho, y se tendrá también la prudencia de reservar grandes porciones que estén destinadas a la población futura, a la emigración y a otras necesidades. Nadie podrá vender su terreno, sino sólo cultivarlo y explotarlo en su beneficio.

En fin: respecto a los importantes y menudos detalles, se dictarán sabias leyes que se harmonicen e intimen con la entidad del gobierno—que es responsable de la vida de la sociedad, como un padre tierno y cuidadoso,—y el resto

de la población, como se explicará más adelante.

No debe arrancarnos una sola lágrima ni un solo desentusiasmo, el enorme desdén y desprecio que, naturalmente, este deseo de reforma levantará en todo sitio: en el interior, los conservadores y los parásitos, unidos en un mismo grupo con los cobardes y con los que todo lo dejan al tiempo, y no se atreven nunca a pasar de una vereda a otra, por temor de ser aplastados por los autos; en el exterior, los vecinos alborotados e inquietos de nuestra variación de vida, que les parecerá escandalosa, sobre todo a los tartufos chilenos. A todos ellos les responderemos que no tienen ningún derecho sobre nosotros, y que sólo existe un deber: respetarnos. Si estamos en el error, discutirnos; si no, dejar paso a la verdad.

En nuestra política exterior, debemos inventar un nuevo sistema, más sencillo y más justo, echando al fuego todo ese protocolo de falsas sonrisas, de guantes blancos y asnos «en tenue de soirée», con tanta seriedad divertida, como vicio oculto.

En el punto de pedir a las otras naciones nuestros puertos arrebatados por la fuerza, nuestra opinión es unánime, al reclamar que se reparen todas las injusticias que se han cometido con Bolivia. Una larga experiencia de dolor, debe recordarnos que sólo es prudente contar con la fe y la fortaleza bolivianas, y no con la amistad de los «gobiernos vecinos», interesados y egoístas, que han pretendido matar en la infancia nuestra república, permitiendo el crimen de Chile, con una complicidad silenciosa, que deshonra a todos los gobiernos de Sud-América.

Por eso, nuestra amistad debe ser una sola: para con nosotros mismos. Muda e impenetrable

para esos gobiernos que invocan falsos sentimentalismos o conveniencias imaginarias, pretendiendo, por centésima vez, arrojarnos al error y al desastre. Hay que sospechar—si no se tiene aún la convicción—que todos los gobiernos y las empresas no buscan, hoy día, sino la más fácil ganancia, por medio de la astucia y del crimen. Nos buscan a nosotros precisamente, por nuestros tesoros inexplotados y las ricas minas, y también porque saben que el pobre indio boliviano es un trabajador infatigable, en beneficio de todos los explotadores.

Bolivia no puede permanecer sin puertos, más de veinte años más, aunque se oponga no sólo Chile, sino la América entera. Una nación como la nuestra, que ha aprendido en el dolor a ser fuerte, trabajadora e idealista, romperá el bloqueo injusto a que la tiene sometida el invasor, oponiendo su voluntad y su riqueza. Es éste un problema que lo veo tan claro como la luz. Pero no hay que olvidar que de nosotros mismos depende retardar el momento, o aproximarlo.

A la hora de la justicia, nadie osará detener la conciencia resuelta de todo un pueblo. Toda esa ambición imperialista chilena, será humillada y burlada por la fuerza de nuestra razón y de nuestro ideal. Entonces, haremos comprender ante el mundo que los pobres indios bolivianos somos más civilizados que toda la América: porque hemos vencido ejércitos con nuestro desprecio, y los hemos perdonado, sin recurrir a la cobardía de la guerra, apoyados sólo en nuestra convicción humanitaria y americanista.

Pero, si aun alguien a esa hora detiene los nobles gestos, el brazo estará armado sin piedad, para castigar con severa justicia; no, para conquistar.

V

Cómo se podría realizar la entente y el apoyo espiritual y material entre Bolivia y la Argentina. — El americanismo práctico.

Durante la guerra de la independencia el Alto-Perú (hoy Bolivia), ha jugado uno de los papeles más importantes, sin duda. Revolucionado el primero contra el poder español, ha tenido que sostener una lucha tenaz de quince años contra el enemigo, batiéndole todos los días, hostilizándolo en las montañas con sus guerrillas, sosteniendo donde decaía en América, el espíritu revolucionario. Ya en el siglo XVII, Tupaj Amaru, caudillo indio, había dado el primer grito de libertad, pagando su audacia con la muerte más terrible. En todo sitio, el alto-peruano fué indomable, y prefirió morir en el tormento, a rendir su conciencia.

Se explica esta resistencia por dos motivos: por la posición montañosa que ocupa Bolivia, y el espíritu fuerte del pueblo indígena y obrero, que posee especiales condiciones de tenacidad, paciencia y amor por el sacrificio de las buenas causas.

En la América, sin ninguna duda, Bolivia ocupa una situación espectable. Ella sola puede perturbar la paz de América, si es que la empujan menos militaristas y criminales; y ella sola puede hacer triunfar y defender una idea. Aun hoy, vencida y pobre, es una sombra que intranquiliza.

Todos los países vecinos la han agredido a mano armada, y con todos ellos ha luchado, sin retroceder ni vacilar. El Brasil sabe muy bien cuánto le cuestan sus anexiones territoriales, y Chile no ha podido conquistarle sino la costa, no atreviéndose a subir a la montaña, porque conoce que su ejército sería derrotado. El Perú la teme y le hace sonrisas, porque fué tres veces vencido; y aun la Argentina que en cierto momento, quiso intervenir en el comienzo de nuestra vida republicana, sufrió también varios descalabros. Bolivia es, pues, inconquistable, porque tiene la defensa natural de sus montañas altísimas y el valor resuelto de sus hijos. Nadie podrá someterla a la esclavitud, si no cuenta con elementos de tenacidad tal, que venzan a los nuestros, en una campaña larguísima, en la que el azar jugaría buena parte a nuestro favor, y, en fin de cuentas, en que el éxito final no sería durable, porque, en cualquier momento, podríamos volver a comenzar de nuevo.

Pero la época de las agresiones ya ha pasado, y sólo Chile puede intentar hacernos daño. Por eso debemos buscar la entente espiritual y el apoyo material con la Argentina, para estar más seguros.

Ningún país tiene historia internacional más blanca y llena de enseñanzas. La Argentina, que ha tenido en toda época más potencia militar y económica que Chile, nunca ha tentado apro-

piarse territorios ajenos, y los ha respetado con una escrupulosidad digna de todo aplauso. Por respeto al derecho y al deseo de sus habitantes dejó desprenderse una parte del Alto-Perú, del Virreinato de Buenos Aires, y no reclamó a Tarija, porque la propia voluntad de esta provincia decidió pertenecer a Bolivia. Después de vencer en una guerra injusta al Paraguay, no quiso anexionarse ni un pedazo de su terreno, proclamando una santa y justa doctrina «que la victoria no da derechos». Al Brasil le cedió después el vasto territorio de Misiones. A Chile, grandes porciones de tierra en la Patagonia; al Uruguay le permitió que se independizara.

Sin embargo, los tiempos brillantes de la Argentina se han nublado bastante. Al generoso y capacitado Sarmiento le ha sucedido un minúsculo presidente, Yrigoyen. Alberdi es odiado por hacendados multimillonarios, y aun no tiene estátua. El viejo estadista Rivadavia siente cierta vergüenza en su tumba, en tanto que el hijo de Mitre idiotiza el ambiente de Buenos Aires con su monumental y austera prensa como él la llama. No hay duda que los tiempos han cambiado y que los personajes son otros. En la Argentina oficial no respira uno a sus anchas, y los intereses creados se han enredado de mil maneras.

La Argentina cuyo papel era el de ser tutora espiritual de la América Latina por sus riquezas, por su población y su progreso, juega un papel mediocre y sin color, con una diplomacia rural y «compadrita»; y un egoísmo prematuro capitalista, le impide pensar con el cerebro, porque es ya demasiado voluminoso el estómago.

De todas maneras, el pueblo argentino, comienza a cristalizarse, y es el único que percibe en

la América las palpitaciones de Europa. En la Argentina se respira cierto ambiente que no es parecido al de la América española y católica. Los sistemas positivos y las prácticas sociales, poco a poco, adquieren un nuevo modelo que se aleja del caudillo, y se hace la contienda política, alrededor de la economía. Una muchedumbre distinta de los otros países americanos, —donde todavía se libran batallas sangrientas electorales—se educa con un sentimiento claro y neto de la vida.

El gran defecto de la Argentina fué cierto orgullo, muy lógico e infantil, de nación que comienza a darse cuenta de su fuerza. En Buenos Aires se pensó demasiado en Europa y se imitaron servilmente todos sus vicios. Se creyó que la «civilización» consistía en fundar «cabarets» con nombres franceses, y concurrir a las carreras; en imitar todo lo exótico de Europa, y despreciar, con cierta sonrisa, el resto de la América. Este pecado ha conducido a la Argentina a un gran error: al «compadrerismo» en sociedad, en política, y aun en el arte, que apenas hace su aparición. Por un momento, todos los espíritus americanos que quieren a la Argentina, sintieron cierta angustia por su porvenir. ¡El pedantismo y la ignorancia se habían vuelto gigantes! Gracias a la Guerra Europea, la Argentina ha regresado a la América; y es en nuestro continente, donde debe cumplir la misión que le está señalada en la historia.

En verdad, ninguna entente más ventajosa y más útil puede haber en la América, que la de las democracias boliviana y argentina. Ambas tienen los mismos problemas agrarios. La Argentina, al tiempo, tendrá que revolucionar su sistema económico también, y tornar al comunismo.

Sus campos inmensos lo predicen, y la lucha social en la Argentina es netamente llevada a ese camino. Podría apresurar su marcha, siempre que a la cabeza de su democracia se presentasen hombres científicos y realistas; no, vacíos declamadores.

El interés que tiene la democracia boliviana es la unión estrecha con la Argentina, la colaboración política, el apoyo material contra cualquier agresión y la libertad de aduanas. Bolivia tiene más diversidad de productos que la Argentina, pero la Argentina posee mucho trigo y ganados. Bolivia sola puede luchar por una idea y tener muchas probabilidades de triunfar; pero, colaborando con la Argentina, lucharía con más facilidad y ventaja contra el espíritu conservador y terriblemente agresivo del egoísta, y la potencia de la religión. Los habitantes de Bolivia son más sufridos que los de la Argentina y conocen la pobreza y la ofensa, para combatir con toda su fe; pero la Argentina tiene nueve millones de habitantes y una gran riqueza.

Bolivia y la Argentina pueden transformar la América y esparcir de un confín a otro el americanismo más puro; es decir, el verdadero; no, ése que sirve para discursos oficiales y poemas de periódicos burgueses. Este americanismo será con el ejemplo y la fraternidad, demostrando hasta dónde van los sentimientos pacíficos y el respeto a la vida de los otros pueblos. En el fondo, no harían las dos democracias, sino unirse como hace cien años, por la lucha de la felicidad y del bien común. Por un espacio de tiempo, pudieron estar separadas, dando así rienda suelta al momento histórico y a la crisis de libertad individualista. La convicción de una obra volverá a unirlas.

En efecto: la división de la América en tantas repúblicas, no ha dado un resultado práctico, ni en lo político, ni en lo comercial. Nuestras pequeñas repúblicas no tienen en el mundo, casi ningún valor. En Europa se tiene una pobre idea de nuestro continente. Se le describe en opereta, y sólo se aprovechan de él, con rapacidad, sus materias primas.

No poseemos la consideración, ni siquiera la piedad, a pesar de que en América creemos que todo el mundo está intranquilo por nuestra vida y nuestros actos; cuando, simplemente, el europeo no hace sino sonreír a la noticia de alguna revolución que ha derrocado a un general..., para colocar en el solio a cualquier otro.

La unión de la América es una serie de estados federales, con franquicias aduaneras y con una misma bandera, se hace necesaria.

La unión de la América en una serie de estade, porque el nacionalismo infantil de veinte doctores, ha formado pequeñas divisiones territoriales que ya comienzan el aprendizaje del odio y a usar del crimen. Una sola América, tierra de trabajo y de paz, debe unir las manos de todas las repúblicas.

Pero esta unión no la harán los abogados ni los curas ni los ignorantes...

¡Que la haga el pueblo americano pobre, que no reconoce sino una sola fraternidad: la del esfuerzo!

VI

El Imperio de los Incas (1)

Hace más de cuatro siglos, la América era testigo de la vida feliz de un pueblo. Cuenta la tradición que los fundadores de este pueblo vinieron del Asia o de un Continente desaparecido llamado la Atlántida y la leyenda dice que los hombres extraños se titulaban hijos del Sol. Sea lo que fuere, la verdad es que los fundadores del pueblo incaico, llegaron al Nuevo Mundo poseídos de misticismo y de trabajo.

Manco-Capac, enseña a los habitantes del país a cultivar la tierra, a amarla y a vivir de ella. Su mujer Mama-Ocllo, en cambio, enseña a las

(1) Está comprobado que antes de los «quechuas» existió otra civilización antigua, que ha dejado monumentos admirables, como los de «Tihuanacu» que corresponde a los «aimaras». En efecto: entre los quechuas y los aimaras existen puntos de diferencia, que es preciso no confundir. Por ejemplo, los primeros no eran guerreros, en tanto que los aimaras constituían una raza esencialmente guerrera y audaz. Por esta razón, los quechuas no pudieron conquistar a los aimaras, que eran sus vecinos y que hasta hoy día hablan su lengua y conservan su espíritu y sus tradiciones. Pero en los aimaras se advierte también organización comunista y una sociedad basada en estos principios.

Es interesante leer, a este respecto, el libro del reputado escritor boliviano, doctor Bautista Saavedra, titulado «El Ayllu», estudio sociológico de gran valor sobre el pueblo aimara.

mujeres a hilar, a servirse de todos los productos que la tierra nueva guarda en asombrosa cantidad en su seno.

Manco.Capac y Mama-Ocllo, son, pues, los fundadores de una larga dinastía que sobrevive hasta la llegada de los conquistadores europeos.

Algunos historiadores asignan bastante valor democrático a los fundadores del Imperio del Sol, y creen que, efectivamente, esta pareja haya sido un exponente revolucionario de la tierra asiática, donde en ese momento se libraban grandes batallas sociales. En efecto, Manco-Capac, una vez convertido en jefe de todos los habitantes, les impone una civilización basada dentro del molde comunista más avanzado. Desde este punto de vista, el Imperio Incaico es interesante para nosotros, por las prácticas que encierra.

El pueblo quechua

Manco-Capac, que se decía hijo del Sol, y enviado por éste para fundar un pueblo en el lugar en que su varilla de oro se hundiese hasta la mitad dentro de la tierra, tuvo el talento de encontrar un terreno fértil, para que se cumpliese el designio de su Dios, pues el valle del Cuzco es húmedo, y la tierra negra. Es aquí donde se detiene, para formar su pueblo elegido, que ha pasado a la historia con el nombre famoso de los Incas.

Los habitantes que encontró, se nombraban los «quechúas» o «quichúas»; y lejos de rebelarse contra Manco-Capac y Mama-Ocllo, los acogieron con muestras de regocijo, y tomaron como gobierno el nuevo sistema que los condujo a la felicidad y a la abundancia.

Organización del pueblo incaico

Desde luego, Manco-Capac, organiza el pueblo dividiéndolo en pequeños grupos y repartiéndole la tierra. Cada grupo forma una colectividad cuyos productos son explotados en común, con la única obligación de repartir la cosecha en tres partes: para el pueblo, para el culto y para el Inca.

Todo ciudadano recibe su parte de la cosecha y almacena buenas cantidades de trigo, maíz, patatas, etc. El culto demanda su parte, que es pagada religiosamente. Y el Inca la suya, cuyo tesoro, pleno de granos, sirve también como reserva al pueblo, durante los malos años.

El sistema administrativo es, pues, sencillo, y se basa en la moralidad y el deber de los ciudadanos.

Se establece el trabajo obligatorio, como una norma de vida; y aquél que no trabaja es expulsado de la comunidad y execrado. Los trabajadores son honrados por sus conciudadanos; y, por otra parte, las prendas personales dependen de la actividad particular, sin que haya explotados ni explotadores.

Los hombres, las mujeres y hasta los niños, tienen su tarea. Sólo los enfermos e impedidos están disculpados de la faena.

La moral incaica

Naturalmente que esta organización tuvo necesidad de una gran base moral que fué implantada por los Incas. Sólo así se explica que

el pueblo quechua resolviese el problema material y la felicidad de su sociedad.

En efecto, los Incas instituyeron, como primera condición, el respeto humano y la fraternidad. Todo era de todos; y sólo la tierra, la única madre y dueña de los destinos.

La más perfecta honestidad fué esparcida entre los quechuas, y se hicieron leyes las costumbres. «No mientas». «No robes». «No seas perezoso» fueron las sabias máximas que constituían su Código Moral.

Los viejos eran respetados, y se les pedía consejo; los jóvenes aprendían, desde niños, todas las prácticas sociales, conservándolas minuciosamente.

La autoridad no era coercitiva, sino en muy raros casos; y toda la sociedad obedecía a viejas costumbres, que todo ciudadano cumplía, sin esperar la violencia. En el fondo, la violencia era odiada, tanto de los encargados de ejecutarla como de los ciudadanos.

En cada grupo había un Cacique que ejercía la autoridad; y, para todos los casos, se consultaba siempre a los ancianos y a los que se distinguían por su sabiduría. Luego, Cacique y ciudadanos trabajaban la tierra, sin diferencias. Cada familia abastecía a sus necesidades; y, con frecuencia, si en una región no producía tal o cual producto, era corriente el «cambio» dentro de la mejor harmonía.

No existían clases pobres ni ricas, y todos los habitantes mantenían una unión económica, regida austeramente por el Inca. No se conocían el lujo ni el vicio, y todo el pueblo vivía en la sencillez y el afecto.

La familia quechua

El jefe de la familia era el hombre, y la sociedad estaba organizada por parejas.

El ciudadano quechua, cuando llegaba a cierta edad, es decir a los veinte años, luego de aprender a cultivar la tierra y a gobernarse a sí mismo, escogía su novia. La pedía a sus padres con ceremonia, y la llevaba a vivir consigo en un nuevo hogar aparte del de la familia.

Solicitaba del Cacique una porción de tierra virgen, que estaba en la obligación de cultivarla, como también de instalar su casa con los útiles de trabajo y prendas indispensables.

Durante un largo tiempo, la nueva pareja hacía vida conyugal, conociéndose mutuamente, observando sus caracteres, sus cualidades para el trabajo, su vida moral, etc.

Si, por alguna razón de carácter, de pereza, tanto del hombre como de la mujer, había un impedimento, la pareja se disolvía por consentimiento tácito. La novia volvía al hogar paterno. Desde ese instante, quedaba libre sin ningún compromiso, pudiendo unirse a otro.

Si un hijo nacía en este tiempo, se hacía cargo de él la madre, en la infancia, y el padre después. La cuestión económica no presentaba mucha importancia, porque cada familia poseía buenas porciones de tierra, y las hacían producir con abundancia.

La virginidad no tenía bastante valor entre los quechuas, y no importaba que la mujer no fuese virgen o que hubiese pertenecido a otro, si en el nuevo hogar era trabajadora e inteligente. El prejuicio de la virginidad y del matrimo-

nio católico, fué introducido después por la religión de los españoles.

Pero, una vez unidos y asociados para la vida común, la nueva pareja establecía su hogar dentro de la mejor sencillez y del verdadero amor. Se estimaban sin romanticismos, con un cariño basado en la realidad, en la mutua cooperación y el respeto.

Entre los quechuas era casi desconocido el adulterio, tan frecuente hoy en las sociedades modernas.

El quechua, por otra parte, no era sensual, y estaba satisfecho con una sola mujer. Su temperamento era místico, y su religión de una sencillez casta.

El carácter quechua y sus costumbres

El quechua era, por espíritu, pacífico, y no amaba sino la virtud y la justicia. Poseía excelente voluntad para todas las empresas, y demostraba en todas ellas inteligencia y prudencia.

Es admirable el carácter quechua, por su proverbial paciencia y su honradez.

Pero los Incas no sólo habían dado prácticas morales y económicas a su pueblo: su experiencia social fué hasta implantar un sistema de vida sobrio, basado en la alimentación vegetariana y el ejercicio físico. El quechua se alimentaba, en general, de productos vegetales, como maíz, trigo, frutas, etc. No conocía licores espirituosos, y su única bebida, en días de fiesta, era la «chicha», que no es otra cosa que el maíz fermentado ligeramente. Mas, después, esta bebida, fabricada inescrupulosamente en tiempo de

los españoles, ha llegado a ser una verdadera plaga.

El quechua era, pues, absolutamente vegetariano, y rara vez se alimentaba de carne. Usaba vestido de lana, sencillo y cómodo, que variaba según los climas, y todos llevaban sandalias, en cualquier estación.

Su vivienda era de campaña y simple. Se componía de varias habitaciones y con lugares apropiados para los rebaños. Cada ciudadano vivía independiente, y, después de la faena diaria, era costumbre reunirse en pequeños grupos de amigos.

Esta manera de vivir, sobria y sin ninguna complicidad, hizo del pueblo quechua, un pueblo sano, moral y trabajador. No tenía ninguna ambición, y se contentaba con besar la tierra y bendecirla por su magnificencia, y adorar el Sol, que para él constituía una religión especial.

La civilización incaica

El pueblo quechua no sólo se desarrolló en su organización comunista y en la fraternidad, sino que también formó un arte salido de sus tradiciones, de su manera de ser y, en particular, de la naturaleza.

Con gran pompa se inauguraban los templos al Sol, suceso en que tomaba parte todo el pueblo agricultor, y se organizaban fiestas especiales. El arte entre los quechuas era esencialmente coreográfico y de sabor egipciaco en la ceremonia.

Existían los filósofos del Imperio, llamados «harabecus», cuya misión era la de predecir los acontecimientos, aconsejar en los negocios y guiar al Inca en sus decisiones. Generalmente los «ha-

rabecus» son los más ancianos y los que se han distinguido por su talento y su experiencia.

Junto a ellos están los astrónomos, que tienen importancia especial en el pueblo quechua, pues ellos, con medios insuficientes de ciencia en esa época, sabían el movimiento de los astros, anunciaban las lluvias, las sequías y los grandes movimientos solares. Muchos siglos después, la Europa civilizada hacía quemar a todos los heréticos que se atrevían a decir semejantes verdades; y el pobre Galileo protestaba que nunca había asegurado que la tierra se mueve alrededor del Sol, a los pies del Padre Lanzio y de Monseñor de Vitrici.

El quechua no sólo conocía la astronomía —que, posiblemente, fué trasmitida a los fundadores del Imperio por los egipcios—sino también la topografía, con perfección. Sabía calcular sabiamente las distancias y mesurar los terrenos.

Tenían bastante importancia también los médicos o «jampiris», que, con talento original, curaban la mayor parte de las enfermedades, por medio de procedimientos vegetales. Ellos sabían el valor curativo de tal yerba, la acción contraria de tal otra, los efectos químicos que producían la mayor parte de los vegetales.

Esta costumbre ha llegado hasta nosotros un poco variada, es cierto; pero es sorprendente en algunos casos de enfermedades que son rechazadas por todos los medios científicos conocidos hasta hoy, verlas curadas por la acción de una yerba cualquiera, que es aconsejada por un médico indio. Mas después, la inescrupulosidad ha formado sinnúmero de charlatanes que, aprovechando el prestigio que tenían los médicos indios, no vacilan en reemplazarlos, es claro, sin el talento y la práctica de aquéllos. Antiguamen-

te, el secreto de los remedios vegetales se trasmitía de padres a hijos solamente, para mantener el prestigio de la medicina. Sin embargo hay algunos indígenas que poseyendo el secreto de algunas drogas, las emplean para ciertas venganzas contra sus semejantes. He aquí el verdadero origen y sentido de lo que se llama comúnmente «brujería»: cuestión que, como todas las otras, se ha prestado maravillosamente a la fantasía.

Otros ciudadanos interesantes entre los quechuas eran los «amautas», o sean los poetas, cantores populares que expresaban en frases sentidas el sentimiento del pueblo. Era este personaje el elemento necesario en toda fiesta oficial o privada. Cuenta la tradición de los quechuas, que, en un tiempo, apareció un famoso poeta, que el pueblo nombraba «Guallpa-rimachi», que en quechua significa que emocionaba con sus estrofas, aun a los animales inferiores. Es curioso comprender el alma emocionante y apasionada del quechua en sus vibraciones exteriores. Ama y se consagra a la tierra, a la que tiene un devoto respeto; a sus semejantes les presta atenciones fraternales, y su afección va hasta compadecer a los animales y estimarlos sinceramente. La muerte de un asno o de un buey de labranza, le entristece, y, algunas veces, desafía él mismo la vida, por salvar a uno de estos animales cuando atraviesa un río y la corriente tormentosa se apodera de alguno de ellos.

El quechua, además, habla un lenguaje expresivo y dulce, pleno de sustantivos y adjetivos, que se presta admirablemente para la poesía y la declamación. Francamente, los versos quechuas tocan el alma y la hacen vibrar. Su pre-

cisión extraordinaria para nombrar las cosas, su acento melancólico, la poesía de sus palabras, todo demuestra una confección artística y sentimental, que es una enorme lástima que varíe en la traducción a otro idioma. El idioma quechua, tal como se expresa y quiere decir, es intraducible.

Los quechuas sabían también el arte de la escritura, y un sistema original reemplazaba a los papyrus antiguos. Este sistema se denominaba «los quipus», que consisten en la explicación de colores. Cada color tenía una significación especial, y en la madeja de hilo se hacían tantos nudos como palabras se querían explicar. Naturalmente que el aprendizaje de este sistema, exigía singular erudición y método.

Los conquistadores españoles encontraron en los archivos del Inca, infinidad de pequeñas madejas de colores, que, explicadas después, resultaron ser las ordenanzas reales.

En el dibujo, la simetría y las artes plásticas, los quechuas llegan a un grado de arte que se aproxima bastante al de los egipcios. En los templos, se han encontrado vasos de arcilla y de oro con inscripciones raras y jeroglíficos que remontan la imaginación al tiempo de las civilizaciones antiguas.

Todos los años, en la época de las cosechas, se reunían poetas, filósofos, astrónomos y magos de la ciencia, para festejar el buen año y bendecir la tierra. El culto al Sol y a la Luna —a quien se consideraba como esposa del Sol— merecía rituales esmerados y oficiales, en los cuales se hacía gala de pompa y solemnidad.

Para adorar el Sol, el Inca había instituído templos especiales adornados con las mejores riquezas del Imperio, como piedras preciosas, plu-

mas de magníficas aves y pieles riquísimas. Las paredes de los templos estaban recubiertas de planchas de oro y de adornos magníficos del mismo metal.

En todo sitio donde habitaba el quechua, se erigía un templo al Sol, generalmente al aire libre, donde se reunían los habitantes en el momento que los rayos del astro hacían su aparición sobre la tierra. En las cimas de Durán y Paranabó, existe aún una soberbia plataforma artificial a la que se asciende por escalinatas; y cuenta la tradición del lugar, que los habitantes se daban cita todas las mañanas para adorar el Sol, cantando himnos sagrados. La simetría de la construcción, unida a su simplicidad casi griega, hacen que este lugar sea digno de ser visitado.

A la orilla del lago sagrado, solía también haber fiestas en honor de la Luna, sobre todo cuando estaba en su plenilunio. Danzas singulares y rítmicas se organizaban por las «Coyas» o sacerdotisas, llenas de unción mística, en medio de la devoción de un pueblo que sólo adoraba lo bello y lo útil con sinceridad.

El trato al extranjero

Casi todos los pueblos antiguos que llegaron a cierto grado de civilización, se distinguen por su hospitalidad hacia el extranjero. Las historias de los pueblos hebreo, árabe, griego, nos lo cuentan elocuentemente. Pero ningún pueblo antiguo instituyó y reglamentó tan sabiamente el hospedaje que merecía el extranjero, como el quechua.

Entre los quechuas, el extranjero, era considerado con respeto y se le prestaba toda clase

de facilidades. El Inca había instituído hoteles destinados a extranjeros, que se llamaban «tampus». En estos sitios, el recién llegado encontraba la fraternidad y el alimento prodigados gratuitamente. Se le llenaba de finas cortesías y se le respetaba. Si es que el extranjero deseaba establecerse en el país, se le señalaba una porción de tierra, igual a la que tenían los quechuas: y, desde ese día, sin más formalidad que respetar las costumbres del país, era considerado como uno de los súbditos del Imperio.

Los Incas sabios y estadistas, habían organizado de tal manera la tierra, que todos los habitantes estaban repartidos profusamente en la campaña, sin aglomerarse demasiado en ningún sitio. De esta manera, los nacidos y las sucesiones tenían lugar con perfecta harmonía.

Por otra parte, el hogar del quechua estaba abierto siempre al extranjero, y, si alguna vez solicitaba albergue, se le atendía fraternalmente, sin ningún interés.

Las conquistas incaicas

Los Incas extendieron su civilización hasta abarcar todo el corazón de la América. Por el N. llegaron más allá del Ecuador, y por el S. avanzaron por las tierras que hoy forman la Argentina y parte de Chile.

Mas, las conquistas de los Incas no eran guerreras ni violentas. Se acercaban a las tribus vecinas que vivían en el salvajismo, y las convertían dulcemente a su civilización, les enseñaban el cultivo de la tierra, de la industria y a hablar su lengua, dejándolas luego en libertad. En efecto: entre los quechuas no existía el go-

bierno aparatoso y lleno de exigencias, como es hoy el de todos los países; él, se reducía a su más simple expresión. Naturalmente, las tribus sometidas a los quechuas no encontraban ninguna tiranía de parte de los conquistadores, pues eran los mismos conquistados los que se organizaban en grupos, sin más ley que el trabajo y la harmonía. Las tribus favorecidas por los dones de la civilización incaica, pronto abandonaban sus antiguos usos y se uniformaban al Imperio.

El Inca por medio de sus conquistas, perseguía un fin noble y civilizador, y estaba lejos de alimentar ideas de ambición y de predominio. Una estricta justicia y austeridad dominábalo todo, desde las costumbres privadas hasta las públicas.

Esta condición de que los Incas no eran guerreros facilitóles indudablemente a los españoles, la conquista del Imperio Incaico. Sólo así se explica, que una centena de conquistadores armados de espadas y en buenos corceles, derrotasen a más de cinco mil quechuas. Por otra parte, el quechua tenía el horror de la guerra y de derramar la sangre de los hombres.

La conquista de la América

Los españoles que conquistaron a los quechuas, como es sabido, destruyeron toda la civilización quechua a fuerza de sable y de terror.

La mansedumbre y dulzura de los quechuas la encontraron magnífica para implantar el esclavaje y la codicia. Su religión simple y casta, la reemplazaron por otra fanática y cruel. El arte de los quechuas fué profanado por el

caballo del conquistador, y a la codicia y sensualidad más grosera, cedió la famosa civilización incaica. Fueron saqueados los tesoros y los templos, y, por primera vez, en América se derramó la sangre humana, por el interés del oro.

El vino, la espada y la lujuria se apoderaron de las nuevas tierras, mientras los astrólogos, los «amautas» y los «harabecus», eran arrastrados en la cola de los caballos españoles, o condenados a la hoguera, por heréticos.

Los nuevos conquistadores representaban a la «civilización europea»; pero un escritor español, González Blanco, dice con toda dignidad, que no sabían leer, y que eran tan incultos como vanidosos. (Palabras dichas en una conferencia en el «Ateneo España y América»).

Los despojos del Imperio Incaico

Después de tantos siglos, aun quedan en pie algunos restos de los quechuas, esparcidos dolorosamente en el territorio de las Repúblicas Peruana y Boliviana, condenados a la servidumbre y a la miseria, despreciados por las razas que se dicen superiores, trabajando la tierra duramente, en beneficio del patrón. Alguna vez, una silenciosa lágrima se escurre por sus rostros curtidos, y el aire de una «quena» les recuerda tiernamente el Imperio del Sol. Todos van con el gesto contrito y doloroso, inclinados hacia la tierra, y casi nunca ríen. En sus ojos hay un rictus amargo de melancolía, y su alma tiene una natural desconfianza. Algunas costumbres antiguas consérvanse religiosamente; otras, han sido arrasadas por el tiempo, y la mayor parte se han evaporado de su natural sencillo e in-

genuo. Su antigua fe no existe, y el antiguo quechua, organizador y lleno de fe, es ahora tímido e hipócrita.

El conquistador hizo mucho mal en América, y mucho más mal su religión.

Los nuevos ciudadanos, mezcla de español y de indio, han dado paso a una raza nueva que se denomina «criolla», que es sensualistamente republicana.

El indio quechua que aun permanece en sus campos en estado de servidumbre, ha perdido la fe en sus amigos «criollos», y no tiene valor para protestar. La instrucción no ha descendido hasta él; pero sí el alcohol republicano, que le agota rápidamente.

¡Quizá nuevos hombres piadosos y grandes, tengan el coraje de levantar su espíritu ultrajado, al nivel de los hombres libres...!

París, MCMXXII.



EPILOGO

Hither Green, 28 de diciembre, 1922

Querido amigo:

¿Cómo, a su edad, hijo de ese Continente Americano tan sediento de honores, tan ansioso de consagración europea..., sale usted con un libro como el suyo?

Cuando, con entonar el estribillo sobre el Derecho, la Justicia, la Civilización y la Independencia de los Theco-Eslovacos,—o cantar el «Deutschland Uber Alles», o proclamar la «buena fe» del Dr. Wirth,—podía usted, de buenas a primeras, haber adquirido una nombradía forjada, es cierto, por los «macaneadores»—válgame el americanismo—de la casa «France-Amérique», o de la «Deutschland-Amerika». ¿No ha visto cómo se edifican las más brillantes reputaciones literarias de nuestros días?

Piense... ¡qué apoteosis! Condecorado, agasajado, hubiese comido usted trufas, entre una señora escotada y un ministro sudoroso; y, ¡qué de «Mi querido maestro»!, sin contar conque sus descripciones «entre la pera y el queso», sobre la pampa, los aimaras, don Franz Tamayo y el inmenso y misterioso Titi-Caca, le hubieran dado una fama

de narrador delicioso (lo que siempre es halagador).

Cuando tanto escritor ha caído en la indignidad; cuando se ve a los famosos besuquear las zapatillas de los más notorios canallas de la Política, y a los noveles hacer antesala para ir a postrarse, llenos de humildad infame, ante los vividores del Nacionalismo, su caso de usted parece excepcional; y no deja uno de temblar, pensando en su porvenir.. y en la desesperación de sus allegados, al darse cuenta de que se ha vedado usted el camino que conduce a la Presidencia de la República de su País.

Sus invectivas son muy sabrosas, y será usted un gran vituperador. Pero, el fondo..., su doctrina... ¡Vaya con cuidado, no deshonre su talento, profesando un dogmatismo de redentor...!

Porque, entre una señorita que arroja un ramo de flores al paso de un anda de procesión, y un anarquista que lanza una bomba a la cabeza del joven y distinguido «sportsman» Pomponio Trece, no hay tanta diferencia como parece: ambos creen en el significado de un gesto ante la Eternidad... Y, precisamente, nos morimos de eso: de ese lirismo que necesita comulgar con el Misterio y con el Infinito, y que, progresivamente, ha ido embruteciendo al hombre, hasta crear ese estado de Imbecilidad general, que es una de las formas más tangibles de nuestra vieja Civilización...

El Renacimiento, la evolución hacia el Bien..., a que usted apela en el fondo de su corazón sentimental, no se conocerá hasta que los mongoles bailen alrededor de los escombros humeantes de la última Cámara de Diputados, y hasta que los árabes, canacos, cipayos y portugueses se ha-

yan comido al último europeo que lleve sombrero de copa.

Entonces, dentro de diez siglos, quizá las especies sean más perfectas.

Mientras tanto, ¡tiéndase bajo el boscaje, y, como Títiro, toque la flauta...!

AMADEO LEGUA

FIN



INDICE

PRIMERA PARTE

El calvario de América

SEGUNDA PARTE

El crimen de América

TERCERA PARTE

La República Obrera en América